

• •



Colección Latencias

**El disparo desde el púlpito
La jueza**

• •

CONRAD FERDINAND MEYER

EDICIÓN AL CUIDADO DE CAROLA PIVETTA Y MIGUEL VEDDA
INTRODUCCIÓN DE MIGUEL VEDDA
TRADUCCIONES DE ALFREDO BAUER Y CAROLA PIVETTA



EDITORIAL GORLA

COLECCIÓN LATENCIAS / serie literatura
Conrad Ferdinand Meyer, El disparo desde el púlpito / La jueza

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN | MIGUEL VEDDA
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN | JUAN MANUEL MILEO | ANAHI COZZI
INTRODUCCIÓN | MIGUEL VEDDA
TRADUCCIONES | ALFREDO BAUER Y CAROLA PIVETTA
EDICIÓN AL CUIDADO DE | CAROLA PIVETTA Y MIGUEL VEDDA

Meyer, Conrad F.

El disparo desde el púlpito. La jueza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Gorla, 2014.

160 p. ; 20x14 cm. - (Latencias. Literatura / Miguel Vedda; 6)

ISBN 978-987-1444-28-1

1. Literatura Alemana. I. Título.

CDD 830

Fecha de catalogación: 18/02/2014



TÍTULOS ORIGINALES:
Der Schuß von der Kanzel
Die Richterin

Este libro fue parcialmente financiado por el proyecto de investigación
plurianual de Conicet "Representaciones de *comunidad y justicia* en
la literatura policial (*Kriminalliteratur*) alemana (1825-1875)"
(Programación 2010-2012; código 11420090100010).



© Por la presente introducción EDITORIAL GORLA 2014
© 2014 EDITORIAL GORLA
Nogoyá 2448 Dto. "1" | Buenos Aires (1417) | Argentina | Tel > (5411) 4 502 2564
www.editorialgorla.com.ar | egorla@editorialgorla.com.ar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en
un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
eléctrico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Derechos reservados
ISBN 978-987-1444-28-1

INTRODUCCIÓN:
**Las pesadillas de la razón. Crimen, justicia y comunidad
en la narrativa breve de Conrad Ferdinand Meyer**



A Rubén Tagliavini



Junto con la de Gottfried Keller (1819-1890), la obra de Conrad Ferdinand Meyer (1825-1898) ofrece un testimonio significativo del nivel sobresaliente que alcanzó la narrativa suiza durante la segunda mitad del siglo XIX. Cada uno de estos dos escritores remite a una figura distinta e incluso, en algunos aspectos, antitética de escritor; de ahí que un cotejo entre ambos ayude a poner de relieve sus respectivas particularidades. Demócrata liberal, ateo, discípulo y lector entusiasta de Ludwig Feuerbach, Keller produjo una obra signada por la crítica al individualismo y a la mercantilización de las relaciones humanas, a la vez que por la defensa de un ideal de humanidad en el que cobran nueva vida algunos de los elementos definitorios del pensamiento ilustrado. Entre ellos se encuentra una rehabilitación del *citoyen* en la que se destaca la dimensión republicana y plebeya del modelo, en una línea entroncada con la Revolución Francesa. Convencido de la función social del escritor, de la necesidad de que este se comprometiera de manera seria y activa con la transformación de las circunstancias históricas, sociales y políticas en las que le tocó vivir, Keller buscó concederle a su literatura un carácter a la vez pedagógico y popular. En palabras de György Lukács, la popularidad de Keller “no es nunca el producto de la limitación provinciana. Keller es, como todo escritor popular genuino, al mismo tiempo artista y pedagogo. Su propósito

pedagógico es, sin embargo, precisamente ese enlace orgánico de la cultura genuina y más elevada con la vida popular inmediata”.¹ En la medida en que no es un mero divulgador, Keller no “desciende al pueblo, sino que posee la honda convicción de que todo lo grande que produjo hasta el momento el desarrollo humano surgió de la vida popular y, por ende, siempre puede ser retrotraído, de manera correspondiente, a la vida popular”.² En el ideario del autor hay, con todo, un factor de idealización: Keller enaltece la pequeña comunidad reconocible, y querría resguardarla de la expansión incesante del capitalismo, que arrebatara a aquella las condiciones mismas para la existencia. Como la realización humana genuina requiere, para él, la feliz inserción de los individuos en la comunidad reconocible, Keller tenía que enfrentarse de un modo creciente con un dilema: o bien presentar como vivamente existente una estructura social que, en realidad, se encontraba en curso de desvanecimiento; o bien configurar en forma crudamente pesimista un proceso social que suscitaba toda su oposición. En Meyer están ausentes esta identificación con la comunidad y la fe en la inserción positiva –y efectiva– del individuo en la vida social; como señala Winfried Freund:

Si, en Keller, la integración del ser humano en la comunidad es en principio posible, el ser humano dominado por su obstinación parece poner en cuestión una y otra vez una integración social. [...] Mientras Keller [...] considera, por regla general, que la posibilidad de la humanidad es realizable, la insondable imagen del hombre en Meyer problematiza una síntesis fructífera de individuo y colectivo.³

En el autor de *El disparo desde el púlpito* y *La jueza* están ausentes la búsqueda de popularidad y el componente plebeyo que definen tanto el pensamiento social como la estética kellerianos; Meyer arroja una mirada crítica hacia la naciente sociedad de masas, pero porque, desde un punto de vista elitista, aristocrático advierte en ella una de-

○

¹ Lukács, György, “Gottfried Keller”. En: –, *Deutsche Realisten des neunzehnten Jahrhunderts*. Berlín: Aufbau, 1951, pp. 147-230; aquí, p. 169. Donde no se indica algo diverso, las traducciones son nuestras.

² Íd.

³ Freund, Winfried, “Novelle” En: McInnes, Edward / Plumpe, Gerhard (ed.), *Hansers Sozialgeschichte der deutschen Literatur*. Vol. 6: Bürgerlicher Realismus und Gründerzeit: 1848-1890. Múnich: Hanser, 1996, pp. 462-528; aquí, p. 484.

clinación de las grandes individualidades y la entronización del “instinto de rebaño” (Nietzsche). Es comprensible que su narrativa rehuya el presente y se refugie en épocas históricas que, a sus ojos, le ofrecen una materia artística más apropiada; así, por ejemplo, el Renacimiento, que interpreta –bajo la influencia de Jakob Burckhardt– como la era de las personalidades dominantes, carismáticas. En una carta a Louise von François de mayo de 1881, Meyer afirma: “me sumerjo en tiempos pasados, cuyos yerros [...] ironizo levemente, y que me permitirían elaborar lo eternamente humano de manera más artística que la actualidad brutal de la materia contemporánea”. De hasta qué punto era consciente Meyer de la diferencia que, en este punto, existía entre él y Keller da cuenta una carta enviada por este último al escritor alemán Theodor Storm el 29 de diciembre de 1881, en la que cuenta acerca de una conversación con el autor de *La jueza*; en el curso del diálogo, Meyer habría reconvenido a Keller por el carácter plebeyo de su literatura en los siguientes términos: “¡Es una pena en vista de su talento estilístico! ¡Usted lo malgasta en materiales viles, en toda clase de marginales! ¡Yo trabajo solo con la historia, solo puedo emplear a reyes, generales y héroes! En esa dirección debería esforzarse usted”.

Y, sin embargo, sería erróneo reducirlo a la condición de un simple *laudator temporis acti*, de un apologista del pasado. Meyer estaba convencido de que en su obra trataba cuestiones de intensa actualidad, aunque las proyectara a tiempos más o menos remotos. Nunca fue –ni podría haberlo sido– un escritor comprometido a la manera de Keller; pero su viaje por Italia y Francia y, ante todo, el desenlace de la Guerra Franco-Prusiana y la unificación de Alemania lo convirtieron en un crítico de las democracias burguesas occidentales y en un entusiasta defensor de la ideología *großdeutsch*; es decir: del proyecto de constitución de una única nación de los países de habla alemana bajo la conducción de Prusia. Alejado de la afición kelleriana por las pequeñas comunidades, Meyer dirige una mirada entusiasta al programa puesto en práctica por la Alemania de Bismarck; en carta a Julius Rodenberg del 23 de agosto de 1881 escribe que, en la reedición de su poema épico *Hutten's letzte Tage* (Los últimos días de Hutten, 1ª ed.: 1871), ha “vertido toda su alma”; entre otras cosas, “mi amor por Alemania, que –en último análisis– es el anhelo y la necesidad de pertenecer a un gran todo”. De esto se infiere una forma particular de patriotismo que, en Meyer, no se refiere ciertamente a Suiza, sino a la venerada Alemania; según dice en carta a Mathilde Wesendonck del 4

de enero de 1872: "Amar a la patria, es alemán [...] este es el centro; todo lo demás se deriva de esto. El patriotismo es hoy en día el único contrapeso real frente al rasgo moderno fundamental, el individualismo. ¿Adónde se llega si se desdeña el fuerte apoyo y el amor de la patria?". El poema dedicado a Hutten es entendido por Meyer como una declaración de patriotismo y como una indirecta crítica a la Francia católica y republicana. La obra se desarrolla como un extenso monólogo poético del humanista alemán Ulrich von Hutten (1488-1523), que, retirado en la isla de Ufenau, en el lago de Zúrich, rememora su pasado. Pero sería simplista entender la epopeya como una apología de Hutten en cuanto intelectual que –a diferencia de Erasmo– es también un hombre de acción, y a Meyer como a un panegirista del imperio alemán de su época. Prueba de ello es que el Hutten que aparece en el centro de la obra no es ya el ideólogo y el político, sino un hombre reflexivo y escéptico, atravesado por contradicciones y dudas. En la sección *Homo sum* dice Hutten acerca de sí mismo: "No soy un libro bien estudiado, / soy un hombre con su contradicción".⁴ Esto nos permite aludir a un rasgo decisivo de los héroes de Meyer: su hermetismo, su carácter enigmático para los demás caracteres y aun, a menudo, para sí mismos; también señalar que el poema de Meyer no constituye en modo alguno la ilustración de un catecismo político o una mera obra de tendencia. En él despunta uno de los aspectos centrales de la obra meyeriana y una de las razones para su valor estético: la presentación de la realidad –humana, social, histórica– como compleja o aun, en ocasiones, directamente indescifrable. En *Huttens letzte Tage*, según comenta Andreas Jäger, no solo "es puesta en cuestión la cognoscibilidad de un orden más elevado, sino que le parece [a Hutten] simplemente dudoso que sea posible transformar la realidad de acuerdo con una finalidad más alta, o que la realidad a la que se aspira en consonancia con esa finalidad no vuelva a apartarse necesariamente, en los resultados, del ideal".⁵ La epopeya demuestra ser, hasta en su última versión, "una obra contradictoria, que indica una transición artística, en la medida en que revela la posibilidad de modos de ver muy diversos, e incluso opuestos".⁶

○

⁴ Meyer, Conrad Ferdinand, *Gedichte. Huttens letzte Tage*. Engelberg. Berlín: Knauer, 1928, p. 279.

⁵ Jäger, Andrea, *Conrad Ferdinand Meyer zur Einführung*. Hamburgo: Junius, 1998, pp. 39s.

⁶ *Ibid.*, p. 40.

Aquí la obra va más lejos que la ideología del autor. Pero habría que reconocer que aun dicha ideología está atravesada por contradicciones, de las que acaso no era totalmente consciente el propio Meyer; a este, por lo demás, le resultó cada vez más arduo conciliar la idealización de la *Realpolitik* prusiana con sus estrictos parámetros éticos. Un escritor seriamente preocupado por indagar la relación entre arte y moral y persuadido de que el elemento ético del arte debe hacerse realidad en la historia tiene que haber encontrado dificultades para avenir sus puntos de vista con la orientación brutalmente pragmática que iba asumiendo, a pasos acelerados, la Alemania imperialista. Esto explica que el pesimismo histórico y el escepticismo hayan ido acentuándose a lo largo de la carrera de Meyer como escritor. Lo que sí se mantiene es el interés por las grandes personalidades, y la presentación de los individuos corrientes como marionetas o comparsas que solo consiguen dar algún sentido a sus vidas poniéndose al servicio de un gran hombre. En *Huttens letzte Tage* dicen los soldados: “¡Marchamos! ¡El tambor retumba! ¡La bandera ondea! / No sé qué camino sigue el ejército. / Basta con que lo conozca el señor de la guerra... / ¡Suyos son el plan y la consigna! ¡Nuestros, la lucha y el sudor!”.⁷ Leo Löwenthal ha escrito que, en Meyer, la historia universal es, en cuanto al contenido, “un material de utilería escénica totalmente indiferente, al que pertenecen también las masas. Por lo que oímos sobre ellas, les es propia la mezquindad de las necesidades insignificantes o del mero cálculo. No hay que preocuparse por sus asuntos”; comprender a las masas no sirve para entender la historia, pues, en Meyer, “la historia es una historia de las luchas de los individuos, no de los grupos que defienden sus intereses”.⁸ Esta perspectiva elitista, que comparte el escritor suizo con otros intelectuales de su tiempo –y aquí se impone la comparación con Nietzsche–, es el fundamento de su propia variedad de idealismo, tan quimérica como la esperanza de Keller en la revitalización de las pequeñas comunidades: la creencia en que las tendencias niveladoras de la sociedad de masas podrán ser contrarrestadas por la intervención presuntamente salvadora de grandes personalidades. Sin embargo, dice algo acerca de la inviabilidad del proyecto de Meyer

○

⁷ Meyer, Conrad Ferdinand, *Gedichte. Huttens letzte Tage*. Engelberg, p. 325.

⁸ Löwenthal, Leo, “Conrad Ferdinand Meyer – die Apologie des Großbürgertums”. En: –, *Das bürgerliche Bewußtsein in der Literatur*. Frankfurt/M: Suhrkamp, 1990, pp. 397-427; aquí, p. 416.

el hecho de que este tuviera que buscar sus héroes, no en su propio tiempo, sino –digamos– en la Italia renacentista o en la Francia de las guerras religiosas. Pero además, si se analiza la cuestión con mayor detalle, se observará que la fisonomía de los héroes meyerianos no es sencilla y unitaria; hay en ella una contradicción que, en términos generales, podría explicarse como un enfrentamiento entre el afán de llevar adelante hazañas, empleando a los hombres corrientes como instrumentos, y el empeño en sostener los principios éticos y morales. Meyer –tanto el autor real, empírico como la imagen de escritor que extraemos de la obra literaria– no es ningún defensor a ultranza de la *Realpolitik*, del éxito político considerado como fin en sí mismo y al margen de cualquier consideración ética; pero tampoco comparte la ingenua creencia liberal en la marcha de la historia como un necesario progreso en dirección a lo mejor. La teoría hegeliana acerca de la astucia de la razón (*List der Vernunft*), que realiza fatalmente sus fines sirviéndose, como herramientas, de las pasiones de los individuos, que ignoran su misión histórica y creen estar persiguiendo únicamente sus propios intereses personales, no podría haberlo seducido. Más próximo a Schopenhauer o aun a Kleist, Meyer contempla la historia, o bien como una sucesión de locuras y crímenes, o bien como un enigma que los hombres se obstinan vanamente en descifrar. La moralidad, por valiosos que sean sus preceptos, tiene escasas posibilidades de imponerse en una realidad regida por impulsos básicos y bestiales. La historia es el sitio de la violencia, y una suerte de compleja alegoría de esta tesis ofrece la novela corta *El santo* (1879), en la que los arduos enfrentamientos entre monarquía e Iglesia en la Inglaterra del siglo XII son reducidos a un insidioso conflicto entre Enrique II y Thomas Becket. El narrador, un ballestero que prestó servicios en la corte y conoció de cerca al rey y a su canciller, narra la historia de este esforzándose, infructuosamente, para arrancarle un sentido claro y unívoco. La leyenda de Becket en la corte va precedida por un cuento de ribetes casi míticos, el del príncipe Claro de Luna:

Se contaba que un joven forastero llegó, desde una isla situada a medianoche, a Córdoba y se ganó allí el favor del califa a través del encanto de su figura y su discurso, y de su maestría en el juego de ajedrez. Además poseía, a pesar de su graciosa juventud, una agudeza de entendimiento y una sabiduría política tales que el califa, aconsejado por él, sin guerra ni derramamiento de sangre, a través de la mera aplicación del arte de

Estado, en poco tiempo se convirtió en el más poderoso de los reyes moros.⁹

Los moros le dieron al forastero el nombre de “príncipe Claro de Luna” a causa de la palidez de su semblante y la mansedumbre de su carácter. Agradecido por sus servicios, el rey le ofreció como esposa a la más hermosa de sus hermanas, la princesa Sol. El feliz matrimonio entre el consejero y la princesa no pudo durar más que un año, ya que el nacimiento de una niña le costó la vida a la madre. Entretanto, un centenar de cortesanos habían intentado difamar al príncipe, creyendo que la posición de este se encontraba en riesgo. El astuto consejero puso al descubierto la conjura, pero, en su benevolencia, pidió que se les perdonara la vida:

Sin embargo, un día esclavos reales hicieron entrar por los portones del palacio a diez mulos, cada uno de ellos cargado con igual número de sacos, y cuando los sirvientes abrieron los sacos, las cabezas cortadas de sus cien enemigos rodaron por el piso de mármol de la corte. Pero, al ver el sangriento presente, el destinatario empalideció y se recluyó en sus aposentos; al llegar la noche, sacó a su hija de la cuna, montó un caballo y abandonó la durmiente Córdoba. Pero, junto con él, también la dicha y el poder dieron para siempre las espaldas al rey.¹⁰

La historia de Estado aparece aquí transfigurada como un cuento maravilloso a la manera de los de las *Mil y una noches*; y el propio ballestero explica que el narrador moro que le refirió la historia “estaba convencido de que decía la verdad, pero no del todo; pues los moros [...] mienten con más honestidad que nosotros, ya que su rauda imaginación presenta embaucadoramente lo no ocurrido como ocurrido”.¹¹ El moro construye una historia *ad usum populi*, en consonancia con la convicción de Meyer de que los hombres corrientes no son seducidos por la verdad, sino por la superstición y el mito. Solo que el narrador incurre, en una medida acaso menor, en un error semejante, ya que querría construir una imagen del canciller que no sostiene los propios sucesos que él detalla. En todo caso, a través del relato del ballestero sabemos que Becket, al asumir funciones como consejero

○

⁹ Meyer, Conrad Ferdinand, *Sämtliche Erzählungen*. Stuttgart: Reclam, 1998, p. 454.

¹⁰ *Íd.*

¹¹ *Ibíd.*, p. 455.

de Enrique II, procura nuevamente aplicar su programa humanista de buscar el éxito político por medios pacíficos, evitando enfrentamientos bélicos y ejecuciones. El político busca escindir su vida entre su función pública, como consejero de la corte razonable y moderado, y la existencia privada como esteta epicúreo en su idílica residencia en el bosque, donde espera mantener oculta y resguardada a su hija, cuyo nombre –sugestivamente– es Grazia. El desdoblamiento en los espacios expresa una duplicidad de condiciones: la impasibilidad cortesana es una máscara que el consejero querría hacer convivir, al margen de todo conflicto, con la existencia oculta, privada, en la que Becket puede explicitar todo su desprecio ante un rey concupiscente y una reina celosa y brutal. Pero, en Meyer, el equilibrio armónico –la *gracia*– solo puede sostenerse fugazmente en la historia; y es así que, a despecho de la protección establecida por el padre, Grazia es seducida por el rey y asesinada por orden de la reina. La destrucción del idilio recóndito produce cambios en apariencia leves en Becket, quien continúa cumpliendo puntualmente con sus obligaciones en la corte, aunque el epicureísmo originario sea relevado por una disposición ascética. No obstante, la negativa del canciller a actuar como educador de los hijos de Enrique concurre para que estos se entreguen a una corrupción moral que tendrá efectos sobre el rey y, paulatinamente, sobre todo el reino. Pero es la determinación de Enrique de designar a Becket como obispo de Canterbury lo que introduce un punto de giro decisivo en la historia: el “filósofo incrédulo” (*ungläubiger Philosoph*), que gustaba, “como una serpiente esbelta, blanca, de tomar el sol bajo los rayos del favor principesco”¹² se convierte, para sorpresa de todos, en “servidor y hermano del nazareno”,¹³ ofrece un ejemplo único “de modo de vida genuinamente apostólico”¹⁴ y pasa a defender las prerrogativas de la Iglesia y de los oprimidos sajones. Enrique II, que inicialmente lo condena por traición al reino, procura reconciliarse con su anterior servidor; pero un intempestivo estallido de ira del rey basta para que cuatro nobles, aprovechando la ocasión, asesinen a Becket, convirtiéndolo en mártir.

Un signo de la maestría narrativa del autor es su renuencia a explicitar las motivaciones íntimas del protagonista: tal como ocurre de

○

¹² *Ibíd.*, p. 468.

¹³ *Ibíd.*, p. 553.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 522.

continuo con los héroes de Meyer, las razones para las decisiones y actos del consejero de Estado suelen ser enigmáticas, y ofrecen tan solo materia para la conjetura; ante todo, entre los hombres corrientes, que querrían eliminar la ambigüedad señalando una causa específica –afán de venganza, convicción ética o política, credo religioso– y edificando, a partir de ella, un cuento de hadas tranquilizador. En todo caso, el colapso del idilio en el bosque y la seducción y muerte de Grazia valen como compleja alegoría acerca del destino que a la felicidad y la virtud les cabe en el escenario de la historia; tal como escribió Jäger a propósito del poema *Engelberg*, el ideal de “inocencia ética se revela, en la poesía de Meyer, como algo que en última instancia carece de chances de supervivencia. El hombre entra fatalmente en las circunstancias de culpa y padecimiento”.¹⁵ Esto vale en especial para el ideal de tolerancia, que el escritor suizo considera valioso y noble, pero de difícil y acaso imposible realización. En la primera novela corta de Meyer, *El amuleto* (1873), se encuentra una elaboración detallada de estos problemas. Centrada en las luchas entre católicos y hugonotes en la Francia del siglo XVI, la novela corta tiene su punto álgido en la Noche de San Bartolomé, que es presentada como una expresión típica del fanatismo y la intransigencia sectaria de las masas. En *El santo*, Thomas Becket exclama, a la vista de un proceso por brujería: “[...] ¡hay momentos en que, en cierta medida, me horro-rizo de lo que los hombres son y de lo que se imaginan ser!”;¹⁶ este mismo escepticismo ante la posibilidad de arrancar a las masas de la barbarie se expresa en un sueño que tiene el narrador de *El amuleto* durante la Noche de San Bartolomé, y en el que una divinidad fluvial le pregunta a una mujer de piedra por qué los hombres arrojan “un cadáver sobre otro en mi fluyente lecho, y me encuentro bañada en sangre”;¹⁷ la dama pétreo responde: “se matan porque no están de acuerdo en cuanto al camino correcto hacia la felicidad eterna–. Y su frío rostro hizo un gesto de sorna, como si se burlara de una enorme necesidad...”.¹⁸ Es característico que este sueño –en el que se insinúan tanto el escepticismo religioso como la elitista antipatía de Meyer

○

¹⁵ Jäger, Andrea, *Conrad Ferdinand Meyer zur Einführung*, p. 41.

¹⁶ Meyer, Conrad Ferdinand, *Sämtliche Erzählungen*, p. 471.

¹⁷ Meyer, Conrad Ferdinand, *El amuleto*. Trad. de Miguel Vedda. En: VV.AA, *Antología de la novela corta alemana*. Introd. de Miguel Vedda. Trads. y notas de Fernanda Aren, Silvina Rotemberg y Miguel Vedda. Buenos Aires: Colihue, 2002, pp. 105-166; aquí, p. 158.

¹⁸ Íd.

hacia las masas— no produzca ningún efecto en el narrador de la novela corta, quien parece ser inmune al ideal de tolerancia: tal como ocurre una y otra vez con los hombres corrientes en las obras de Meyer, Hans Schadau es un individuo fanático y estrecho de miras, incapaz de aceptar una opinión que no se condiga con los dogmas que ha hecho definitivamente suyos. Como señala correctamente Freund, “Schadau, aun cuando es una figura más bien marginal, encarna la fosilización y la intransigencia en general, ante las cuales corre una y otra vez el riesgo de fracasar el conciliador espíritu de humanidad”.¹⁹ El personaje considera que la única posibilidad de realizarse personalmente es colocarse a las órdenes de un gran hombre: el almirante Coligny, un líder de fe protestante. Y es justamente el enfrentamiento entre este y Catalina de Médicis lo que constituye el verdadero centro de la narración, en torno al cual se polarizan y obran los demás personajes en cuanto meras figuras secundarias o piezas de utilería. Como Becket y Enrique, Coligny y Catalina son dos variantes para el modelo del “gran hombre”: el almirante —como el protagonista de *El santo*— es la imagen representativa del líder que querría establecer un acuerdo entre política y moralidad, y que sobre esa base promueve la convivencia pacífica entre católicos y protestantes. Catalina, en cambio, encarna al artista de gobierno que lleva adelante su *Realpolitik* haciendo abstracción de las perspectivas éticas, aprovechando los impulsos bárbaros de las masas. En el éxito de Catalina —que encuentra su manifestación más expresa en la matanza de los hugonotes del 23 al 24 de agosto de 1572, a la que asiste la reina madre como a un espectáculo teatral, desde los balcones del Louvre— debería verse una cifra del triunfo del “nuevo” arte de gobierno (pragmático, amoral) frente al estilo tradicionalista, apegado todavía a la moral. Una manifestación típica de la ironía de Meyer —y de la ceguera de sus caracteres— es que uno de los planes pergeñados por Coligny para cohesionar la nación sea “encender el sentimiento nacional y llevar adelante una gran guerra externa, capaz de salvar la humanidad, y en la que el católico y el hugonote, luchando el uno junto al otro, se hermanen en el amor por la patria, y olviden su odio religioso”;²⁰ dicho de otro modo: la condición para infundir el espíritu de tolerancia en toda la nación es canalizar la intolerancia hacia un enemigo externo.

○

¹⁹ Freund, Winfried, “Novelle”, p. 485.

²⁰ Meyer, Conrad Ferdinand, *El amuleto*, p. 129.

Una prueba del carácter estructural que, en *El amuleto*, posee el enfrentamiento entre Coligny y Catalina –entre lo viejo y lo nuevo– es la descripción de todo París como un ámbito en el que mantienen una relación permanentemente conflictiva factores antitéticos. Esto aparece plásticamente condensado en la propia estructura del Louvre: “una de cuyas mitades era por entonces un sombría fortaleza medieval, en tanto la otra era un magnífico palacio moderno que había hecho edificar la Medicis”.²¹ El propio Schadau subraya el carácter representativo de esta duplicidad: “Esa combinación de dos épocas acrecentó en mí una impresión que no me había abandonado desde mi ingreso a París: la impresión de lo vacilante, de lo discordante, de elementos que se contradicen y combaten entre sí”.²² Pero ya en esta primera novela corta de Meyer encontramos, junto a estos sujetos activos y beligerantes, un segundo modelo de gran hombre: se trata de aquellos individuos escépticos y reflexivos que, a semejanza de la figura pétrea del sueño, observan los avatares políticos desde la distancia de la decepción y la ironía. En *El amuleto*, este punto de vista aparece representado por Renat, Chatillon y Montaigne, que conforman una tríada de personajes ilustrados y tolerantes contrapuesta al eje de intolerancia y fanatismo extremos conformado por Catalina de Médicis, el rey Carlos y el duque de Anjou. Como en otras obras de Meyer, los tres hombres justos son ancianos que cultivan un ideal de virtud que, a sus ojos, cuenta con escasas o nulas oportunidades de propagación. La divisa de Renat, el tío del narrador –*Pélerin et Voyageur!*–,²³ quien vive recluido y entregado a sus estudios, resume la perspectiva de aquellos que arrojan sobre los asuntos humanos una mirada incrédula y trascendente. En la medida en que se encuentra apartado del ajetreo de la vida política en las grandes ciudades, mantiene Renat el retiro idílico que no puede sostener un hombre público como Becket. En Meyer, solo existen pequeñas islas de felicidad y virtud al margen de una sociedad bestializada; una de las evidencias más claras de esta tesis aparece en la última novela corta de Meyer, *Angela Borgia* (1891), en la cual la protagonista vive en condiciones venturosamente humanas *aislada de la sociedad*; casada con Giulio, a quien el cardenal Ippolito le ha hecho arrancar los ojos. La ceguera, que no despierta en Giulio el

○

²¹ *Ibid.*, p. 140.

²² *Ibid.*, p. 129.

²³ (Francés): “¡Peregrino y viajero!”.

impulso de venganza, sino el deseo de entregarse ascéticamente a la virtud, hace posible una convivencia feliz que contrasta con el mundo de pugna y crimen en cuyo centro está Lucrecia Borgia. Como señala Freund, en la unión entre Angela y Giulio

se anuncia una convivencia sustentada por el respeto y el interés mutuos, una expresión de humanidad consumada. El círculo que rodea a Lucrecia, sin embargo, no es alcanzado por este cambio. El giro hacia la humanidad se realiza solo al margen de la sociedad vigente, mientras que esta continúa persiguiendo sus propios fines egoístas.²⁴

En carta a su editor, Hermann Haessel, del 3 de octubre de 1887, Meyer se define a sí mismo en estos términos: "Meyer es, en la literatura alemana, el representante de la novela corta histórica y el encargado de describir a los poderes histórico-universales". Con esto no solo puntualiza cuál es su género narrativo predilecto, sino también señala cuál es, desde su perspectiva, la materia central de sus obras. Pero correspondería preguntar cuáles son los *poderes histórico-universales* aludidos por el escritor; ante todo: ¿se trata de individuos y grupos particulares, o de aquellas fuerzas que se corporeizan en tales sujetos? Una ojeada somera a sus obras podría sugerir que se piensa tan solo en los grandes hombres, que efectivamente ocupan el centro de las narraciones: Catalina de Médicis, Georg Jenatsch, Gustavo Adolfo, el Cangrande de Verona, Carlomagno, Pescara, Lucrecia Borgia... La centralidad de estos caracteres parece justificar la afirmación; además, podría aseverarse que la categoría de *novela corta histórica* (*historische Novelle*), que, por un lado, sugiere una delimitación respecto de la novela corta social (*gesellschaftliche Novelle*) y de la novela corta ligada a lo maravilloso (*Märchen novelle*), encierra, por otro, una alusión al exhaustivo trabajo de reconstrucción histórica que se advierte en cada una de las obras. Pero una lectura más atenta permite ver que el historicismo de Meyer es limitado, en la medida en que provee ante todo un decorado para el despliegue de aquellas potencias a las que se identifica como auténticamente sustanciales y eficaces. Cualquiera sea el marco histórico particular en el que se desarrollen las narraciones de Meyer, estas exponen siempre una pugna entre las mismas fuerzas elementales, que parecen situarse más allá de los contextos específi-

○

²⁴ Freund, Winfried, "Novelle", p. 496.

cos. Así sucede, por ejemplo, con el enfrentamiento entre paganismo y cristianismo; aun cuando, en ciertos casos, esta lucha se encuadra en situaciones efectivamente relacionadas con la pugna entre esas dos cosmovisiones, en muchas otras instancias el lector asiste a una contienda que parece más bien arraigarse en las bases de la cultura, y que no pertenece al orden de lo relativo y contingente, sino al de lo esencial. De un modo que evoca la polaridad establecida por Nietzsche entre lo dionisiaco y lo apolíneo, y acaso más la distinción freudiana entre ello (*Es*) y superyó (*Über-ich*), Meyer entiende la relación entre paganismo y cristianismo en términos de una contienda entre aquellas pulsiones que se vinculan con lo salvaje e instintivo, y que por ende se resisten a ser reducidas a un orden estable, y aquellos principios que procuran imponer un orden ético universal, capaz de poner coto a lo impulsivo y fundar una civilización. Las narraciones de Meyer detallan –a la manera de ensayos, de pruebas experimentales– diversas formas de desarrollo y resolución de este conflicto; por ejemplo, en lo que representa una de las configuraciones menos intrincadas del dilema, el cuento sobre el príncipe Claro de Luna incluido en *El santo* puede ser leído como una suerte de parábola moral acerca de la posibilidad de instaurar un orden justo apto para organizar la anarquía. El destino del príncipe, que recibe los testimonios de una venganza pagana como respuesta al gesto cristiano del perdón a los ofensores, prueba cuán frágil y vacilante es un edificio moral que una y otra vez muestra haber sido erigido sobre la base del caos de los instintos. Encontramos en Meyer elaboraciones serias del problema, que con frecuencia lindan con lo trágico o se adentran en su ámbito, y tratamientos cómicos, en los que el conflicto se muestra permeado por la ironía.

II

El disparo desde el púlpito (1878) ofrece, como la novela corta *Plauto en el convento de monjas* (1881), un ejemplo típico de tratamiento irónico del conflicto. El protagonista de la narración, Wertmüller, pertenece al número de esos “grandes hombres” que, en Meyer, se obstinan en llevar adelante sus hazañas monumentales –a menudo carentes de provecho, pero en sí extraordinarias– empleando como

medios, y a veces como víctimas, a los hombres comunes. Cuando el personaje de Pescara dice que “conducir seres humanos y cosas con manos invisibles es lo más refinado de la vida, y el que alguna vez ha probado esto, ya no puede saborear nada más”,²⁵ no hace otra cosa que explicitar ese deseo que se apodera de los hombres de acción, y que en ocasiones genera en ellos un dilema entre las perspectivas éticas tradicionalmente aceptadas y la incitación febril a realizar lo nuevo. Solo que el Wertmüller de esta novela corta no es el general temible de las campañas militares del pasado, sino un anciano que lleva una existencia insociable, a la espera de una muerte cuya inminencia intuye. Esto explica que la hazaña que se propone realizar, y para la cual emplea a toda la comunidad de Mythikon como espectadora y víctima al mismo tiempo, sea una broma, cuya consecuencia más seria es enfadar fugazmente a los ancianos del pueblo. En ese sentido, toda la novela corta (y, ante todo, su punto álgido) podría ser considerada como ilustración de un enunciado del propio Wertmüller: “los hombres solemos utilizar nuestras máximas capacidades para resultados necios” (58). Desde su seriedad superior, el general contempla con desprecio y sorna la estrechez de miras de la comunidad, su comportamiento sedentario y moralizador, que la inhabilita para romper con lo rutinario y realizar acciones heroicas. La isla de Wertmüller es un cobijo idílico en el que el general lleva, como un esteta epicúreo, una existencia que el pueblo no solo califica de impía, sino también de pagana. Reedición del refugio morisco de Becket en el bosque, la mansión está también marcada por un exotismo oriental que realza la presencia del servidor negro y de la joven turca. Con su típica mente pueblerina, los habitantes de Mythikon se obstinan en interpretar el régimen de vida de Wertmüller desde sus propios parámetros filisteos; por ello toman los ejercicios de navegación del anciano por demoníacas prácticas de brujería. Según el párroco de Uetikon, el general

navega por el lago a una velocidad satánica en una galera de doce remos que tripula con sus hombres. Mis feligreses se vuelven intranquilos, abren los ojos con espanto y murmuran que se trata de brujería. Más aún: desde el crepúsculo hasta el amanecer salen llamas e incandescentes dragones de las chimeneas del edificio anexo (50).

○

²⁵ Meyer, Conrad Ferdinand, *Sämtliche Erzählungen*, p. 617.

Wertmüller contempla la sociedad humana que lo rodea y de la que huye como una estructura regida por convenciones carentes de vitalidad y autenticidad, orientadas a la domesticación y a la homogeneización de los seres humanos. Las máximas cristianas tienen, a sus ojos, la finalidad de sofrenar las pasiones y garantizar una existencia ordenada y moderada para una colectividad de pequeños hombres dócilmente predispuestos para ese disciplinamiento. En el extremo opuesto al pueblo, el general emerge como el defensor de una filosofía vitalista, “pagana”, aunque la proximidad a la muerte, como ya sugerimos, haya mitigado la violencia elemental de otros tiempos y le haya inspirado una disposición de escéptica condescendencia tal como la que advertíamos en Renat, Montaigne o Chatillon en *El amuleto*, o como la que se percibe en el protagonista de la posterior novela corta *La tentación de Pescara* (1887). En esa contienda entre la comunidad y el gran individuo que provee la *estructura antitética*²⁶ para *El disparo desde el púlpito*, el segundo representa, por cierto, el elemento dionisiaco indomable e instintivo; pero la reflexiva madurez contribuye a que la impulsividad pagana no muestre los rasgos degradados y brutales, destructores de toda sociabilidad y, en definitiva, de toda forma que, en *El santo*, propiciaban la decadencia en Enrique II y sus hijos. La violencia es sustituida aquí por la venial picardía, que recurrentemente convierte al anciano –en palabras del narrador– en un “adolescente travieso” (68). Wertmüller dice, acerca de sí mismo: “no soy un pagano” (70); pero el comentario es irónico, en vista de que sucede al anuncio de que él asistirá al día siguiente al oficio religioso, no con fines de edificación religiosa, sino para poner en práctica la broma planeada. La conducta del general está continuamente gravada por un paganismo que Pfannenstiel y su primo no dejan de recriminarle. En sí, cabría afirmar que recorren toda la narración, como *Leitmotiv*, las referencias veladas al paganismo; o, en términos más específicos, a lo dionisiaco. Vemos esto último en las menciones recurrentes de sarmientos, vides, parras, vendimia, racimos de uvas, que insinúan una presencia de lo báquico que se refuerza a través de las evocaciones insidiosas del efecto cautivador del vino. En las primeras páginas de la narración se cuenta ya acerca de la obnubilada embriaguez del sirviente moro en la Fonda del León, en Meilen; durante la conversación con Pfannenstiel, un “vino

○

²⁶ Sobre la estructura antitética como rasgo definitorio de la novela corta habla Florence Goyet en su libro, *La nouvelle (1870-1925)*. París: PUF, 1993, pp. 28-47.

furibundo" hace que, en Wertmüller, se despierte "un diablillo" que lo incita "a someter al candidato, a quien en realidad quería bien, a una despiadada broma" (70). El hecho de que los habitantes de Mythikon se dediquen sobre todo al cultivo de la vid suena como una nota irónica a la cerrada moral cristiana que define a la comunidad. La personificación más clara de las tentativas de sujeción de lo dionisiaco aparece en la figura del párroco Wilpert, quien, en un registro más bajo (e irónico) del conflicto, intenta mantener una doble vida semejante a la que buscaba sostener Becket: en efecto, el primo del general divide su vida entre el cumplimiento escrupuloso de sus obligaciones de párroco –el principio de la realidad– y el cultivo apasionado de los ejercicios de tiro –el principio del placer–. Acorde con esta disociación es que sus dos espacios señalados sean, por un lado, la iglesia; por el otro, el jardín enteramente cubierto de follaje de parra en el que el párroco "hacía años, había hecho levantar un muro de piedra con una pequeña ventana, para practicar en sus horas libres, colocándose en el extremo opuesto del jardín, el tiro al blanco" (77). Mediante su ocurrencia ingeniosa, Wertmüller logra romper la coexistencia armónica entre las dos "vidas" del párroco, y consigue que este ascienda al púlpito con el arma en el bolsillo, lo que implica una suerte de intromisión del principio pagano en el ámbito de la moral cristiana, como lo es asimismo la intempestiva concurrencia del general al oficio religioso. El tiro al blanco, que procura ser la contraparte pacífica, "civilizada" del empleo de las armas con fines bélicos que practica el general, pierde su carácter inofensivo en el momento en que Wilpert, dominado por un entusiasmo que tiene algo de dionisiaco, extrae del bolsillo el arma regalada por el primo y realiza su *disparo desde el púlpito*.

En el momento en que nace en él la idea de poner en escena una burla que hace presa del párroco y de toda su feligresía, Wertmüller lanza una carcajada cuyo eco, señala no sin suspicacia el narrador, "repitió la explosión de desenfundada hilaridad de manera tan fantasmagórica y grotesca, como si todos los faunos y seguidores de Pan silvestres se frotaran sus panzas riéndose también de esa ocurrencia loca y sacrílega" (68). El aura de paganismo que rodea al general no amenaza solo al párroco; también afecta al joven Pfannenstiel, que se ve momentáneamente instigado a abandonar su natural mansedumbre huyendo con Rahel. Pero un efecto más vehemente tiene sobre el candidato la mujer turca, que representa el llamado de lo salvaje:

En una balastrada confeccionada en estilo morisco se apoyaba una joven oriental con aquellos embriagantes ojos oscuros y labios ardientes, a cuya vista los príncipes de *Las mil y una noches* indefectiblemente se desmayaban. Tenía un dedo sobre la boca, como si le indicara al que estaba frente a ella: “Ven, pero calla”.

Pfannenstiel, que nunca había visto nada siquiera aproximadamente parecido, fue sacudido profunda y siniestramente por la tentación de este gesto, por el lenguaje de estos ojos. Surgió en su alma algo hasta entonces desconocido, algo que no debía ni podía nombrar..., un ardiente deseo y la posibilidad de su satisfacción. Ante esta imagen comenzó a creer en las más impetuosas sensaciones y temblaba ante su poder... (74).

El joven huye de la turca, pero en los sueños –que frecuentemente poseen en Meyer la función de poner al descubierto una verdad que permanece oculta durante la vigilia– la mujer oriental asume los rasgos de Rahel; es que la turca no es aquí una mujer particular, sino la esencia misma de lo instintivo que intimida el convencional moralismo de Pfannenstiel. Si el general y su primo encarnan medidas diferentes de la combinación de paganismo y cristianismo, esta división se repite en los personajes de Rahel y Pfannenstiel: frente al moralismo de este –en alusión al cual dice Wertmüller que “le falta la virilidad que arrastra irresistiblemente a las figuras” (68)–, la hija del párroco posee un componente de salvajismo que delata su pertenencia a la pagana familia Wertmüller. Pero en la unión entre ambos, para la cual son necesarios los artilugios maliciosos del general, se insinúa una trascendencia respecto del mundo de las convenciones; en función del vitalismo que en ella se expresa decide Wertmüller prestar su ayuda: ante la “franca y abierta inclinación mutua de dos seres humanos inocentes”, el personaje demoníaco “no pronunció ninguna broma [...]. Era como si un sentimiento profundo y sincero los hubiera transportado desde este mundo de la máscara y de la violencia a otro más grande y a la vez más sencillo, donde la burla no encuentra su lugar” (64). Que en esta fusión hay algo de pagano es algo que revela la exhortación del general, al final de la narración, para que ambos salgan, como “pastor y pastora, de los jardines de Arcadia” (89).

Quedan por comentar aún las representaciones de justicia presentes en la narración. Como dijimos, la oposición básica de la obra es la que enfrenta a la comunidad con el gran hombre. Para el convencionalismo

moral de aquella, este tiene que ser la imagen prototípica de la perversidad y, en vista de la broma sacrílega, debería recibir un justo castigo. A ojos de Wertmüller, en cambio, los habitantes de Mythikon, y ante todo sus representantes más eminentes, los ancianos de la comunidad, profesan una moral que constituye menos la expresión de sus sentimientos que una máscara destinada a ocultar su impulso más básico y bajo: el interés económico. Ese es el sentido de la burla última del general: la decisión que este toma de ceder en herencia al pueblo una punta de terreno que se introduce en el bosque de la comunidad, con tal que esta borre para siempre la memoria del escándalo ocurrido en la iglesia. Más allá de la comicidad de la situación, la conducta de los ancianos presuntamente incorruptibles –que se disponen gustosos a ordenar la ofensa a cambio del terreno– comporta una hipocresía que confirma las perspectivas de Wertmüller, y que sugiere la pregunta por si en la obra no será la moral pequeñoburguesa el verdadero demonio. Más allá de la apariencia conciliadora del final, la novela corta encierra un dudoso *happy end*: como en otras narraciones de Meyer, la felicidad existe para algunos individuos apartados del orden social –en este caso, ante todo Rahel y Pfannenstiel–, en tanto que la mayoría vive en medio de una barbarie que, a lo sumo, puede colocarse la máscara de la virtud.

A la luz del enfrentamiento entre cristianismo y paganismo cabe entender la discusión en torno al simbolismo de la *Odisea* que tiene lugar al comienzo de la obra. En su tesis, Pfannenstiel propone ver en el poema pagano un anticipación del cristianismo: Odiseo que vuelve a su patria convertido en mendigo es una prefiguración de “Nuestro Señor y Salvador Jesucristo [...], cuando este venga para juzgar a los vivos y a los muertos” (58). Wertmüller, en cambio, procura defender la raíz pagana del poema, irreducible a las máximas del cristianismo; pero, a la vez, encuentra en el héroe homérico una prefiguración de sí mismo: “Odiseo representa la verdad ultrajada, bajo una apariencia servil, en medio de los soberbios pretendientes, o sea clérigos, a quienes algún día, bajo una forma victoriosa, esta les ha de perforar el corazón” (58). La broma destinada a los de Mythikon debe ser entendida, entonces, desde la perspectiva del oficial suizo, como la consumación –rebajada al nivel de una comedia burlesca– de una sed de venganza semejante a la que Odiseo había logrado saciar, de manera cruenta, al matar a los pretendientes de Penélope.

III

En *La jueza* (1885) encontramos nuevamente tematizado el conflicto entre paganismo y cristianismo; pero aquí la pugna no se dirime en términos de una aparente comedia, sino de un modo que linda con la tragedia. Los *milieux* elegidos –Roma y Recia a comienzos del siglo IX d. C.– favorecen particularmente el desarrollo de este tema central en la obra de Meyer, en la medida en que el mundo romano emerge como un campo de fuerzas en el cual el cristianismo se esfuerza aún dramáticamente en imponer su ordenamiento moral y su ideal de mansedumbre sobre el vitalismo belicoso y salvaje de los paganos. La Roma del comienzo de la novela corta no es, como se afirma en algunas interpretaciones, el paradigma de la civilización cristiana,²⁷ sino un espacio de tensiones, en que el equilibrio entre culturas se manifiesta como inestable y riesgoso. No vemos aquí una imagen de la comunidad cristiana primitiva ni de la *Iglesia militante y triunfante* –institucionalizada, convertida en religión de Estado y orientada a la conservación del *statu quo*–; el proyecto de Carlomagno consiste, más bien, en sostener una suerte de doble verdad: por un lado, un cristianismo para las masas, cargado de elementos míticos y supersticiosos y eficaz, por ende, para dominar los impulsos violentos de esta; por otro, una filosofía de pensamiento y vida destinada solo a los líderes políticos e intelectuales: refractaria al fanatismo, dúctil y sustentada en la idea de tolerancia. La conversación entre Carlomagno y Alcuino no solo ilustra la connivencia entre el político y el erudito, sino también la convicción de ambos en que su modo de pensar no podría aferrar a un pueblo concebido como esencialmente hostil a toda ilustración. Desde una perspectiva elitista, el emperador y el teólogo parecen entender que el orden social necesita del engaño; así, ambos celebran que el pueblo crea que la estatua ecuestre en el Campidoglio representa a Constantino, ya que, de haber sabido que en verdad muestra al “filósofo y pagano Marco Aurelio”, seguramente “jinete y cabalgadura habrían terminado fundidos en las llamas” (92). Si se observa este diálogo con más detenimiento, se notará que la ironía de Meyer es más sutil de lo

○

²⁷ Freund, Winfried, “Conrad Ferdinand Meyer: *Die Richterin*”. En: –, *Die deutsche Kriminalnovelle von Schiller bis Hauptmann: Einzelanalysen unter sozialgeschichtlichen und didaktischen Aspekten*. Paderborn, etc.: Schöningh, 1980, pp. 95-105; aquí, p. 96.

que podría parecer a primera vista. Por un lado, porque Marco Aurelio –como en general los emperadores Antoninos– fue, ciertamente, indiferente o aun adverso al cristianismo naciente, pero también un defensor del espíritu de tolerancia. Por otro, porque el impulso brutal que se considera preciso contener en las masas actúa aquí en defensa del cristianismo y en contra de la civilización pagana; esto confirma que el paganismo en Meyer va más allá de un marco sociohistórico determinado y es, antes bien, un elemento básico de las culturas. La escena en Roma se encuentra (a semejanza de lo que observamos a propósito del París de *El amuleto*) atravesada por antítesis; los cantos religiosos en el interior de Santa María in Ara Coeli se oponen a las bromas de los cortesanos en la plaza, en las que no faltan previsibles alusiones al vino, como contraparte del fervoroso incienso; la iglesia se enfrenta a la taberna, como ámbito que naturalmente sugiere lo báquico. Pero, sobre todo, Wulfrin se opone a Graciusus: en tanto el primero (cuyo nombre remite a *Wolf*, “lobo”) es la imagen prototípica del rudo guerrero pagano, el segundo (dotado también de un nombre connotativo) es la encarnación del espíritu gregario. La *caracterización paroxística*²⁸ de los dos personajes remite a una estructura antitética que es tan consistente aquí como en *El disparo desde el púlpito*, y que asume nuevas configuraciones cuando la acción se traslada a Recia. Allí se advierte un juego constante entre una inestable apariencia de ilegalidad y una barbarie subyacente, a cada instante a punto de emerger; la jueza funda su renuencia a casar a su hija con alguno de los moradores de la región en el hecho de que estos pertenecen a “una estirpe indisciplinada y autodestructiva [...]”. ¡No hay castillo a la redonda que esté libre de crimen!” (127). Las tentativas del obispo Felix para encauzar el natural violento de los habitantes de la región no impiden que a menudo aflore la barbarie contenida; así, cuando a Jucunda, que había sido confirmada por el propio obispo, “su marido la sorprendió con un paje y la arrojó por la ventana del castillo. Pocos días más tarde, en medio del patio del convento, el de Schams, tras un breve intercambio de palabras, le rompió el cráneo al de Bergün, pese a

○

²⁸ La *caracterización paroxística*, como rasgo definitorio de la novela corta, ha sido descrita por Florence Goyet; según esta, el escritor de novelas cortas necesita realzar la excepcionalidad de sus historias seleccionando personajes desprovistos de matices psicológicos y elevados al rango de representantes por antonomasia de la especie a la que pertenecen. Los personajes de la novela corta “son *prodigiosamente* lo que son; cada estado, cada cualidad, cada sentimiento son llevados a su paroxismo” (ibíd., p. 17).

que acababan de besarse y de comulgar juntos en el sermón sacerdotal" (133); el religioso, que en alguna ocasión pone también al descubierto su propia esencia bárbara, trata de justificar el comportamiento de los recios desde un punto de vista cristiano: "Esos son efusiones y oscurecimientos momentáneos de la razón, pero la naturaleza es buena y mejora más aún en virtud de la gracia" (134).

Es sugestivo que estas anécdotas secundarias, en las que la tragedia linda con lo cómico, sean narradas justamente por Graciosus, quien también destaca que las conversaciones entre su tío y la jueza suelen girar en torno a "la bondad de la naturaleza humana" (133). La atmósfera que rodea a la protagonista de la narración, la jueza Stemma, se encuentra cargada de tragicidad, pero también se advierte en ella la dificultad extrema para imponer sobre la comunidad y sobre sí misma un orden legal susceptible de contener lo instintivo. En la relación entre el yelmo y la contenida cabellera de la jueza se expresa la dinámica existente entre la rigidez de las formas y la exuberancia de los contenidos subyacentes; en la escena en que su hija le quita "el yelmo marcial" podría legítimamente verse una alusión al impulso de la naturaleza a rebasar los moldes establecidos; en efecto, la adolescente arranca el yelmo "con tanto ímpetu que las trenzas de negra cabellera se desataron y, al desenrollarse, le dieron a la resuelta cabeza de la jueza una expresión juvenil y dolorosa" (110). Justamente, el yelmo y la espada son los *objetos simbólicos*²⁹ que mejor definen la apariencia ilustrada de la jueza, así como el cuerno y la copa de los lobos son los que figuran el paganismo implícito. En el hecho de que la naturaleza se rebele contra la violencia de las formas legales constrictivas podríamos ver una pequeña pieza de dialéctica de la Ilustración:

El yelmo y la espada, así como la causa justa de la audaz jueza, fueron bendecidos con las manos extendidas por el pacífico obispo Felix, en su corte fijada en Coira. Pasados algunos años tumultuosos, el dominio de Stemma quedó consolidado y sobrevino una gran calma. Entonces, la naturaleza atormentada en exceso se vengó y Stemma perdió el sueño (115).

Diversos indicios permiten inferir, no solo que la paz es una máscara que procura escamotear la violencia, sino aún más que la justicia

○

²⁹ La presencia del *objeto simbólico* (*Dingsymbol*) ha sido señalada, desde Paul Heyse, como rasgo fundamental de la novela corta.

impartida con toda tenacidad por la jueza está fundada en la comisión y el ocultamiento de un crimen. El juicio organizado por la propia Stemma, para decidir sobre su culpabilidad o inocencia en relación con el posible asesinato de su marido, del que ella se sabe culpable, muestra de manera ostensible la medida de hipocresía que encierra la gestión de la protagonista de esta novela corta. Es sugestivo que –en lo que constituye una notoria ironía trágica– Wulfrin afirme de manera tajante la inocencia de su madrastra con palabras que sin quererlo describen en forma adecuada la culpa efectiva: “Si fueras malvada, ¿de dónde sacarías el derecho y el descaro para descubrir y juzgar el mal? ¡La naturaleza se subleva contra ello!” (122). Proclive a proponer interrelaciones insidiosas entre los acontecimientos sociales y los procesos naturales, Meyer hace que, después de pronunciar estas palabras, el joven escuche un “estruendo sordo que sacude el piso”: estruendo que parece expresar esa rebelión de la naturaleza, y que se debe al torrente “que roe la roca y se precipita al valle, por debajo del castillo” (122). Aquí la naturaleza connota una verdad que los personajes de la obra no consiguen entender: el torrente que corre debajo del castillo –en sí, una suerte de correlato objetivo para lo que sucede en los personajes en los planos instintivo y moral– es una imagen para el ímpetu de un paganismo que podría a cada momento derrumbar el edificio construido por la civilización cristiana. En esta novela corta, las aguas parecen a menudo funcionar, a la manera del retorno de lo reprimido estudiado por Freud, como expresión de una naturaleza que vuelve a traer a la superficie un crimen encubierto por medios legales. Desde esta perspectiva, la reaparición del cuerno de los lobos, que Stemma había arrojado a las aguas, insinúa la intervención de un *fatum* irrevocable; es este hecho, por otra parte, el que motiva la confesión de la jueza, ante la tumba de su marido. La abundancia de presagios y de acontecimientos de repercusión ulterior refuerza la sensación, que termina por apoderarse de los protagonistas, de que está obrando un destino pagano, y de que las propias fuerzas naturales reaccionan ante la iniquidad humana. También, según señalamos, se encuentran instancias de ironía trágica que, en cuanto tales, no inquietan a los personajes, pero procuran llamar la atención del lector perspicaz sobre la catástrofe inminente y su desenlace. Así, las palabras “*concepit in iniquitatibus me mater mea!*”, que se destacan en medio del canto litúrgico en el Campidoglio, anuncian las condiciones en que ha sido engendrada Palma novella; el comentario sobre el

poder mágico del cuerno de los lobos, que, “si se lo hace sonar ante el portón del castillo al regresar, obliga a la loba a confesar cualquier pecado en el que haya incurrido durante la ausencia del esposo” (97), anticipa la confesión de Stemma, motivada justamente por el sonido del cuerno. No menos profética resulta la declaración de Wulfrin a la vista de una palma (en el patio de un convento llamado, justamente, *ad palmam novellam*), que preanuncia el amor que sentirá pronto hacia una hermana cuya existencia y cuyo nombre ignora: “También amo a esta joven criatura –bromeó, señalando hacia una palma que, movida por los ligeros impulsos del viento, se mecía en el cielo azul, a poca distancia, sobre la elevación de una colina, y debía de contar con unos dieciséis anillos anuales–” (96). La devoción que, por otra parte, la adolescente siente por un hermano al que no conoce y al que espera con viva ansiedad también sugiere la intervención de un destino trágico; el símbolo que mejor condensa la pasión naciente entre Palma y Wulfrin es la lámina que un renuente Graciosus muestra a los supuestos hermanos en Pratum:

Sobre el texto en latín se reproducía con trazos netos y colores claros cómo un hombre con yelmo extendía el brazo hacia una muchacha que parecía perseguirlo, rechazándola. Nada le parecía tener en común con el guerrero aparte del yelmo, pero cuanto más contemplaba a la muchacha pintada, más comenzaba a asemejarse, con sus ojos castaños y sus cabellos dorados, a Palma. No obstante, en torno al personaje, estaba escrito: “Byblis” (139).

La imagen, según explica Graciosus, representa una relación pecaminosa entre hermanos, lo que induce a Wulfrin a destruirla –como si de ese modo pudiera aniquilar la pasión que siente por Palma–. Heinz Hillmann se ha referido a la importancia que en Meyer posee el “principio de presagio y cumplimiento, que estructura el desarrollo de los acontecimientos. Comienzo y fin de una narración se enfrentan de manera especular”.³⁰ Según Hillmann, recurrentemente encontramos en Meyer imágenes o sueños cargados de una función anticipadora: así como, en *El santo*,

○

³⁰ Hillmann, Heinz, “Conrad Ferdinand Meyer”. En: von Wiese, Benno (ed.), *Deutsche Dichter des 19. Jahrhunderts. Ihr Leben und Werk*. 2ª ed. corregida y aumentada. Berlin: Erich Schmidt, 1979, pp. 532-556; aquí, p. 544.

no solo las premisas, sino también sus consecuencias y aun las diferentes estaciones, hasta el desenlace, se encuentran insinuados de antemano, así ocurre también en otras novelas cortas –por ejemplo, *La jueza* y *Angela Borgia*–. Imágenes, sueños y visiones, breves narraciones ejemplares y situaciones y acciones paralelas de carácter típico –como, por ejemplo, el cuerno de los lobos, las pistolas de Schadau– están al servicio de esta anticipación hasta en el plano de los detalles.³¹

Pero, si se analizan las imágenes presentes en *La jueza* con más detenimiento, se advierte que su función es menos unívoca de lo que sugiere Hillmann. Así, la lámina en el libro del convento podría resultar premonitoria si Wulfrim y Palma fueran hermanos, pero el curso de la narración justamente enseña que la muchacha es hija de una relación extramatrimonial de la jueza, lo que despoja a la relación entre los jóvenes de esa condición pecaminosa que falazmente le atribuye la jueza. Antes que sembrar indicios inequívocos, lo que hace Meyer –y que en este punto recuerda la obra narrativa y dramática de Kleist– es prodigar símbolos que sugieren conexiones recónditas y ominosas, pero que se sustraen a una interpretación unívoca. En cuanto se los examina puntualmente, los presagios señalados por Hillmann encierran semejanzas, pero también divergencias relevantes con los hechos posteriores. Esto lo vemos en la historia de Faustine, quien, como Stemma, concibió a su hija con un hombre diferente de aquel con el que debió casarse, y al que también asesinó por medio del veneno. Pero la determinación de Faustine de confesar a todo precio su crimen y recibir el castigo se opone diametralmente a la determinación de la jueza de ocultar por todos los medios su propia culpa. Toda la novela corta está, por lo demás, dominada por la alternancia entre lo aparente y lo real, y el curso de la acción narrativa es, en relación con esto, un proceso de develamiento. (Así, el vínculo fraterno entre Palma y Wulfrim demuestra, en definitiva, ser tan irreal como la máscara de incorruptible virtud sostenida por Stemma). Esto nos conduce a uno de los aspectos centrales de la obra: las representaciones de culpa, crimen y justicia puestas en juego en *La jueza*.

○

³¹ *Ibíd.*, pp. 543s.

Winfried Freund³² ha propuesto considerar esta novela corta como un exponente representativo de la novela corta policial (*Kriminalnovelle*), un subgénero de cardinal importancia en la literatura alemana a partir del último tercio del siglo XVIII. En otros lugares nos ocupamos de caracterizar esta forma, como también la del caso policial (*Kriminalfall*), no menos gravitante en el ámbito germanoparlante.³³ Sería impropio caracterizar *La jueza* como exponente *típico* de la novela corta policial (y, de hecho, Freund no se detiene a justificar su decisión de clasificarla como tal), aunque sí cabe afirmar que en esta narración encontramos algunos componentes definitorios de la forma indicada. En primer lugar, un crimen oculto y el proceso de develamiento están en el centro de la obra, y en esta no es importante la intervención de una figura excepcionalmente capaz para descubrir el delito y al culpable, sino una anatomía del criminal, que es justamente uno de los protagonistas (en buena medida *el* protagonista) y el personaje que da título a la novela corta. En su desarrollo en las literaturas de lengua alemana, la *Kriminalnovelle* *tendió a* polarizarse en torno a dos extremos: por un lado, un crudo objetivismo, que aproxima el relato al estilo del archivo policial o las actas judiciales, y lo coloca en un espacio lindante con el de la no ficción; por otro, un aprovechamiento de motivos mágicos y sobrenaturales que acerca la narración criminal al cuento de fantasmas o a la novela corta fantástica. Puede decirse que *La jueza* se relaciona con el segundo de los modelos mencionados; ante todo si se tiene en vista un motivo repetido en la *Kriminalnovelle* y al que, curiosamente, no hace referencia Freund: la intervención de un agente mágico o sobrenatural que promueve la revelación y, a veces, también el castigo del delincuente.³⁴ En *No hay que desestimar las señales que da una esposa muerta* (1796) de August Gottlieb Meißner, *El duelo* (1811) de Kleist, *El haya de los judíos* (1842) de Annette von Droste-Hülshoff o *Liese Mazapán* (1856) de Friedrich

○

³² Cf. Freund, Winfried, "Conrad Ferdinand Meyer: *Die Richterin*", *passim*.

³³ Cf. "Anatomía del crimen y el misterio. Caracterización de la narrativa policial alemana". En: VV.AA., *Cuentos de crimen y misterio*. Selección, introducción, traducción y notas de Miguel Vedda. Buenos Aires: Biblos/UNSAM, 2009, pp. 9-48; "Theodor Storm, entre la ilustración burguesa y el mito. Introducción". En: Storm, Theodor, *Aquis submersus y otras novelas cortas*. Introd. de Miguel Vedda. Traducciones de Alfredo Bauer y Carola Pivetta. Buenos Aires: Gorla, 2011, pp. 5-28

³⁴ Dejamos de lado si al agente sobrenatural 1) se le otorga estatuto ontológico, 2) se lo presenta como una representación psicológica del criminal, a menudo justificada por la culpa, o 3) se lo mantiene en un estatuto ambiguo, sobre el cual debe decidir el lector.

Halm, encontramos variantes de este motivo que reaparece de algún modo en Meyer. En efecto, la protagonista de *La jueza* confiesa ante la tumba de su marido su crimen porque atribuye el sonido del cuerno a una manifestación prodigiosa del conde Wulf, al que ella ha asesinado. Sabemos que, en realidad, Wulfrin ha encontrado el cuerno perdido y lo ha hecho sonar; pero la hermética narración de Meyer no busca despejar todas las dudas, y queda sin responder la pregunta por si efectivamente fuerzas naturales y sobrenaturales, convertidas en *fatum*, han obrado para descubrir un crimen que habían mantenido oculto las instituciones sociales.

En todo caso, las circunstancias en las que se produce la confesión de Stemma parecen indicar una participación de este orden. La enfermedad casi mortal que afecta a Palma cuando se entera del crimen cometido por su madre sugiere una rebelión de la naturaleza contra la depravación social como aquella a la que hacía referencia Wulfrin en la declaración que más arriba citamos. La cualidad de criatura natural que define a Palma no está únicamente denotada a través del nombre de la muchacha, sino que se manifiesta en toda su conducta. La vemos en el gesto ya mencionado de quitarle a su madre el yelmo para que aflore la salvaje cabellera hasta entonces contenida (lo que preanuncia la participación de Palma en la confesión de la jueza); también en las reacciones que despierta en el apacible Graciosus la naturalidad de su prometida, que le es ajena por su carácter “[e]nérgico y cálido”; por el hecho de ser “buena, pero salvaje” (101). La afección de la joven señala una naturaleza que se rehúsa a seguir viviendo a la vista de la depravación de las instituciones humanas, pero que a la vez preferiría reconciliarse con ellas. La latencia de un crimen que anima una rebelión natural podría inducir a pensar en un contexto de culpa trágico como el que se advierte en el *Edipo rey* de Sófocles; las circunstancias, sin embargo, son muy diversas: Stemma no es, como el rey de Tebas, el gobernante justo dispuesto a buscar al culpable sin reparar en esfuerzos, y que se ve finalmente obligado a pronunciar sobre sí mismo la condena, sino una jueza paradójicamente empeñada en ocultar a un culpable al que conoce, y que no es otra persona que ella misma. El período hipotético que enuncia Carlomagno cerca del final, y que en parte retoma el que había formulado Wulfrin al comienzo de la acción en Malmort, describe, sin saberlo, una realidad: “Si fueras alguien diferente a quien aparentas ser y estuvieras parada sobre un crimen soterrado, tu balanza sería falsa y tu juicio, una iniquidad” (155). Ante

su hija, que la ha descubierto, Stemma intenta justificar el desafuero en que ha incurrido en relación con sus propias acciones en una suerte de *mentira necesaria* en vista de su oficio público: “¡Si llegara a saberse que durante muchos años aquí el pecado ha juzgado al pecado, miles de conciencias se extraviarían y se desmoronaría la fe en la justicia!” (154).³⁵ Sin embargo, las afirmaciones de la jueza y el carácter “necesario” de su mentira se contradicen tanto con el desarrollo de la acción como con algunos comentarios del narrador; este, en efecto, aduce razones de otro orden para el silencio de la asesina:

La jueza habría sin duda indagado e investigado, si ella no hubiese sido Stemma y su hija no hubiese sido Palma. Pero no podía investigar, pues habría descubierto algo soterrado, recompuesto un hecho despezado, y habría tenido que reintegrar un eslabón que ella misma había arrancado de la cadena de los acontecimientos (148s.).

El ideal de justicia afirmado por la obra, y representado por la figura de Carlomagno, parece consistir en la instauración de un orden fundado en la reconciliación entre paganismo y cristianismo: entre las fuerzas elementales de la naturaleza y la ley moral. El desarrollo dramático y el final catártico no pueden ser explicados aquí –a semejanza de lo que sucede en una obra de la literatura alemana comparable, en varios aspectos, con esta novela corta como lo es la *Ifigenia* de Goethe– en términos psicológicos, sino a partir de una dialéctica entre instinto y ley, entre mito e historia. Sobre esta base, y no como parte de una acción mimética y verosímil, se entiende la enfermedad de Palma, la criatura de la naturaleza; una enfermedad que tiene una cura inmediata en el instante en que Stemma accede a hacer pública su culpa. La crisis extrema y el reconocimiento de una solución salvadora (y purificadora) se manifiestan como una muerte y resurrección de madre e hija: “Stemma veía a una moribunda. Entonces ella también murió. Su corazón se detuvo. Un espasmo mortal le demudó el semblante. Se quedó por un rato arrodillada, rígida y petrificada. Luego el semblante de la jueza se transfiguró, y una lluvia de pureza la bañó de la cabeza a los pies” (154). La situación pertenece menos a una narración realista que al universo del cuento de hadas, la saga o el *romance*; el arte narrativo se funde aquí con la magia. La confesión ante la

○

³⁵ Y es llamativo que aquí se trate de un nuevo período hipotético.

comunidad y la intervención del emperador como juez justo evidencian una búsqueda efectiva de conciliación que, como han observado algunos críticos, es infrecuente en Meyer. Pero habría que llamar la atención sobre el hecho de que la sentencia no es decidida y pronunciada por Carlomagno, sino que queda librada a un juicio de Dios: aquí, una fuerza ajena a las instituciones sociales –la narración no explicita si se trata de Dios, la naturaleza entendida como destino o el mero azar– es la que en definitiva determina que Stemma muera por el mismo medio que había empleado para matar al conde. En este punto, y a semejanza de toda una serie de *Kriminalnovellen* alemanas, los procedimientos racionales evidencian ser ineficaces para impartir justicia; esto resulta tanto más llamativo cuanto que la jueza se había caracterizado, hasta entonces, por un talento deductivo casi infalible, comparable con el que define al detective del policial clásico:

La señora Stemma ama la espada de la justicia y le agrada ocuparse de casos raros e intrincados. Posee una gran perspicacia, que está constantemente activa. A partir de unos pocos puntos adivina el contorno de un delito, y sus finos dedos dejan al descubierto lo oculto. Esto no hace que en su jurisdicción no se cometa ningún crimen, pero sí que no se niegue ninguno, pues el culpable la cree omnisciente y se siente penetrantemente observado por ella. Su mirada traspasa escombros y muros, y lo soterrado no está seguro ante ella (101).

Este proceder pertenece al pasado de la narración, y es indicador que esta enfrente, justamente, al lector con una serie de irracionalidades que no son despejadas por medio de una razón que todo lo esclarece y ordena. La acción de *La jueza* expone la rectitud de la protagonista como una máscara que debe ser arrancada; y la atracción incestuosa entre Palma y Wulfrin, como una falsa apariencia cuya develación –ligada a la del inconfesado asesinato del conde– abre al final la posibilidad de una unión feliz entre los jóvenes. Como *El disparo desde el púlpito*, *La jueza* no es solo una novela corta acerca de la relación entre el individuo sobresaliente y la comunidad, sino también sobre la posibilidad y el modo de eliminar los obstáculos que impiden la unión entre dos jóvenes amantes. En relación con esta historia, la acción avanza como una acumulación de indicios enfocados a demostrar que la atracción entre los presuntos hermanos es una afinidad electiva impuesta por una naturaleza convertida en destino inexorable,

y ante la cual debería escandalizarse la ética humana. La veneración que Palma evidencia hacia su hermano antes de conocerlo, el deseo vehemente de escanciarle el vino –más como esposa que como hermana– en la copa de los lobos, el entusiasmo de la joven en el momento del encuentro y el nacimiento de una atracción mutua que excede el afecto fraternal parecen apuntar en línea recta hacia la catástrofe. En esa misma dirección señala el contraste entre la tediosa afabilidad del prometido Gracioso y la carismática fascinación del hermano irascible e indómito; ya los servidores –que llevan los sugerentes nombres de Sybille y Dionys– destacan la diferencia entre el “señor confortante y ejemplar” y el “guerrero potente e impetuoso” (124); una diferencia que evoca la distinción entre la sociabilidad de lo bello y el efecto arrebatador de lo sublime. En Gracioso se personifica el empeño en convertir a los habitantes de la región, salvajes como lobos, en perros dóciles; y es significativa la relación que el muchacho mantiene con los perros salvajes: “Uno de los enjutos perros de montaña semejantes a lobos olfateó al cortesano, pero saltó luego cariñosamente sobre él y lo habría lamido, si Gracioso no hubiera reprendido al animal por su mala educación” (135). La contemplación de la lámina desata la crisis; desde este momento y hasta el despertar de Wulfrin en un bosque nuevamente sereno, la pareja de jóvenes se ve asediada por una naturaleza salvaje en cuya descripción se advierten algunos de los tópicos más representativos de la sublimidad estética, y que en su impetuosidad coincide con los sentimientos de los personajes; sobre todo, de Wulfrin:

Por encima del vertiginoso raudal giraban y se retorcían formas monstruosas, que el cielo en llamas arrancaba unas de otras y que volvían a enlazarse en las tinieblas. Ya nada quedaba allí de las leyes luminosas y las bellas proporciones de la Tierra. Era un mundo de arbitrariedad, obstinación, revuelta. Brazos extendidos lanzaban pedazos de roca hacia el cielo. Aquí emergía a partir del muro una cabeza amenazadora, allí un cuerpo poderoso colgaba sobre el abismo. En medio de la vaporosa espuma blanca yacía un gigante que hacía que todo lo que caía e impactaba se estampara contra su pecho y rugía de gozo (141).

El peligro que amenaza a Wulfrin es la recaída en una naturaleza mítica desbordante, reacia a ser sujeta por un lazo moral. Dominado por una transitoria demencia, el hijo del conde “avanzaba sin temor, pues se sentía bien entre estos seres sin ley. A él también lo asaltaron

ganas de rebelarse, se deslizó sobre una plancha natural, dejó que sus pies colgaran sobre la profundidad que lo llamaba y salpicaba, y cantó y lanzó gritos de alborozo con el abismo" (141). El episodio concluye con la solicitud de Palma para que Wulfrin la acepte o la aniquile, y con la reacción violenta del joven, que cree haber matado a su hermana. El final de la novela corta presenta a un Wulfrin que, una vez revelado el enigma y levantados los impedimentos, afirma poder dominar lo irracional y que asevera, ante Carlomagno, estar en condiciones de sofocar entre sus brazos los demonios de la culpa (158). Pero el desenlace del juicio que enfrenta a la gran personalidad cargada de culpa con la comunidad no admite que la pareja se encuentre ante un final feliz como el que veíamos en *El disparo desde el púlpito*: el emperador deja también librada a un juicio de Dios—cuyo resultado va más allá del final de la obra—la decisión sobre si será posible la unión entre Palma y Wulfrin.

Digno de atención es el papel que cumple en la narración la comunidad de Malmort. Al juicio conducido por Carlomagno asiste como mera espectadora, y a lo largo de toda la novela corta se hace referencia a ella de manera fugaz como a una colectividad bárbara cuyos impulsos necesitan ser rigurosamente domeñados. Lukács ha indicado que, en la narrativa histórica de Meyer, "ha desaparecido por completo la vida popular" y solo actúan, "en el primer plano, los estratos superiores aislados artificialmente".³⁶ Los acontecimientos históricos "se desenvuelven principalmente 'arriba'; el enigmático curso de la historia se manifiesta en actos de política del poder y en escrúpulos morales de unos pocos que incluso dentro del estrato superior se hallan enteramente solos e incomprensidos".³⁷ Esta actitud de cara a la comunidad marca una diferencia respecto de otros escritores alemanes del siglo XIX que también cultivaron el género de la novela corta; en ellos vemos a menudo agudas críticas a la sociedad contemporánea que se dirigen también a los sectores populares. Pero cuando Brentano, Gotthelf, Keller o Storm cuestionan la dirección asumida por las sociedades de su tiempo, lo hacen porque estas han abandonado el anterior espíritu comunitario para entregarse a un individualismo exacerbado. Esto es lo que se percibe en novelas cortas tales como *La historia del valiente Kasperl* y *de la hermosa Annerl* (1817), *La araña negra* (1842), *Romeo*

○

³⁶ Lukács, György, *La novela histórica*. Trad. de Jasmin Reuter. México: Era, 1966, p. 281.

³⁷ Íd.

y *Julieta en la aldea* (1855-1856) y *Hans y Heinz Kirch* (1883), para mencionar solo algunos casos representativos. Meyer se distingue de ellos porque, en sus obras, una existencia humana satisfactoria solo es posible como un idilio que da la espalda a la colectividad; el horror ante la sociedad de masas naciente no se enlaza con una nostalgia por una comunidad reconocible ya fenecida, pero tampoco con la expectativa utópica de un orden social que vaya más allá de la barbarie vigente. De allí que valores tan caros al autor como la idea de tolerancia queden acotados a algunos individuos apartados de la vida activa y concentrados en una reflexión intimista; a esta estirpe pertenecen Chatillon y Renat, Angela y Giulio: los héroes escépticos y retirados que hallamos en las narraciones de Meyer, y con los que este debía de experimentar la más intensa identificación.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

A. Ediciones

Meyer, Conrad Ferdinand, *Sämtliche Werke*. Historisch-kritische Ausgabe. Ed. de Hans Zeller y Alfred Zäch. 15 vols. Berna: Benteli, 1958ss.

Meyer, Conrad Ferdinand, *Sämtliche Erzählungen*. Stuttgart: Reclam, 1998.

B. Biografías y estudios generales

Bang, Carol Klee, *Maske und Gesicht in den Werken Conrad Ferdinand Meyers*. Baltimore/Göttingen: John Hopkins Press, 1940.

Baumgarten, Franz Ferdinand, *Das Werk Conrad Ferdinand Meyers*. Ed. de Hans Schumacher. Zürich: Scientia, 1948.

Faesi, Robert, *Conrad Ferdinand Meyer*. Leipzig: Haessel, 1925.

Fehr, Karl, *Conrad Ferdinand Meyer*. 2ª ed. corregida y aumentada. Stuttgart: Metzler, 1980.

Frey, Adolf, *Conrad Ferdinand Meyer, sein Leben und seine Werke*. Stuttgart, Berlín: Cotta, 1900.

Hohenstein, Lily, *Conrad Ferdinand Meyer*. Bonn: Athenäum, 1957.

Jackson, David, *Conrad Ferdinand Meyer in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*. Reinbek bei Hamburg: Rowohlt, 1975.

- Jäger, Andrea, *Conrad Ferdinand Meyer zur Einführung*. Hamburgo: Junius, 1998.
- Laane, Tiit V., *Imagery in Conrad Ferdinand Meyer's Prose Works. Form, Motifs and Functions*. Berna/ Frankfurt/M: Lang, 1983.
- Löwenthal, Leo, "Conrad Ferdinand Meyer – die Apologie des Großbürgertums". En: –, *Das bürgerliche Bewußtsein in der Literatur*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1990, pp. 397-427.
- Sand, Christian, *Anomie und Identität. Zur Wirklichkeitsproblematik in der Prosa von C. F. Meyer*. Stuttgart: Akademischer Verlag Heinz, 1980.
- Wiesmann, Louis, *Conrad Ferdinand Meyer. Der Dichter des Todes und der Maske*. Berna: Francke, 1958.

C. Estudios particulares

- Bänziger, H., "Schuld und Sühne. Die Richterin". En: *Schweizer Annalen* 2 (1945), pp. 133-200.
- Freund, Winfried, "Conrad Ferdinand Meyer: Die Richterin". En: –, *Die deutsche Kriminalnovelle von Schiller bis Hauptmann: Einzelanalysen unter sozialgeschichtlichen und didaktischen Aspekten*. Paderborn, etc.: Schöningh, 1980, pp. 95-105.
- Jackson, David A., "Conrad Ferdinand Meyer's Die Richterin. A tussle with Tolstoy". En: *Trivium* 9 (1974), pp. 39-49.
- Jennings, L. B., "The ambiguous explosion. Conrad Ferdinand Meyers *Der Schuß von der Kanzel*". En: *German Quarterly* 43 (1970), pp. 210-222.
- Matt, Peter von, "Conrad Ferdinand Meyer: Die Richterin (1885). Offizielle Kunst und private Phantasie im Widerstreit". En: Denkler, Horst (ed.): *Romane und Erzählungen des bürgerlichen Realismus. Neue Interpretationen*. Stuttgart: Metzler, 1980, pp. 310-324.
- Pfeifer, Martin: *Erläuterungen zu Conrad Ferdinand Meyer 'Der Schuß von der Kanzel', 'Die Hochzeit des Mönchs', 'Die Richterin'*. Hollfeld: Bange, 1981.

D. Ediciones en castellano

Meyer, Conrad Ferdinand, *3 siglos de pasión*. Trad. de Carlos Garmendia. Buenos Aires: Compañía Editora del Plata, 1942 (contiene *El amuleto*, *El tiro desde el púlpito*, *Plauto en el convento de las monjas*, *La boda del monje*, *El paje de Gustavo Adolfo*).

Meyer, Conrad Ferdinand, *El amuleto*. Trad. de Isabel Hernández. Barcelona: Ediciones del Bronce, 1998.

Meyer, Conrad Ferdinand, *El amuleto*. Trad. de Miguel Vedda. En: VV.AA, *Antología de la novela corta alemana*. Introd. de Miguel Vedda. Trads. y notas de Fernanda Aren, Silvina Rotemberg y Miguel Vedda. Buenos Aires: Colihue, 2002, pp. 105-166.

Meyer, Conrad Ferdinand, *El santo*. Trad. de Isabel Hernández. Madrid: Esapasa-Calpe, 2003.

E. Bibliografía en castellano

Hernández, Isabel, "El amuleto y el halcón. Reconstrucción del proceso narrativo en *Das Amulett* de Conrad Ferdinand Meyer". En: *Revista de Filología Alemana* 6 (1998), pp. 109-123.

—, "El monje sin hábitos. Configuración del entramado argumental en la novela italiana de Conrad Ferdinand Meyer *Die Hochzeit des Mönchs*". En: *Cuadernos de Filología Italiana* I (1999), pp. 453-473.

Lukács, György, "Conrad Ferdinand Meyer y el nuevo tipo de la novela histórica". En: —, *La novela histórica*. Trad. de Jasmin Reuter. México: Era, 1966, pp. 271-284.

TABLA CRONOLÓGICA

1825

Conrad Ferdinand Meyer nace en Stampfenbach, Zúrich, el 11 de octubre.

1826

La familia se traslada a la casa "Zum Ritter", en la Kuttelgasse.

1828

Muere el abuelo Johann Conrad Ulrich

1830

La familia se traslada al Grüner Seidenhof, en la Sihlstraße.

1831

Ingresa a la escuela primaria. 19 de marzo: nace su hermana, Betsy Meyer. Comienza la amistad de Meyer con Conrad Nüscheler y Johanna Spyri.

1832

El padre abandona el Consejo de Gobierno.

1837

Ingresa al bachillerato en Zúrich.

1839-40

Primeros poemas de Meyer que se hayan conservado.

1840

Muere el padre. Se trasladan a la Schmidtenhaus.

1843

Abandona Zúrich, a pedido de su madre, y se instala en Lausanne hasta 1844.

1844

Después del regreso a Zúrich, Meyer aprueba el examen final del bachillerato y comienza a estudiar Derecho en la Universidad de Zúrich.

1845

Traslado a Stadelhofen. Comienza la amistad con Johann Jakob Treichler. Amor secreto con Marie Burckhardt.

1849

Amistad con Bettino Ricasoli.

1852

El 12 de junio es internado en la clínica para enfermos mentales Préfargier, en el cantón de Neuenburg. A comienzos de septiembre es dado de alta, pero permanece en Neuenburg por recomendación del director de la institución, Charles Borrel.

1853

Comienza la amistad con Felix Bovet. A fines de marzo se traslada a Lausanne. El historiador Louis Vulliemin recomienda a Meyer como profesor de Historia en el instituto para ciegos de Lausanne, y le concede la autorización para traducir al alemán la obra *Récits des temps mérovingiens*, de Augustin Thierry. Relaciones sentimentales con Alexandrine Marquis y Constance von Rodt. Al finalizar el año, Meyer regresa a Zúrich.

1855

Aparece publicada la traducción de los *Récits* de Thierry.

1855-56

Secretario de la Sociedad General de Investigaciones Históricas de Zúrich.

1856

A comienzos de este año, Antonin Mallet enferma gravemente; muere en julio. En agosto, Betsy interna a su madre en Préfargier. Allí, Elisabeth Meyer (nac. 1802) se suicida el 27 de septiembre.

1857

Relación sentimental con Pauline Escher. Una traducción que hace Meyer de Guizot aparece con el título de *Lady Russel. Eine geschichtliche Studie. Aus dem französischen* (Lady Russel. Un estudio histórico. Traducido del francés). Entre marzo y fines de junio vive en París. Pasa el verano en Engelberg en compañía de Betsy. En octubre viaja a Múnich.

1858

En marzo, Betsy y Meyer recorren durante tres meses Italia; ante todo, Roma y Florencia.

1859

Pasan el verano en Engstlenalp.

1860

A fines de marzo, Meyer vuelve a trasladarse a Lausanne. El editor J. J. Weber, de Leipzig, se muestra interesado en publicar poemas de Meyer, reunidos por este bajo el título de *Bilder und Balladen von Ulrich Meister* (Imágenes y baladas de Ulrich Meister).

1861

Regresa a Zúrich.

1863

Betsy viaja a Stuttgart y consigue que Gustav y Marie Pfizer brinden su apoyo a las ocupaciones literarias de Meyer. Meyer firma un contrato con la editorial Metzler.

1864

La primera publicación literaria de Meyer aparece como *Zwanzig Balladen von einem Schweizer* (Veinte baladas de un suizo).

1865

Conoce al editor Haessel, de Leipzig.

1866

Conoce a los emigrantes alemanes François y Eliza Wille.

1869

Romanzen und Bilder (Romances e imágenes) aparece en Leipzig. De ahora en más, Haessel es el editor de todas las obras de Meyer.

1871

Viaje a Múnich. *Huttens letzte Tage* (Los últimos días de Hutten). Viaje a Verona y Venecia, pasando por Múnich.

1872

Se publica la epopeya en verso *Engelberg*.

1873

Aparece la primera novela corta de Meyer, *El amuleto*.

1874

Aparece la primera versión de la novela histórica de Meyer bajo el título *Georg Jenatsch. Eine Geschichte aus der Zeit des dreißigjährigen Krieges* (Georg Jenatsch. Una historia de la época de la Guerra de los Treinta Años) en la revista *Die Literatur*, de Leipzig.

1875

El 5 de octubre Meyer contrae matrimonio con Luise Ziegler. En el viaje de bodas recorren el sur de Francia y Córcega.

1876

Primera edición como libro, con intensas modificaciones, de *Georg Jenatsch*. Comienza la correspondencia con Gottfried Keller.

1877

Se traslada a Kilchberg. Conoce a Paul Heyse en Silvaplana.

1878

Aparece la segunda edición, que también presenta importantes cambios, de *Georg Jenatsch*; también la novela corta *El disparo desde el púlpito*.

1879

El santo. Una vez concluida la composición de esta obra, Betsy Meyer se traslada a Männedorf para prestar servicios como enfermera. Nace la hija de Meyer, Camila.

1880

Meyer recibe el doctorado honorario de la Universidad de Zúrich. Viaja a Alemania.

1881

Meyer comienza el contacto epistolar con Louise von François. *Plauto en el convento de monjas*.

1882

El paje de Gustavo Adolfo. Aparece en Leipzig la primera edición de los *Gedichte* (Poemas).

1883

Das Leiden eines Knaben (El sufrimiento de un muchacho). En diciembre y en enero de 1884 aparece *Las bodas del monje* en *Deutsche Rundschau*.

1885

La jueza

1887

Die Versuchung des Pescara (La tentación de Pescara).

1887-88

Meyer contrae una grave enfermedad y se recupera muy lentamente.

1888

Recibe la Orden de Maximilian de Baviera.

1890

Betsy vuelve a trabajar como secretaria de su hermano.

1891

Aparece en Leipzig *Angela Borgia*, la última novela corta de Meyer. Luego de la composición, este siente un intenso agotamiento.

1892

Comienza la enfermedad mental de Meyer. El 7 de julio es internado, con su propio acuerdo, en la clínica Königsfelden. A fines de septiembre, Luise Meyer lleva a su marido nuevamente a Kilchberg, donde permanecerá durante sus últimos años de vida.

1898

Meyer muere el 28 de noviembre.

El disparo desde el púlpito*

Capítulo primero

Dos clérigos descendieron, a la segunda hora de la tarde de un día de octubre, desde el altiplano de Uetikon hacia el muelle de Obermeilen.¹ El camino más corto desde la casa parroquial, ubicada cómodamente al lado de la iglesia, sobre el primer escalón de unas colinas cubiertas de prados y árboles frutales, hacia la bahía del lago protegida por un largo muro, el así llamado *gancho*, los conducía a través de unos viñedos ya pelados. La vendimia había terminado. A la derecha y a la izquierda, los sarmientos solo ostentaban hojas amarillentas o rotas y, sobre las franjas de césped de color verde oscuro que atravesaban la plantación de viñedos, brotaba la flor otoñal. Solo desde la lejanía, donde tal vez un hombre particularmente avezado habría dejado añejarse mucho más tiempo su vino para que resultara más sustancioso el sabor, se percibía por momentos el gozoso grito de algún viñatero retrasado.

Los dos hombres marchaban sin hablar, uno detrás del otro, como oprimidos por un sentimiento otoñal. Por otra parte, la acentuada pendiente, cubierta de irregulares rocas y lajas, formaba una escalera bien incómoda que les dificultaba el descenso, y el viento, que en rudas ráfagas soplaba desde el Oeste sobre la superficie del lago, los sacudía por momentos.

○

* Traducción de Alfredo Bauer. Notas de Carola Pivetta.

¹ Los sitios mencionados se sitúan junto a la orilla oriental del lago de Zúrich.

Los primeros días de la vendimia habían sido los más espléndidos del año. Una tibia brisa del Sur había idealizado a su manera las nevadas cumbres y el lago suizo, uniendo la cadena de las primeras en un único gran brillo silencioso y tiñendo al segundo del profundo, vigoroso y brillante color de una bahía marítima meridional, como si tuviera ganas de transportar un paisaje báquico, un fragmento de Italia, al norte de los Alpes.

Ese día, en cambio, soplaban un viento intenso, y las altas cadenas montañosas, desfiguradas por luces estridentes y sombras oscuras, lastimaban los ojos en una manifestación grave, casi barroca.

—¡Pfannenstiel, tu intención carece de sensatez! —dijo de repente el que marchaba adelante, un hombre fortachón, poco crecido y, a pesar de su juventud, algo obeso, deteniendo la marcha y volviendo súbitamente su rosado rostro hacia su delgado compañero.

Este, en vez de responder, tropezó con una piedra, ya que hasta ese momento había fijado su mirada en la punta de la torre de Mythikon,² que en la otra rivera, por encima de una península cubierta de un bosque oscuro, apuntaba hacia el cielo como una esbelta aguja. Después de haber puesto correctamente en marcha sus largas piernas, respondió con suave voz pectoral:

—Me imagino, Rosenstock, que el general no me recibirá como un lestrigón.³ Él es mi pariente, si bien no muy cercano. Y precisamente ayer le envié mi disertación sobre el simbolismo de la *Odisea*, con una astuta dedicatoria.

—¡Santa simplicidad!⁴ —rezongó Rosenstock, que debía su vigoroso colorido al oficio de sus antepasados, quienes desde tiempos inmemoriales habían sido carniceros y fabricantes de embutidos en Zúrich—. Tú conoces mal a aquel hombre —y señaló con un breve movimiento de su redondo mentón una casa campestre de estilo italiano, que se hallaba en la bahía septentrional de la península cubierta de robles—. No es muy cariñoso para con sus parientes. Y destrozará con sarcasmo tu soñadora disertación, que por otra parte encontraron extraña todos los entendidos.

○

² Este topónimo no corresponde a un lugar real, sino que parece aludir al carácter ficticio del escenario y de la historia del disparo desde el púlpito.

³ Gigante antropófago con el que se topa Odiseo en el poema de Homero.

⁴ Según la tradición, estas fueron las últimas palabras pronunciadas por Jan Hus (1369-1415), cuando se encontraba ya en la hoguera —a la que había sido condenado por hereje— y vio que una anciana arrojaba leña a las llamas para avivarlas.

El párroco de Uetikon sopló como si formara una brillante pompa de jabón. Poco después continuó:

–Hazme caso, mi pequeño Pfannenstiel: es mejor evitar los contactos con esos dos locos, los Wertmüller. El general es una planta venenosa que nadie toca sin lastimarse. Y su primo, el párroco de Mythikon, ese eterno niño, deja en ridículo nuestra profesión con su jauría de sabuesos, su caja de pistolas y sus interminables tiros al aire. Tú mismo, en la última primavera, cuando estuviste ahí como vicario, tuviste que soportar bastante de todo eso. Claro: ahí está Rahel con su naricita fina y su roja boquita de cerezas. Pero ella no te ama. La hidalga finalmente caerá en manos de un hidalgo. Dicen que está comprometida con Leo Kilchsperger. Pero, ¿me oyes?, no te aflijas por ello. Un rechazo no es nada parecido a un *consilium abeundi*.⁵ Para consolarte: yo también recibí varios, y sin embargo, ya ves, vivo y prospero y también, hace poco, entré al gremio de los casados.

El flaco candidato, bajo sus cabellos rubios que volaban al viento, lanzó sobre el colega una mirada de desesperación y suspiró lastimosamente. Carecía de la capa de grasa que rodeaba el corazón de aquel.

–¡Vámonos de este lugar! –exclamó después, lleno de tristeza–. Aquí me asfixio. El general no dejará de darme el puesto disponible de capellán militar en su tropa veneciana.

–Pfannenstiel, te repito que tu intención carece de sensatez. Quédate en tu terruño y mantente con honestidad.

–Me estás quitando todo el ánimo de vivir –se quejó el rubio–. No debo partir y no puedo quedarme. ¿Adónde debo ir, pues? ¿A la tumba?

–Vergüenza debe darte. Deja por fin el calzado de niño. La idea de ser capellán veneciano, como tal, no sería tan descabellada. Es decir, si tú fueras un hombre decidido y no tuvieras esos ojos infantiles, inocentes y azules... El general, el otro día, me ofreció el puesto a mí. Un tórax tan fornido, decía, impresionaría a sus soldados. Son monerías por supuesto. Porque él sabe que soy un hombre sedentario, que permanece pegado a su viña.

–¿Estuviste ahí?

○

⁵ (Latín): “consejo de partida”; la expresión se usó durante los siglos XVIII y XIX en las universidades alemanas, en los casos en los que se imponía a los estudiantes el castigo de expulsión de la escuela o institución a la que asistían.

—Anteayer —al párroco de Uetikon le subió la rabia a la cabeza—. Desde que volvió acá (no hace más que una semana), el viejo alborotador perturbó ciertamente todo, la villa y el lago. Había anunciado desde Viena que venía para dejar todo en orden antes de la próxima campaña militar. Pues vino, y comenzó un rodar de carrozas en la margen izquierda del lago, hacia la vega. Los Landenberg, los Schmidt, los Reinhart, todos sus parientes, que en otros momentos evitaban el contacto con el ateo y burlador encanecido como con el de un apestado, vinieron todos con la intención de ser sus herederos. Él, empero, no está nunca en casa, porque navega por el lago a una velocidad satánica en una galera de doce remos que tripula con sus hombres. Mis feligreses se vuelven intranquilos, abren los ojos con espanto y murmuran que se trata de brujería. Más aún: desde el crepúsculo hasta el amanecer salen llamas e incandescentes dragones de las chimeneas del edificio anexo. Algunas veces, el general, en vez de dormir como un cristiano, anda con sus herrerías y cerrajerías durante toda la noche. He visto confeccionados por él candados realmente artísticos, verdaderas maravillas de artesanía: cerraduras que no existe ganzúa que abra. Para personas —me dijo refiriéndose subrepticamente a mi pobreza apostólica— que acumulan tesoros que serán robados por los ladrones y corroídos por las polillas.⁶ Tú comprendes, ¿verdad?: el manojo de chispas juega su papel; lo consideran la calle por la que pasa el Príncipe del Infierno a través de la chimenea, y comentan esto ampliamente. Así fermentó la inquietud. La actitud de esclarecer a la gente tiene consecuencias nefastas. Yo elegí el camino más directo y visité al general para proporcionarle una amistosa advertencia. ¡Diez mil demonios! Recordaré ese día mientras viva. Desechó mi advertencia con una sonrisa burlona y despreciativa. Después me aferró de un botón del abrigo y soltó un discurso como ráfaga de tormenta; créemelo Pfannenstiel. Sin botones y como molido a palos llegué a mi casa. Me convidó con vino del Mosela, pero agriado con las invectivas más violentas. Por supuesto, habló de su testamento. Porque es ahora su obsesión. “Vos también figuráis, reverendo”. Yo me asusté, claro está. “Bueno, os mostraré el párrafo”. Abrió el legajo. “Leed”. Yo leo. ¿Y qué leo, Pfannenstiel?

○

⁶ Rosenstock retoma aquí las palabras del evangelista Mateo, cuando este aconseja no acumular bienes terrenales (cf. Mateo 6, 20).

–“....Item: a mi estimado amigo el Pastor Rosenstock, le dejo en herencia dos botones de camisa huecos, hechos de latón, dotados de sendas láminas de cristal, hallándose en cada uno de los mismos, sobre fondo verde, tres pequeños dados. Gesticulando, pues, el señor pastor en el púlpito, ya con la mano derecha, ya con la izquierda, y sacudiendo al mismo tiempo los susodichos dados de modo displicente, puede, mediante repetidas miradas de soslayo y sin interrumpir el sermón, hacer consigo mismo un divertido jueguito. Dichos botones son muy apreciados entre los fieles de Argel, Túnez y Trípoli, y se los utiliza en las mezquitas durante la lectura pública del Corán...”.

–¡Imagínate, Pfannenstiel, el escándalo al abrirse el testamento! El malvado finalmente hizo lugar a mis ruegos, me entregó su dádiva de inmediato y eliminó el correspondiente párrafo. ¡Mira! –y Rosenstock sacó de su bolsillo el gracioso juguete.

–Es un invento muy sacrílego –dijo Pfannenstiel con un amago de sonrisa; pues conocía la inclinación del pastor de Uetikon al juego de dados–. ¿Y tú crees que el general tiene antipatía a los clérigos?

– A todos sin excepción desde que, por sus dichos blasfemos, fue procesado y condenado a pagar una cuantiosa suma como multa.

–¿No habrá sido excesiva la pena que le dieron? –preguntó Pfannenstiel, quien endulzaba su fe, reformada según la orientación helvética,⁷ con un poquito de mística y no abrigaba ni un dejo de afán persecutorio eclesiástico.

–En absoluto. Solo que tuvo que pagar toda la suma de una vez. Durante toda su vida, desde la juventud, él ha blasfemado, y eso fue reunido de modo tal que ascendió a esa suma. Cuando él, por fin, en nuestra última guerra civil⁸ sitiaba sin éxito Rapperswyl, sin respetar vidas humanas, lo cual es el primer deber de un jefe militar republicano, puso en su contra a la opinión pública, y nosotros pudimos enfrentarlo. Ahí se le hizo pagar todo lo que había ofendido a nuestra iglesia nacional. Ahora por cierto, siendo él general en jefe de Su Majestad apostólica,⁹ no podemos tocarlo, porque es capaz, para escarnecernos,

○

⁷ El protestantismo suizo fue fundado por Ulrich Zwingli (1484-1531) y Juan Calvino (1509-1564), cuyos seguidores se adhirieron luego a la Reforma.

⁸ Referencia a la guerra de 1656 que enfrenta a Zúrich y Berna contra los cantones católicos y que concluye con la derrota de los reformados.

⁹ Título del rey de Hungría; el emperador alemán Leopoldo I (1640-1705) es también, desde 1655, rey de Hungría.

de convertirse al catolicismo, y entonces el segundo escándalo sería peor aún que el primero. Cuentan que, en Viena, él cena con jesuitas y capuchinos. Obviamente, no se puede prescindir en el mundo de nosotros los clérigos, vestidos y titulados de tal o cual manera.

El de Uetikon, riéndose de su chiste, se detuvo.

—Aquí está el límite de mi viña —dijo. Con este término solía designar su feligresía—. ¿Sigues con ganas, después de lo que acabas de escuchar, de visitar al general, Pfannenstiel? ¿Cometerás semejante estupidez?

—Quiero probar un poco la estupidez; la sabiduría me proporcionó, hasta ahora, solo amargos frutos —replicó Pfannenstiel con suavidad, y se despidió de su severo colega.

Capítulo segundo

Poco después, el enamorado y desesperado candidato estaba sentado sobre la tabla transversal de un bote largo y poco ancho que conducía el joven barquero Bläuling, levantando apenas el remo del agua, a través del lago, hacia la vega.

Ya caían las amplias sombras vespertinas de los taciturnos robles sobre las aguas oscuras. Bläuling, un hombre serio y poco comunicativo, con rasgos regulares, no abría la boca. Su pequeña embarcación cortaba las inquietas aguas con firmeza y regularidad, como un ser con voluntad propia. Por todas partes el lago estaba poblado de velas hinchadas por el viento, pues era sábado y los barcos volvían de la semanal feria municipal. Tres velas se acercaban formando una figura de extremos variables, incluyendo en sus líneas el barquito del candidato.

—Llevadme con vosotros hacia la vasta libertad —les imploró inconscientemente en su mente. Pero ellos lo soltaron de su red movediza.

Mientras tanto se acercaba más y más la casa campestre del general, exponiendo su fachada. La construcción firme pero estilizada no tenía semejanza con los frontones altos propios de la región, y era como si su estilo se empeñara en buscar la soledad.

—Ahí está la pequeña alcoba de la turca —manifestó ahora el taciturno Bläuling, soltando el remo y señalando con la diestra el ángulo sur del edificio.

– ¿De la turca? –el candidato parecía un signo de interrogación personificado.

–Pues, sí; de la turca de Wertmüller. La trajo de Oriente, donde combatía para el veneciano. Ya la vi muchas veces: es una mujercita linda con adornos en la cabeza y largos cabellos sueltos. Habitualmente, cuando paso navegando, se pone los dedos en la boca, como si le silbara a un grupo de varones; pero en este momento no está en la ventana.

Un grito prolongado voló por el aire desde la orilla, justo sobre la barca: “Berro Borcino”.¹⁰

Bläuling, muy enojado, golpeó el agua con el remo haciendo saltar fuertes salpicaduras sobre el costado de la barca.

–Así nos tratan a gritos, sobre toda la superficie de este lago, desde que Wertmüller está de vuelta. Es el maldito negro el que hace tal barullo con el megáfono del general. El domingo pasado le dieron de beber en la Fonda del León en Meilen, hasta dejarlo sin sentido debajo de la mesa. Después, a altas horas de la noche, lo transportaron de vuelta en mi barca y se lo entregaron a Wertmüller. Ahora, el deshollinador blasfema a través del megáfono en dirección a Meilen. Pero mañana, lo juro, lo tendremos nuevamente en lo del León. Ahora pregunto yo: ¿dónde aprendió el moro la palabra extranjera? Aquí también dicen palabras obscenas, pero no esta.

–Será el general quien lo trata así a él –acotó Pfannenstiel a media voz.

–Así es, señor –asintió el joven–. Es Wertmüller, ese traidor a la patria, quien trae al país esas palabras extranjeras, en alto alemán. Pero yo no permito que me traten así sobre la superficie de este lago, lo juro.

Bläuling, con unos golpes de remo violentos y presurosos, cambió el rumbo de su embarcación volviendo hacia el medio del lago.

–¿Qué os pasa, buen amigo, por el amor de Dios? –exclamó Pfannenstiel afligido–. ¡Necesito llegar! Cobradme el doble.

Pero las monedas de plata no surtían efecto frente al rencor patriótico; y el candidato se vio obligado a implorar y rogar. A duras penas logró que el ofendido Bläuling, –“¡por tratarse de vos!”– lo transportara, fuera del alcance del megáfono y dando un rodeo a toda la península, al extremo sur de la bahía. Ahí dejó que el candidato bajara a

○

¹⁰ Es decir: “perro porcino”.

la orilla. Y partió. El barquito iba desapareciendo de la vista y pronto llegó al medio de la superficie azul.

Capítulo tercero

Así Pfannenstiel fue abandonado como un proscrito bajo los robles de la península. Una angosta senda entraba en la penumbra y él no vaciló en utilizarla. En secreto, como si fuera un ladrón, pisaba las hojas caídas que crepitaban bajo sus plantas, acercándose con rapidez a un no lejano claro del bosque. La sensación, parecida a una pesadilla, de entrar a una propiedad ajena de manera tan inadecuada, daba alas a sus pasos. Pero a la vez el elemento de la aventura, que se esconde en todo corazón humano, comenzaba a ejercer una misteriosa tentación. Así, quien está por sumergirse se lanza de pronto al agua que un momento antes había examinado con espanto con los dedos del pie.

El claro que pronto alcanzó era de poca extensión; la luz llegaba hasta el suelo cubierto de musgos solo desde arriba, como a través de una abertura en una cúpula. Una ardilla juguetona saltó por encima de la cabeza del candidato hacia una rama que se inclinaba hacia abajo, y que solo comenzó a moverse cuando el veloz animalito ya la había abandonado, alcanzando otra rama.

Nuevamente la senda se internaba en la oscuridad del bosque. Hasta que de pronto, cambiando de dirección, dejó ver al candidato, a pocos pasos de distancia, la casa de campo.

Esos pasos, empero, los dio muy lentamente. Él era de aquellas personas tímidas a las cuales tanto la entrada como la partida les resultan difíciles. Y el general tenía fama de facilitar a la gente solo esta última, pero en absoluto aquella. Así sucedió que se detuvo vacilando detrás del macizo tronco del roble más alejado. Lo que percibía desde ese escondite era un cuadro idílico, que en modo alguno habría podido intimidarlo.

El general, en la veranda amplia y, a esa altura del año, casi demasiado aireada, cuyas seis elevadas columnas estaban cubiertas por unas magníficas vides propias de regiones foráneas, charlaba íntimamente con su vecino Krachalder, uno de los miembros mayores de la parroquia, a quienes el candidato, durante su tiempo de vicario, veía sentados todos los domingos en el coro de la iglesia y a los que conocía

como los doce apóstoles. Apoyando los codos en la mesa, Wertmüller, sentado a horcajadas sobre una silla liviana, dejaba ver de perfil su nariz aguileña y el mentón puntiagudo, mientras la anciana cabeza de Krachalder, bella y astuta, ostentaba una expresión sumamente suave.

–Somos como las flores del campo –señaló de manera moralizante el viejo–. Y sucede, señor Wertmüller, que tanto vos como yo en estos días estamos ocupándonos precisamente de dejar en orden nuestros asuntos. Ante vos, no guardo en secreto que destiné tres libras para hacer arreglar la torre de nuestra iglesia.

–Yo tampoco quisiera aparecer como mezquino y tacaño –replicó el general–. De modo que, en mi testamento, destinaré la misma suma para dorar el gallito de la veleta. Para que este animalito no sienta vergüenza, sentado sobre la torre cubierta de tejas nuevas.

Krachalder, sin apurarse, tomó un sorbo de la copa ubicada delante de él, sobre la mesa. Después dijo:

–Vos no sois ningún creyente, pero sois un hombre respetuoso del bien público. Enteraos, pues, de que la comunidad espera algo de vos.

–¿Y qué es lo que la comuna espera de mí? –preguntó con curiosidad el general.

–¿Queréis saberlo? ¿Y no os enojaréis?

–¡En absoluto!

Krachalder volvió a dejar pasar unos instantes.

–¿Tal vez otra hora os resulte más oportuna? –acotó.

–No existe otra hora sino la actual. Aprovechadla.

– Vos dejaríais instituido un hermoso recuerdo, señor general, para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos...

–Yo no subestimo la gloria póstuma –dijo el general.

A Krachalder, que veía a este hombre misterioso de tan buen humor, le pareció el momento oportuno para manifestarle, en forma cuidadosa, el deseo que desde hacía mucho abrigaban los habitantes de Mythikon.

–El extremo de vuestro bosque en Wolfgang, señor Wertmüller –comenzó a decir, vacilando; el rostro de su interlocutor se puso sombrío, y el anciano labrador vio surgir una nube cargada de truenos–, se introduce...

–¿Dónde se introduce mi bosque? –preguntó Wertmüller con rabia.

Krachalder cavilaba sobre si correspondía ir hacia delante o hacia atrás, más o menos como quien en medio del lago es sorprendido por una tormenta. Decidió avanzar.

–.... se introduce en medio del bosque de nuestra propiedad municipal.

Ahora el general saltó de su silla, la agarró de una pata moviéndola por el aire y se colocó en posición de esgrimista.

–¿Quieren saquearme los de Mythikon? –gritó furioso–. ¿Caí en manos de los forajidos? –bajando su arma de madera continuó, en tono más suave–. ¡Nada de eso, Krachalder! Convened a la gente de que no se haga ilusiones. Yo no quisiera tener motivos de castigaros desde el más allá.

–No os ofendáis –replicó tranquilo el viejo–. Reflexionaréis al respecto, señor Wertmüller.

Él también se había levantado, y se despidió del general con el cordial apretón de manos habitual en la región.

Wertmüller lo acompañó unos pasos, después se dio vuelta y vio parado frente a él a Hassan, su sirviente moro. El negro, con un gesto implorante, le suplicó, manejando el idioma alemán de modo sumamente extraño, que le diera franco el día siguiente por la tarde, pues su alma lo atraía a sus nuevos amigos en Meilen.

–¿Estás poseído por el demonio, Hassan? –rezongó el general–. Bien sucio te jugaron el último domingo.

–Jugaron, sí –repitió el moro, que había entendido mal lo dicho–. Una juego hermoso, maravilloso.

–¿No tienes ni un poquito de sentido del honor? El contacto con la civilización te arruina. Bebes como un cristiano.

–No beber, tu merced. Una hermoso juego. Extraordinario juego. ¡Jass!¹¹ –Hizo una mueca tan forzada y torció los ojos con un entusiasmo tan apasionado que Pfannenstiel, quien, como ocurre a menudo con las personas inocentes, tenía mucho sentido para lo cómico, y por otra parte tenía en aquel momento los nervios crispados, echó a reír ruidosamente sin poder dominarse.

Viendo descubierta su presencia, el candidato, quien no tenía la facultad de introducirse dentro del roble como una dríada sorprendida, salió de su escondite detrás de ellos y, avergonzado, se acercó al general con repetidas reverencias.

– ¿Qué quiere este aquí? –preguntó el general examinándolo de la cabeza a los pies–. ¿Y quién este?

○

¹¹ Nombre de un juego de naipes que se practica sobre todo en Suiza.

–Soy primo... del primo... del pariente –tartamudeó el candidato.
 El general frunció el entrecejo.
 –Mi padre fue un Pfannenstiel y mi difunta madre, una Rollenbutz....
 –¿Quiere exponerme todo su maldito árbol genealógico? ¡Qué primo ni qué pariente! Es mi hermano. Todos los hombres son hermanos. ¡Váyase al demonio!
 Y Wertmüller le dio la espalda.
 Pfannenstiel no movía un músculo. El modo en que el general lo recibió lo había petrificado.
 –Fannen-stiel –deletreó el negro la palabra que aún le era desconocida, como si quisiera enriquecer su vocabulario alemán.
 –¿Pfannenstiel? –repitió el general prestando atención de repente–. Este nombre me es conocido. ¿No es acaso el autor –y se volvió a dirigir al joven– que ayer me envió su disertación sobre el simbolismo de la Odisea?
 Pfannenstiel hizo un gesto afirmativo con la cabeza.
 –Entonces este es un hombre muy estimable –dijo Wertmüller, tomándolo amablemente de la mano–. Tenemos que conocernos.

Capítulo cuarto

Entró con el huésped a la veranda, lo hizo sentar sobre una silla, le llenó una de las copas que estaban sobre la mesa y dejó que se repusiera.

–La recepción fue a la manera militar –lo consoló–. Pero este soldado será para vos un aceptable anfitrión. Pernoctaréis hoy en mi casa, no os neguéis. Tenemos que hablar de muchas cosas. Ved, querido: vuestra disertación me ha entretenido de manera muy grata. –Y Wertmüller tomó un libro ubicado en el nicho de la planta baja que constituía la pared trasera de la veranda; entre sus hojas había colocado la disertación ya leída del candidato.

–Pero comencemos con una pregunta previa. ¿Por qué me enviasteis vuestra obra solo con una línea escrita a mano, en vez de colocar *coram populo*¹² en la primera hoja en blanco una dedicatoria con

○

¹² (Latín): “a la vista del pueblo”.

grandes letras impresas, como se debe? Será porque estoy en relaciones tirantes con los clérigos, vuestros colegas. ¡No tenéis carácter, Pfannenstiel! Sois un hombre débil.

El candidato pidió disculpas: su insignificante trabajo no merecería estar encabezado por el nombre del famoso jefe militar y conocedor de las letras.

—¡En modo alguno insignificante! —destacó Wertmüller—. Tenéis fantasía, y penetrasteis en las purpúreas profundidades de mi poema preferido como muy pocos lo lograron. Con el fin, ciertamente, de probar algo absurdo. Pero es así sin duda: los hombres solemos utilizar nuestras máximas capacidades para resultados necios. Si se os hubiera ocurrido consultarme a tiempo, le habría dado a vuestra disertación un giro que os habría extrañado mucho a vos mismo, a vuestros clericales examinadores y a todo el público. Percibisteis, Pfannenstiel, que la segunda mitad de la *Odisea* es de particular belleza y grandiosidad. ¿Cómo? ¡El hombre que volvió a su casa disfrazado de mendigo y es maltratado en su propio hogar! ¿Cómo? ¡Los pretendientes se imaginan que él no volverá nunca, y sin embargo intuyen su presencia! Ríen, y sus rostros ya están desfigurados por la agonía que está próxima. ¡Eso es poesía! Pero tenéis razón, Pfannenstiel: ¿de qué sirve la poesía si no es portadora de una moral? Dentro del dulce, el panadero colocó una consigna. ¡Rompeamos, pues, la costra externa! Puesto que no puede ser que Odiseo solo represente a Odiseo, ¿qué cosa o a quién representa? ¡A Nuestro Señor y Salvador Jesucristo —así lo probáis y lo hicisteis imprimir—, cuando este venga para juzgar a los vivos y a los muertos! ¡Pero no, candidato! Odiseo representa la verdad ultrajada, bajo una apariencia servil, en medio de los soberbios pretendientes, o sea clérigos, a quienes algún día, bajo una forma victoriosa, ella les ha de perforar el corazón. Bien, candidato, ¿qué os parece esto? Así deberíais haber concluido; y sin duda alguna, vuestra disertación habría causado un notable impacto.

Pfannenstiel temblaba al pensar que se podía haber impreso a su simbolismo una orientación tan audaz y blasfema. Su personalidad sencilla no le permitía reconocer, o bien solo en contornos indefinidos, la diabólica intención oculta del viejo burlador.

Para sustraerse de la incomodidad de tener que dar una respuesta al viejo librepensador, el candidato tomó el volumen en pergamino, con el cual Wertmüller había gesticulado durante su discurso. Era la

edición aldínica de la *Odisea*.¹³ Pfannenstiel contemplaba con respeto la portada de ese libro difícil de hallar. De pronto se sobresaltó como frente a una agresiva víbora. En el espacio libre a la izquierda, junto al escudo del librero veneciano, descubrió, estampada a mano y algo empalidecida, la siguiente inscripción:

Georgius Jenatius me jure possidet.

*Constat R. 4 Kz. 12*¹⁴

Se desprendió del libro como si exhalara un olor a sangre. Décadas hacía que el cuerpo del objetable guerrero de Graubünden se pudría en la tumba de la catedral de Coira, mientras su imagen, en épocas pacíficas y poco patrióticas, se había desfigurado hasta llegar a ser repugnante, de modo que solo quedaba el apóstata y el sanguinario. Pfannenstiel lo consideraba simplemente como un monstruo, en cuya existencia real apenas podía creer.

El general disfrutó del horror que Pfannenstiel experimentaba. Después dijo, como si el asunto careciera de importancia:

–El buen hombre, vuestro antiguo colega, me lo regaló cuando aún estábamos en buenas relaciones y yo lo visité en su Malepartus de Davos.¹⁵

–De modo que realmente existió –dijo el candidato a media voz–. Poseía libros como uno de nosotros y anotó su precio en la portada.

–Claro que existió, y tuvo una personalidad muy consistente –dijo el general riendo brevemente–. Esta misma noche soñé con él.... Fue porque todo el día de ayer me ocupé de un negocio desagradable. Escribí mi testamento. Y no hay nada más miserable que disponer, mientras aún se respira, de los bienes propios, que también son parte de uno mismo.

Eso excitó la curiosidad del joven clérigo. Tal vez el sueño hubiera sido una advertencia que, interpretada en forma refinada y edificante,

○

¹³ Se trata de la edición del impresor veneciano Aldus Manutius (1449-1515).

¹⁴ (Latín): "Georg Jenatsch me posee legalmente; cuesta cuatro reales, doce cruzados". Georg Jürg Jenatsch (1596-1639): pastor y líder político suizo, que participa activamente en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648); en 1637, en tanto general del ejército suizo, expulsa a las tropas francesas de Graubünden (a este logro militar alude Pfannenstiel a continuación). La única novela escrita por Meyer (*Georg Jenatsch*, 1876) trata sobre este personaje histórico.

¹⁵ Nombre del laberíntico castillo y refugio del zorro Reineke, personaje de numerosas fábulas medievales europeas, así como del paródico poema épico de Goethe (*Reineke, el zorro*, 1794).

podía estimular en el hombre sentado frente a él un pensamiento bueno y piadoso.

—¿No queréis contarme vuestro sueño? —preguntó mirándolo con cariño.

—Está a vuestra disposición. Era en Coira. Una muchedumbre, pelucas oficiales, personalidades militares, desde la catedral se oían tañidos de campanas y cañonazos festivos. Entramos bajo el dintel del portón grande en el patio del palacio episcopal. Ahora somos dos los que marchamos, a mi lado un coloso. Yo veo solo un sombrero emplumado, una enorme nariz y una barba puntiaguda negra como la pez, en parte cubierta por la gorguera. “Wertmüller,” preguntó el hombre enorme, “¿a quién sepultamos?”. “No sé”, digo yo. Entramos a la catedral y pasamos entre los bancos de la nave. “Wertmüller”, pregunta el otro; “¿a quién cantan el réquiem?”. “No sé”, digo impaciente. “Mi pequeño Wertmüller”, dice, “levántate en puntas de pies y fíjate quién yace ahí amortajado”. Y ahora yo distingo claramente en los ángulos de la mortaja el nombre y el escudo de Jenatsch. Y en ese mismo instante, el que está a mi lado dirige hacia mí su rostro, pálido y con los ojos apagados. “¡Truenos, coronel!”, digo, “¡Yacéis ahí bajo la mortaja con vuestras siete heridas mortales; y discutís aquí conmigo! ¿Sois doble? ¿Es sensato eso? ¿Es lógico? ¡Mudaos al infierno, bribón!” Y él, cabizbajo, responde: “¡No presumas y no te hagas el interesante! Tú también, Wertmüller, estás muerto”.

Pfannenstiel sintió un escalofrío. Este sueño, en la víspera de una campaña militar que sin duda sería sangrienta y que esperaba al general allá en tierras alemanas, le parecía encerrar un presagio muy grave, y buscó en su mente una palabra de consuelo y fortalecimiento espiritual.

Wertmüller tampoco pudo, después de haber relatado su sueño, desprenderse del mismo de inmediato.

—El coronel fue abatido de un hachazo por su amada, como un toro —reflexionó en voz alta—. A mí, no me irá tan bien. Caer muerto, eso sí, ¡pero no morir acurrucado en la cama!

Tal vez pensaba que lo envenenarían, pues en la corte de Viena era blanco de un tenaz juego de intrigas, y su ambición le había valido muchos enemigos mortales.

—Antes de hacer las valijas —continuó después de unos instantes—, quisiera hacer feliz a alguna persona...

Al candidato se le llenaron los ojos de lágrimas: no por consideraciones egoístas, ni por la desinteresada satisfacción causada por tan

hermoso empeño. Pero los ojos se le secaron de inmediato cuando el general concluyó la frase:

—...especialmente si el asunto pudiera combinarse con una sustanciosa broma.

El sentimiento supersticioso que había afectado al general se esfumó pronto.

—¿Cuál es el motivo de vuestra visita? —preguntó a su interlocutor dando a la conversación uno de los bruscos giros que lo caracterizaban—. Seguro que no vinisteis aquí para que yo os contara mis sueños.

Pfannenstiel le respondió al general con una inocente astucia, porque no quería confesarle su desesperación amorosa, suponiendo que carecía del órgano capaz de comprenderla. Dijo que, al estudiar la *Odisea*, surgió en él el irresistible deseo de conocer la patria de Homero, la dorada Hélade. Y al no conocer otra manera de satisfacer su empeño viajero, se le ocurrió solicitarle el puesto de capellán militar de su compañía veneciana, la cual, como sabía, estaba estacionada en las posiciones griegas de la República.

—El puesto está confirmado —dijo—; y si vos queréis favorecerme un poco, concedédmelo a mí.

Wertmüller le lanzó una mirada aguda.

—Yo sería el último en desaconsejar a un hombre joven una carrera peligrosa. Pero ha de estar calificado para ella. Vuestro esqueleto, amigo, no está construido de manera suficientemente robusta. Cualquier pendenciero de Leipzig o de Jena impresionará más a mis lansquenets que vuestro rostro de joven San Juan. Sacaos eso de la cabeza. Si queréis ver el Sur, buscad un puesto de preceptor de un joven caballero y mantenedle limpia su vestimenta. Pero eso tampoco sería apropiado para vos. Lo mejor es que os quedéis en casa. Mirad por la ventana contando las puntas de las torres que hay alrededor de este lago. Este es el Canaán¹⁶ de los pastores evangélicos. Aquí está Rodas, aquí habéis de saltar,¹⁷ quiero decir, ¡de predicar! ¿Para qué están hechos los senderos de las profesiones civiles, sino para que hombres como vos los recorran? No sabéis cuánta fuerza de muslos hace falta para domar soberanamente el corcel de la vida. Desistid de vuestra

○

¹⁶ En la Biblia, la tierra prometida.

¹⁷ Palabras dirigidas, en una de las fábulas de Esopo, a un fanfarrón, que, al volver a su patria tras un viaje por tierras remotas, se jacta de haber dado en la lejana Rodas un salto sin igual.

ocurrencia –e hizo un gesto como si agarrara del freno un corcel que echó a correr sin control con un jinete descuidado.

Volvieron a pasar unos instantes en silencio. Nuevamente, el general lanzó al candidato una mirada escrutadora.

–Sois un hombre honesto –dijo después–. Y hablasteis en serio. Habríais atravesado como corresponde la aventura griega. Pero, ¿es acorde eso con el Pfannenstiel que veo aquí? Ahí hay una anguila bajo la piedra. No sois un anticuario loco de los que se arrastran entre las ruinas. De modo que estáis desesperado. Pero, ¿por qué estáis desesperado? ¿Qué os da ese deseo de partir de acá? ¡A desembuchar! ¿Una figura? ¿Eh? ¡Os sonrojáis!

El sesentón Wertmüller trataba a las mujeres como figurantes, y solía designarlas simplemente con el término de “figuras”, que usan los pintores.

–¿Dónde habéis oficiado últimamente?

– En Mythikon, en la casa de vuestro señor primo durante sus accesos de gota.

–¿En lo de mi primo? Es decir, en lo de Rahel. Ahora todo está claro y comprensible, como mi reglamento de prácticas y ejercicios militares recientemente revisado. La muchacha os trastornó la cabeza y después, como corresponde, os dijo que no.

El delicado candidato habría preferido que le arrancaran el corazón a confesar que Rahel, como no podía dudarlo, lo veía con franca simpatía. Contestó con modestia:

–El señor Wertmüller, por otra parte mi benévolo protector, me despidió porque no sé manejar las armas de fuego, y tampoco les tengo simpatía. Hace veinte años, con esas armas, ocurrió una desgracia en mi familia. Me hizo tirar al blanco junto a él y no acerté ni una vez.

–Deberíais haberos negado. Eso os hizo quedar mal a ojos de Rahel. Ella da siempre en el blanco. ¡Rayos y centellas! Se me ocurre que todavía le debo algo al viejo. El señor pastor, mientras yo guerreaba en la cuenca del Rin, controló magistralmente mi jauría. Es conocedor, por cierto. ¡Hassan! Tráeme en seguida el estuche violeta de cuero marroquí. Está a la izquierda bien abajo en la vitrina del gabinete de armas. No os incomodéis, candidato –el moro se apuró, y en pocos instantes Wertmüller tenía en sus manos dos pequeñas pistolas graciosamente trabajadas. Limpió con un cuerito los caños damascenos y el mango plateado, que tenía grabados unos hermosos y extraños arabescos. –Continuad, amigo, vuestra elegía –dijo–. ¿La muchacha os

dijo que no? ¿O acaso, es posible que os ame? Hay extraños juegos de la naturaleza. ¿Y solo el viejo os habría rechazado? ¿Qué razones os dio?

Pfannenstiel, en un primer momento, no respondió. Se había puesto temeroso, porque el general, mientras hablaba, había puesto en tensión el gatillo de una de las pistolas. Ahora lo apretó suavemente con el dedo y el gatillo respondió. Puso en tensión el segundo, extendió el brazo e hizo una mueca. Solo con mucho esfuerzo logró hacer funcionar el gatillo. El juego del resorte, por alguna razón, se habría endurecido. Sacudió la cabeza, insatisfecho.

El candidato, quien había parpadeado numerosas veces, retomó ahora el hilo de la conversación para insinuar la verdadera causa de su desesperación.

—¡Una Wertmüller y un Pfannenstiel! —dijo en tono resignado, como si mencionara el sol y la luna, considerando natural que ellos nunca se encontrarían.

—¡Hombre, déjeme en paz con semejantes tonterías! —lo amonestó con dureza el general—. ¿Acaso no hemos dejado atrás las Cruzadas, esa época tan ingeniosa que inventó los escudos de nobleza? Pero aun en aquellos tiempos el hombre valía más que su nombre; de lo contrario, el mundo hace tiempo se habría podrido como una manzana infestada de gusanos. Ve a Pfannenstiel, yo aquí soy considerado un patricio. Pero cuando entré al servicio imperial, ¡con qué desprecio miraban los señores colegas, dueños de tantos y tantos cuarteles;¹⁸ miraban con desprecio la plebeya rueda de molino en mi escudo! Sin embargo tuvieron que soportar que este molinero¹⁹ restableciera y ganara una campaña que ellos casi habían llevado a la derrota. Escúcheme, Pfannenstiel, a usted le falta la fe en sí mismo; y eso no lo favorece ante Rahel.

El candidato se hallaba en una situación extraña. Él no podía compartir el punto de vista de Wertmüller, porque tenía la sensación de que semejante carencia de prejuicios lesionaba todo el orden tradicional de las cosas y este orden le merecía respeto, aun ahí donde actuaba en su perjuicio.

○

¹⁸ Así se denomina en heráldica cada una de las partes o subdivisiones de un escudo de armas.

¹⁹ El personaje juega aquí con la similitud entre su apellido (*Wertmüller*) y el término alemán para "molinero" (*Müller*).

Pero Wertmüller no pretendía que le contestara. Se había levantado y se acercó, en cada mano una pistola, a una muchacha alta que llegaba por la senda proveniente de tierra firme. El general había oído la grava bajo sus pasos ligeros y rápidos.

–Buenas tardes, ahijadita –la saludó, y sus ojos grises brillaban.

Pero la bella joven frunció el entrecejo a raíz de las dos pistolas que obviamente le causaban enojo, hasta que el general las hubo guardado, una en el bolsillo izquierdo y la otra en el derecho de su amplio abrigo.

–Tengo visita, Rahel –dijo el general–. Este señor, permíteme presentártelo, es mi joven amigo el candidato Pfannenstiel.

La señorita Wertmüller se había acercado, mientras Pfannenstiel se levantaba con torpeza de su asiento. Ella se esforzó por no sonrojarse, sin lograrlo. El rubor le subió hasta la frente y hasta las raíces de sus cabellos castaños. El candidato, en un primer momento, bajó la vista, como si se hubiera comprometido con ella a no mirar a ninguna doncella. Pero después la levantó con una expresión tan entrañable y radiante de dicha y de amor, que fue recibida por los ojos castaños de ella tan cálidamente, que aun el viejo burlador se emocionó por la franca y abierta inclinación mutua de dos seres humanos inocentes.

Era extraño, pero él no pronunció ninguna broma, que habría aumentado el dulce disturbio inicial de ellos. Era como si un sentimiento profundo y sincero los hubiera transportado desde este mundo de la máscara y de la violencia a otro más grande y a la vez más sencillo, donde la burla no encuentra su lugar.

Mucho tiempo, ciertamente, no habría dejado pasar sin burlarse de ellos, pero la muchacha juiciosa y valiente no dejó que cediera a tal tentación.

–Necesito hablar con vos, padrino –dijo–. Os esperaré en el segundo de los bancos que están a orillas del lago. No me hagáis esperar demasiado.

Hizo una leve reverencia ante el candidato y desapareció.

El general lo tomó de la mano y lo condujo por la escalera a la planta de arriba, haciéndolo entrar a la biblioteca, que tenía tres altas ventanas ojivales con vista al lago.

–Estad tranquilo –dijo–. Yo ante Rahel tomaré partido a favor de vos. Mientras tanto, aquí no os faltará distracción. Amáis los libros. Aquí hallaréis a los poetas de este siglo *tutti quanti*.²⁰ –Señaló una vitrina y abandonó el salón.

○

²⁰ (Italiano): “todos”.

Aquí estaban en filas elegantes: los franceses, los italianos, los españoles e incluso algunos ingleses; un tesoro acumulado de espíritu, fantasía y bella dicción. Y Wertmüller, que sin duda era conocedor de la cultura de la época, habría sacudido incrédulo la cabeza si le hubieran insinuado que *uno* que valía más que todos ellos brillaba por su ausencia.

Este conocedor universal de la literatura ni siquiera había oído nombrar a William Shakespeare.

El candidato dejó los libros sin tocarlos, pues para un varón joven la cercanía de la amada vale más que las nueve Musas juntas.

Capítulo quinto

El general había tomado una senda que serpenteaba bien cerca de la orilla, siguiendo las sinuosidades de la península, y ahí vio pronto a Rahel Wertmüller que, sentada sobre un viejo banco de piedra, orientaba su fino perfil hacia la superficie acuática extendida bajo el crepúsculo. La expresión de una profunda y sincera tristeza se dibujaba sobre su carita linda y resuelta.

—¿Qué estás planeando? —se dirigió a ella el general.

Ella, sin levantarse, respondió:

—No estoy satisfecha con vos, padrino.

El general apoyó la espalda en el tronco de un roble y cruzó los brazos.

—¿Qué hice yo para perder la benevolencia de Vuestra Señoría? —preguntó.

La muchacha le lanzó una mirada llena de reproche.

—¿Vos preguntáis, padrino? En verdad, que no os portáis bien con mi papá, que tuvo solo amor para con vos y no os hizo daño alguno. ¿Qué clase de espectáculo fue ese el pasado domingo? Tentado por vos, estuvo a los tiros toda la tarde por el estanque de la vega. ¡Qué espectáculo! ¡Patos heridos que trataban de levantar vuelo! ¡Muchachos que se metían en el pantano para capturar a la presa! ¡Papá calzando altas botas, y todos los habitantes de la aldea como público!

—Ellos controlaban los impactos de los tiros —acotó Wertmüller.

—¡Padrino! —La muchacha se había levantado de golpe y su esbelta figura temblaba de indignación—. Yo pensaba hasta ahora que vos,

a pesar de vuestras numerosas rarezas, teníais el corazón en el lugar correcto. Pero estaba equivocada y comienzo a creer que algo anda mal ahí.

—Y señaló con un pequeño gesto de su dedo índice el lado izquierdo del pecho del general—. Yo os consideraba —agregó en tono algo más suave— una especie de Rübezahl...²¹ ¿Así se llama el Espíritu de los Montes Gigantes en Bohemia, cuyas travesuras de duende sabéis contar tan graciosamente?

—Al que a veces lo divierte hacer el bien y, cuando hace el bien, extrae de ello una diversión.

—Algo así. Pero como os digo, si sois tan malicioso como el Espíritu de la Montaña, en esto no se ve ningún bien. Acabaréis llevando a la perdición a mi padre. Si los habitantes de Mythikon no fueran, en el fondo, tan buena gente que defienden a su párroco cuando pueden, hace tiempo que en Zúrich habrían presentado cargos en su contra. ¡Y con razón! Porque un clérigo que de día y de noche no abriga otro pensamiento que la caza ha de constituir para cualquier alma cristiana un permanente escándalo. Esto aumenta con los años. Hace poco, cuando el señor decano anunció su visita y al mismo tiempo el mensajero trajo una escopeta de caza adquirida en la ciudad, yo, en forma poco respetuosa, tuve que arrancársela y encerrarla en mi ropero; o bien él —¡pensamiento horrible!—, tal vez habría apuntado al reverendo señor Steinfels. Vos reís, padrino. ¡Sois abominable! Podría odiaros por eso. Porque conociendo su debilidad, todavía lo tentáis e incitáis, como si fuerais su ángel maligno. Es capaz, el día menos pensado, de subir al púlpito con la escopeta cargada. Yo me puse contenta al enterarme de vuestra llegada. Y ahora pregunto si pronto partís, padrino.

—¿Subir al púlpito con la escopeta cargada? —repitió Wertmüller, fascinado al parecer por tal pensamiento—. ¡Vamos, vamos, ahijada! Tu padre es para mí el más soportable de todos los de vestimenta negra, y tú, la más querida de todas las figuras. Quiero darle al viejo una satisfacción. ¿Sabes qué? Yo mañana participaré de vuestro servicio religioso. Eso rehabilitará a tu padre en la ciudad y en la campaña.

Rahel no parecía muy complacida por tal perspectiva.

○

²¹ Personaje legendario del folclor alemán y del checo; se trata de un gigante o espíritu de las montañas, que, según la leyenda, habita en los macizos que separan los territorios históricos de Silesia (hoy parte de Polonia) y Bohemia (actualmente parte de la República Checa), llamados Montañas de los Gigantes, y que puede adoptar la apariencia de un monje, un cazador o un minero, entre otras.

–Padrino–dijo–, vos en mi bautismo jurasteis velar por mi salud, tanto la terrenal como la eterna. Por esta última no podéis hacer nada, porque en este aspecto vos mismo no andáis demasiado firme. Pero ¿tenéis que arruinar por eso también mi salud temporal? Deberíais por el contrario, me parece, tratar de hacerme dichosa, por lo menos aquí en la Tierra. ¡Y me hacéis desdichada! –y enjugó una lágrima.

–¡Muy bien razonado! –exclamó el general–. Ahijadita, yo soy el Espíritu de la Montaña, y tú me puedes formular tres deseos.

–Está bien –replicó la muchacha aceptando participar de la broma–. Primero: curad a mi padre de su pasión por la caza, que tan poco se ajusta a su función sacerdotal.

–¡Imposible! La tiene en la sangre, puesto que es un Wertmüller. Pero sí puedo orientar esa pasión en un sentido más inocuo. ¿Segundo?

–Segundo.... –Rahel vacilaba.

–Déjame hablar en tu lugar, muchacha. Segundo: dadle licencia al capitán Leo Kilchsperger para el pedido de mano, el compromiso matrimonial y el casamiento.

–¡No! –replicó Rahel con decisión.

–Es un perfecto caballero.

–Un perfecto caballero tiene cualidades de las cuales prefiero prescindir, padrino.

–¡Un punto de vista limitado!

–Yo lo mantengo, padrino.

–Está bien. Entonces, otro segundo deseo: Espíritu de la Montaña, consigue para el candidato Pfannenstiel el solicitado puesto de capellán al servicio de Venecia.

–¡De ninguna manera! –exclamó la señorita Wertmüller–. ¿Qué? ¿Ese desdichado pide el puesto de capellán entre vuestra canalla veneciana? ¡Ese hombre delicado y bueno! ¿De modo que *por eso* os visitó?

El general asintió.

–Yo no se lo desaconsejé.

–¡Desaconsejádsele, padrino! ¿Acaso no cunden la peste y la fiebre en Morea?²²

–De tanto en tanto.

–¿No se lee de frecuentes naufragios en el Mar Adriático?

○

²² Nombre dado a la península del Peloponeso durante la Edad Media y principios de la Edad Moderna; un territorio que se disputaban los venecianos y los turcos.

–A veces.

–¿Acaso la sociedad no es pésima en Venecia?

–La buena sociedad es allí como en todas partes y la mala es excelente.

–Padrino, ¡él no debe ir allá! ¡De ninguna manera!

–Bien. Entonces otro segundo deseo, vinculado con el tercero. Espíritu de la Montaña, haz que el candidato Pfannenstiel sea instalado como párroco de Mythikon y que yo sea su mujer.

Rahel se había puesto toda colorada.

–Sí, Espíritu de la Montaña –dijo con decisión.

Tan valiente respuesta le gustó muchísimo al general.

–Tiene una personalidad pura y transparente –lo alabó–. Pero le falta la virilidad que arrastra irresistiblemente a las figuras...

–¿Y qué? –dijo con desdén la muchacha. Y con decisión continuó–: Padrino, vos ganasteis una docena de batallas. Enfrentáis las patrañas de vuestros astutos enemigos en la corte imperial. Sois un hombre famoso y experimentado. Utilizad aunque sea la centésima parte de vuestro ingenio para hacerme, ¡qué digo!, para hacernos felices ¡y os lo agradeceremos durante toda la vida!

El general se dejó caer sobre el banco de piedra vacío y, sumido en reflexiones, puso las manos sobre sus rodillas como una divinidad egipcia de modo que rozó las dos pistolas que estaban en sus bolsillos. De pronto relampaguearon sus perspicaces ojos grises y echó a reír desenfrenadamente como no había reído desde hacía décadas. ¡Una verdadera carcajada de adolescente travieso! Y como al mismo tiempo se había levantado de un salto orientándose rápidamente hacia el interior de la península, un eco repitió la explosión de desenfrenada hilaridad de manera tan fantasmagórica y grotesca, como si todos los faunos y seguidores de Pan silvestres se frotaran sus panzas riéndose también de esa ocurrencia loca y sacrílega.

El general se tranquilizó. Parecía reflexionar con su inteligencia aguda sobre su ocurrencia y la perspectiva de éxito. El atrevido plan le agradaba.

–Cuenta conmigo, hijita –dijo paternalmente.

–Escuchadme, padrino: a papá no hay que hacerle daño.

–Nada más que beneficios.

–Pfannenstiel no debe ser zamarreado.

Wertmüller se encogió de hombros.

–A él le toca solo un papel secundario.

–¿Y extraeréis de ello alguna diversión? –preguntó la muchacha con curiosidad, porque la carcajada a pesar de todo la había desconcertado.

–Sí, extraeré de ello mi diversión.

–¿Y el asunto no puede fracasar?

–El plan se basa en la insensatez humana, de modo que es casi infalible. Pero un poco de suerte hace falta siempre.

–¿Y si fracasa?

–Si fracasa, será Rudolf Wertmüller quien responda por los gastos.

Una vez más reflexionó muy seriamente la muchacha, pero su naturaleza decidida se impuso. Tenía, por otra parte plena confianza en la audaz capacidad combinatoria y, dentro de ciertos límites, también en la lealtad de su pariente. Sabía que habría además una maliciosa jugada –era el precio de su felicidad–; pero sabía también que Wertmüller la quería bien y que no llevaría demasiado lejos su fantasmagoría. Había, por otra parte, algo en su sangre que la hacía preferir una solución rápida, aunque fuera peligrosa, a una torturante incertidumbre.

–¡A actuar pues, Rübezahl! –dijo–. ¿Cuándo inicias tu tarea, Espíritu de la Montaña?

–Mañana al mediodía estarás comprometida, hijita. Yo partiré el lunes por la mañana.

–Adiós, Espíritu de la Montaña. –Lo saludó arrojándole un beso y se fue. Él la seguía con la mirada mientras se alejaba, disfrutando de su andar grácil y seguro.

Capítulo sexto

A horas tardías del anochecer, el general y el candidato estaban sentados junto a una mesa redonda abundantemente servida y espléndidamente iluminada que se hallaba en una sala amplia, cuyas paredes estaban cubiertas de valiosas pinturas al óleo que representaban batallas.

Wertmüller sabía qué poesía encierra para un joven procedente de una familia humilde el “mesita, cúbrete”.²³ Pero tampoco dejó que

○

²³ Palabras mágicas de un cuento de hadas recopilado por los hermanos Grimm en la primera edición de los *Cuentos maravillosos de los niños y del hogar* (1812) que, al ser pronunciadas, ocasionaban que una pequeña mesa de propiedades maravillosas ofreciera a su dueño una copiosa comida.

faltara el alimento espiritual. Le contó de sus viajes por Grecia. Alabó la natural veracidad de los paisajes y de los matizados colores del mar descriptos en la *Odisea*, evocó ante los ojos del embelesado candidato las formas bellas y armónicas de los templos helénicos; en fin, le proporcionó verdadera felicidad.

Mencionó solo al pasar sus aventuras militares vinculadas a todo ello, pero de tal manera que Pfannenstiel, en presencia del viejo lansquenete, tenía la sensación de ser un hombre valiente y temerario; mientras Wertmüller, por la ingenua admiración del que lo escuchaba, se sentía aliviado y rejuvenecido varias décadas.

Así, Pfannenstiel no reparaba mayormente en que el general, al calor de la conversación, se le iba acercando, tirando de los cuatro botones anchos y chatos que mantenían cerrada su vestimenta sobre sus estrechos hombros; arrancó el primero y lo arrojó, después de observarlo brevemente, a un oscuro rincón de la sala, después giró uno de los botones del medio hasta que este quedó colgando únicamente de un hilo.

Entre las peras y el queso, empero, la escena cambió. El general, había vaciado unas copas del fogoso borgoña, lo cual no era su costumbre porque ya era un hombre moderado y sobrio; como él, según suele decirse, había bebido un vino furibundo, comenzó a molestarle un poco que la hermosa y valiente Rahel hubiera dado su corazón a un hombre manso y pacífico, y, para colmo, un clérigo. Y un diablillo lo incitaba a someter al candidato, a quien en realidad quería bien, a una despiadada broma, aunque con un buen fin.

Ordenó a Hassan, que estaba sirviendo la comida, que trajera el cuerno de pólvora y la bolsa de balas, sacó de sus bolsillos las dos tercerolas y las puso sobre la mesa.

—Rahel os quiere bien —dijo, dirigiéndose al candidato—. Pero si queréis ganarla como esposa, debéis presentaros ante la bella niña como todo un hombre. Eso la impresionará en forma duradera y después podréis tranquilamente poneros el gorro de dormir matrimonial. Mi plan es muy simple: yo participaré mañana en Mythikon del servicio religioso. No os sorprendáis, Pfannenstiel, que no soy un pagano. Pediré que el primo párroco me haga compartir el almuerzo dominical. Rahel, por supuesto, se quedará entonces en la casa para ocuparse de la comida. Vos, durante el servicio religioso, entráis subrepticamente en la casa parroquial, raptáis a la muchacha y la traéis aquí. Y mientras la besáis, yo armo los dos cañones de bronce que habéis visto en el za-

guán y defiende el estrecho terraplén que une mi isla con tierra firme. Combate. Tratativas. Concertación de paz.

Si el candidato hubiera estado en su condición habitual, habría respondido solo con una sonrisa a esta broma de un soldado. Pero el vino fuerte se le había subido a la cabeza.

—¡Horrible! —exclamó. Después de una pausa, empero, agregó aliviado: ¡Es imposible! Rahel jamás lo consentiría.

—Sí que lo hará. Aparecéis, os arrojáis a sus pies, ¡huid conmigo o...! —Tomó una de las pistolas y apuntó a su sien derecha.

—¡Es cristiana! —exclamó excitado el candidato.

—Consentirá. Tiene que consentir. Las figuras todas son vencidas por la fuerza elemental del hombre. ¿No conocéis la nueva literatura alemana? ¿A Lohenstein? ¿A Hofmannswaldau?²⁴

—No aceptará. ¡Jamás! —repitió mecánicamente Pfannenstiel.

—Entonces vos apretáis el gatillo, ¡gloriosos rayos y centellas! —Y Wertmüller apretó, el gatillo golpeó haciendo saltar chispas.

Ahora, Pfannenstiel recuperó el control de sí mismo. El tremendo sacrilegio que se le aconsejó cometer y su horror ante el mismo le devolvieron la serenidad y anularon el efecto de la bebida sobre su cerebro. También se acordó de la advertencia de Rosenstock: “Te engaña y te tortura malignamente”, se dijo. “Eres un clérigo y tienes que vértelas con un malvado enemigo de la Iglesia”.

Una sonrisa burlona apareció en el rostro de su interlocutor, que lo estaba observando, y que, en ese momento, se parecía a una máscara grotesca. El candidato, levantándose de su asiento, dijo con dignidad:

—Si esto fue dicho en serio, yo no permaneceré ni un minuto más bajo un techo donde se enseña una infamia más que pagana. Pero si es una broma, señor Wertmüller, como creo, entonces os abandonaré también. Porque burlarse de un hombre sencillo que no os ha hecho daño no es una actitud cristiana, y ni siquiera humana, sino diabólica.

Una hermosa y sincera indignación iluminó sus ojos celestes y se encaminó hacia la puerta.

—¡Vamos, vamos! —dijo el general—. ¿Qué preferís como desayuno? ¿Huevos? ¿Una perdiz? ¿Una trucha?

Pfannenstiel abrió la puerta y se fue.

○

²⁴ Daniel Casper von Lohenstein (1635-1683) y Christian Hofmann von Hofmannswaldau (1617-1679): escritores alemanes del período barroco, que formaban parte de la escuela de Silesia.

–El moro os iluminará para llegar a vuestra habitación. Nos veremos mañana en el desayuno –gritó Wertmüller tras él.

Al quedarse solo, cargó con atención la pistola del gatillo de juego fácil, apretando la pólvora con un palo grueso. Dejó sin cargar la del gatillo endurecido. Le entregó ambas pistolas al moro ordenándole ponerlas en los bolsillos de su chaqueta de terciopelo. Hecho esto, tomó un candelabro y se encaminó hacia su lecho.

Capítulo séptimo

El candidato se acercó con paso acelerado al terraplén que unía el extremo sur de la isla con tierra firme. Muchas veces, mientras en la primavera pasada se encontraba en Mythikon, había observado con curiosidad la residencia del general, quien entonces guerreaba en Alemania, pero nunca había estado en ella. Sabía que el terraplén, aproximadamente en su punto medio, tenía una pequeña apertura en estilo antiguo y un puente. Pero estaba seguro de que no constituiría un obstáculo, ya que esta apertura, como se acordaba bien, nunca se cerraba; ni tampoco podía cerrarse, ya que carecía de puertas. Ahora llegó a la orilla y vio a su izquierda la línea del terraplén. Pero, ¡qué desgracia!, la viga del puente, que se destacaba nítidamente del fondo oscuro, se balanceaba en el aire y no formaba con el perfil del portón un ángulo recto, sino uno agudo. Estaba unida a su arco de piedra por dos cadenas. La apertura, el puente levantado, la pequeña línea de unión de las cadenas: todo podía divisarse con nitidez convincente, porque la luna proporcionaba suficiente luz, y en el espacio libre, imposible de cruzar mediante un salto, centellaba su reflejo sobre el agua plateada. Pfannenstiel era un prisionero. Imposible era vadear a través del pantano. Ya que no conocía la ubicación de los vados, en el mismo instante de dar los primeros pasos se habría hundido, pereciendo miserablemente en el falaz pantano. Sin saber qué hacer estuvo parado al borde de la isla, mientras desde abajo, muy cerca de sus pies, sonaba un intenso croac, croac, croac.

Precisamente aquella noche había surgido entre las ranas de la vega una joven poeta lírica de talento notable, que manejaba con tanta audacia y tanto sentimiento el tradicional motivo de la lírica anfibia que el coro inspirado no se cansaba de repetir la correspondiente estrofa

con insaciable entusiasmo. Al candidato, por cierto, este apasionado concierto de las ranas le daba una impresión tan melancólica como si surgiera de los pantanos del Aqueronte.²⁵

Medio desesperado, quiso volver hacia el portón atravesando el terraplén, para ver si tal vez con un máximo de esfuerzo lograba bajar el puente levadizo. Entonces notó, dirigiendo la mirada una vez más hacia la siniestra casa de campo con expresión de reproche, una luz que se le acercaba, y un instante después estaba a su lado Hassan, llevando en su mano una linterna. Con benevolente humildad, el moro lo exhortó a volver al edificio del cual había huido.

–Rana aburrida, señor clérigo –articuló Hassan–. Hay candado en puente levadizo. Habitación preparada.

¿Qué se podía hacer? Nada más que seguir el consejo de Hassan. En la espaciosa cocina que comunicaba con la sala empedrada, el moro encendió dos velas e iluminó al candidato el camino escaleras arriba. Antes de llegar al último escalón, lo agarró del brazo: –¡No asustarse, señor clérigo! –susurró–. Centinela ante dormitorio de general. –Y realmente, había un centinela. Hassan lo iluminó con la vela. Y Pfannenstiel divisó un esqueleto, cuyas manos se apoyaban en un mosquete y que tenía en la correa de cuero, reluciente de grasa y cruzada sobre las costillas un cartucho y colocada oblicuamente, una escopeta de la milicia cantonal de Zúrich. La calavera estaba cubierta por un pequeño tricornio.

El candidato no temía la imagen de la muerte, ya que lo ligaba a ella un vínculo profesional. E incluso tenía una cierta predilección por la aparición admonitoria y edificante del esqueleto. ¿Quién era, empero, aquel hombre que, cuidado por el fantasmagórico custodio, dormía detrás de esta puerta? ¿Y qué extraño goce le daba ese atrevido juego de dirigir sus burlas a las cosas más serias?

El moro abrió la anteúltima habitación de las que daban al lago y colocó los dos candelabros sobre la chimenea. Pfannenstiel, cuyas mejillas ardían febrilmente, se acercó a la ventana para abrirla. Pero Hassan lo detuvo.

–Aire de lago hace mal –le advirtió, abriendo en cambio la puerta de una habitación contigua para proporcionar al candidato más aire en forma inocua. Después se retiró con una humilde reverencia.

○

²⁵ Nombre del río que, en la mitología griega, las almas de los difuntos debían atravesar para alcanzar el Hades o inframundo.

El candidato, durante un rato, paseó por la alcoba para aquietar su fantasía excitada y adormecer el día más extraño de su vida. Pero aún le tocaría enfrentar la aventura más peligrosa del mismo.

Desde el cuarto lateral cuya puerta Hassan había abierto percibió un tono suave, como una profunda respiración. ¿Habría movido la brisa nocturna los pliegues de una cortina, o una lechuza habría pasado volando frente a la persiana a medias cerrada?

El candidato detuvo sus pasos y escuchó con atención. De pronto se le ocurrió que la habitación siguiente, la última de la fachada, no podía ser otra sino aquella que el barquero Bläuling había señalado como la de la turca del general.

La posibilidad de tal cercanía originó ciertamente en el joven y virtuoso clérigo la máxima ansiedad y preocupación. Pero después de una breve reflexión decidió inspeccionar con valentía el desacreditado gabinete.

Pisando una magnífica alfombra turca se encontró a su derecha con un cuadro de tamaño natural, que estaba enmarcado por abundantes hojas bañadas en oro y ocupaba toda la pared frente a la ventana. El cuadro habría sido pintado por un holandés o un español en aquella época brillante que ahora precisamente finalizaba, en aquel estilo natural, cálido y entrañable que a los más modernos se les ha perdido.

En una balaustrada confeccionada en estilo morisco se apoyaba una joven oriental con aquellos embriagantes ojos oscuros y labios ardientes, a cuya vista los príncipes de *Las mil y una noches* indefectiblemente se desmayaban. Tenía un dedo sobre la boca, como si le indicara al que estaba frente a ella: "Ven, pero calla".

Pfannenstiel, que nunca había visto nada siquiera aproximadamente parecido, fue sacudido profunda y siniestramente por la tentación de este gesto, por el lenguaje de estos ojos. Surgió en su alma algo hasta entonces desconocido, algo que no debía ni podía nombrar..., un ardiente deseo y la posibilidad de su satisfacción. Ante esta imagen comenzó a creer en las más impetuosas sensaciones y temblaba ante su poder...

De repente el candidato se dio vuelta, volvió corriendo a su dormitorio y no se conformó con haber cerrado la puerta, corrió también el cerrojo y dio vuelta la llave. Ahora consideraba protegido su lecho y se hundió en las almohadas.

Pero en cuanto se había dormido, la hermosa imagen atravesó la puerta sin abrirla, adoptando alevosamente la figura y el rostro de

Rahel Wertmüller, su talle femenino, sus rasgos finos y espirituales. Pero sus ojos languidecían como los de la muchacha oriental y tenía colocado su dedo sobre la boca.

Comenzó entonces una muy mala hora para el pobre candidato. Quería huir, pero un poder demoníaco lo arrojó a los pies de la muchacha. Tartamudeó ruegos sin sentido y se hizo los más desesperados reproches. Abrazó sus rodillas y se condenó a sí mismo como el más perverso de todos los pecadores. Rahel primero se sorprendió y luego con mirada severa y con enfado lo apartó. De pronto, el general apareció a su lado entregándole la pistola. “La figura,” dijo en tono aleccionador, “es vencida por la fuerza elemental del varón”. Garras férreas y demoníacas le doblaron el brazo al candidato, y él dirigió el arma mortal contra su sien derecha. “¡Huye conmigo!” balbuceó. Ella se apartó con espanto. Él apretó el gatillo y se despertó, bañado no en sangre sino en sudor frío. Tres veces lo persiguió la misma torturante pesadilla, este torbellino de deseo, pecado y remordimiento, hasta que abrió la ventana y, bajo el soplo puro de la sagrada mañana, cayó en un profundo y tranquilizador sueño.

No se despertó hasta que entró Hassan con agua tibia, abriendo las persianas a su orden. Era un día magnífico de radiante azul y en que apenas soplaba el viento. El tañido muy tenue de las campanas de todas las aldeas circunvecinas penetraba en la habitación.

—General fue a iglesia —dijo el moro—. ¿Señor clérigo tomar desayuno?

Capítulo octavo

Y el moro no mentía. Rudolf Wertmüller, en el momento en que el candidato se liberó del sueño, ya caminaba cerca de la iglesia de Mythikon entre las huestes dominicales que poblaban todos los caminos y veredas que conducían allá.

Los pasos del general, habitualmente tan ligeros, eran hoy moderadamente lentos, y su comportamiento era digno e intachable. Estaba vestido de terciopelo negro y llevaba en su derecha enguantada un libro de cantos litúrgicos con un pesado broche de oro.

¡Era extraño! Wertmüller, quien por mucho tiempo se había abstenido de entrar en una iglesia, tenía para los habitantes de Mythikon

la infernal imagen y la iluminación sulfúrea de un recalcitrante librepensador. Era para ellos un hecho consumado e inobjetable que, tarde o temprano, se lo llevaría el demonio. Y sin embargo estaban satisfechos y, más aún, emocionados al verlo dirigirse junto a ellos a la iglesia. Pero en modo alguno veían en su presencia un acto de contrición, porque no aprobaban y consideraban vergonzoso, asemejándose en este aspecto a los dramaturgos griegos, que una persona adulta cambiara su carácter. Consideraban al general capaz de permanecer consecuente y de marchar resueltamente hacia la perdición. Los de Mytihkon veían, por el contrario, en el hecho de que el anciano guerrero acudiera a la iglesia, un acto de cortesía, un honor que tributaba a la comunidad, una visita de despedida antes de partir hacia el campo de batalla.

Los saludos no se acababan, y cada saludo fue retribuido con un movimiento de cabeza o unas breves palabras amables por ese hombre que hoy estaba de un excepcional humor cálido. Solo una vieja, la más rencorosa de la comunidad, apartó a su hija débil mental, que había fijado su mirada en el general, susurrándole de manera audible:

—¡Ocúltate detrás de mí; si no, te lleva y te convierte en turca!

Menos satisfacción le causó la poco habitual presencia al párroco Wilpert Wertmüller cuando, con sotana y cuello, atravesó el portón de su patio, dentro del cual, detrás de un antiguo pozo de agua, dos enormes álamos se mecían en una suave brisa. Su sorpresa fue total, porque Rahel no le había contado nada.

El párroco, un sesentón de aspecto todavía fortachón y rasgos no precisamente de sabio, pero sí viriles, apreciaba al general como avezado compañero de caza. Que aspirara, empero, a la gracia de Dios precisamente en la iglesia de Mythikon era algo de lo que hubiera preferido prescindir.

Cuanto menos bien recibido, tanto más cortés se mostró el general. Se quitó el sombrero, tomó de la mano al pastor y lo hizo entrar de nuevo al zaguán de su casa. Justo en ese instante, la hermosa y lozana Rahel llegaba al peldaño inferior de las escalinatas, en vestimenta dominical y también con un pequeño libro de canto forrado en terciopelo negro.

—Estás preciosa, hija. Una ninfa —la saludó Wertmüller—. Deja que yo te bese paternalmente en la frente.

Ella no se negó, y el general, bajo pero firme y bien conformado, tuvo que levantarse sobre las puntas de los pies para alcanzar la fina

frente blanca de la muchacha de estatura elevada; una actitud más bien cómica que delicada.

—¿Me invitas a almorzar después del sermón, viejo? —preguntó Wertmüller.

—Por supuesto —replicó el hospitalario párroco—. Rahel se queda en casa y se ocupa de la cocina.

—Te lo agradecemos, padrino —agregó voluntariosa la muchacha con una leve reverencia y volvió al piso de arriba.

—Te traigo un regalo, viejo —dijo con una sonrisa el general.

—¿Un arma? —exclamó el párroco y sus ojos brillaron.

Wertmüller asintió sacando del amplio bolsillo de su abrigo de terciopelo una pistola. La noble confección y el caño damasceno²⁶ de la pequeña obra de arte, acorde con la técnica de forjado de armas de aquella época, impresionaron fuertemente al párroco, excitando toda su pasión. Wertmüller salió con él por la puerta trasera de la casa parroquial, desde el zaguán en penumbras al jardín, para que él pudiera admirar la pequeña arma valiosa a plena luz del día.

Todo el largo del edificio estaba cubierto de un follaje de parra bastante bajo. En un extremo de este verde pasillo, el párroco, hacía años, había hecho levantar un muro de piedra con una pequeña ventana, para practicar en sus horas libres, colocándose en el extremo opuesto del jardín, el tiro al blanco.

—¿Del Levante? —preguntó apoderándose de la pistola.

—Imitación veneciana. Mira aquí grabado el monograma GG. Significa "Gregorio Gozzoli" —señaló Wertmüller.

—Recuerdo haber visto este tesoro de pistolita en tu colección de armas. Pero, ¿no era una parejita?

—Estás soñando.

—Puedo haberme equivocado. ¿Responde fácilmente el pequeño objeto?

—Lamentablemente, el gatillo está un poco endurecido. Pero no debes confiar la pequeña obra maestra a un constructor de armas de aquí que la arruinaría.

—¿Endurecido? No importa —dijo el párroco tomando posición, a pesar de la sotana y el cuello, en un extremo de la pared cubierta de follaje. Apoyado en su pie izquierdo y adelantando el derecho, puso en tensión el gatillo y arqueó el brazo.

○

²⁶ Técnica de acero trabajado por capas.

Justo en este momento dejaron de sonar las campanas de la cercana torre, y se percibía todavía el retumbar de sus últimos tañidos junto al zumbido de las avispas que volaban alrededor de la dorada vid aún no podada.

El párroco no oía nada. Estaba apretando el gatillo con toda su fuerza.

–Pero viejo, ¡qué muecas estás haciendo! –se burló Wertmüller–. ¡Dámelo! –le arrancó el arma de la mano y colocó su férreo dedo sobre el gatillo, el cual reaccionó con estrépito–. Estás perdiendo tu fuerza muscular, primo. Te enerva la senectud, que distiende los miembros. Yo mismo me ocuparé de ablandar el mecanismo. Tú sabes que soy un famoso cerrajero y un aceptable mecánico de armas –entonces el general puso el arma nuevamente en su profundo bolsillo.

–¡No, no! –exclamó con pasión el párroco–. Tú me la regalaste, y no la soltaré.

Vacilando, el general volvió a sacar la pistola. Ya no era la misma. Él, que era un viejo prestidigitador, la había cambiado por su gemela, que aun para el ojo más agudo y sereno podía distinguirse solo con dificultad.

En cuanto la tuvo en la mano, el párroco se colocó nuevamente en posición, ya que se había entusiasmado al máximo, y se dispuso a poner nuevamente en tensión el gatillo.

El general, empero, lo detuvo.

–¡Después! –le advirtió–. ¡Truenos! Hace rato que terminaron de sonar las campanas.

Wilpert Wertmüller despertó como si hubiera estado soñando, recuperó la conciencia y prestó atención. Había un silencio profundo, solo las avispas zumbaban.

El párroco puso la pistola rápidamente en el amplio bolsillo de la chaqueta, y los dos primos recorrieron, sin encontrarse ya con nadie, el corto trecho hacia la iglesia.

Capítulo noveno

Cuando los dos Wertmüller entraron en el espacio sagrado, este ya se había llenado por completo. En la nave, los hombres se sentaban a la derecha, las mujeres a la izquierda y en el coro, con el rostro di-

rigido hacia la feligresía, los ancianos, entre los cuales se encontraba Krachalder.

Dos pilares anchos, unidos arriba por un gran arco de medio punto, separaban el coro de la iglesia. El de la derecha sostenía el púlpito, y al pie de su inclinada escalera se hallaba el único asiento que quedaba libre, hecho de madera de roble tallada. El párroco solía ocuparlo durante los cantos. Este asiento se lo cedió en ese momento al general y subió de inmediato al púlpito. Como se había atrasado, tenía apuro para indicarles a los feligreses el número del canto sagrado correspondiente a ese día.

Era el preferido en el nuevo libro de cantos: la oración de gratitud por la vendimia exitosa. Había sido compuesta en tiempos recientes, traída desde Alemania, dotada de volutas audaces y carentes de gracia según el estilo rococó de la época, pero no sin melodía y color.

Cada estrofa comenzaba con la exhortación a alabar al dador de todo bien, mediante uno u otro instrumento musical. El autor se habría remontado a un cuadro eclesiástico, pero no era de aquellos delicados ángeles cantantes de Giambellini²⁷ que evocan las palabras del poeta:

Entonces suenan violines tan celestiales,
entonces los vientos soplan tan maravillosamente...

¡No! El coro celestial estaba formado por unos ángeles robustos de mejillas infladas, provistos de todos los instrumentos posibles, que estaban sentados sobre una maciza nube, pintada así en algún pomposo cuadro de la escuela de Rubens.

—¡Regocijaos! ¡Regocijaos! —sonaba a pleno el alegre coro por el espacio hermoso y límpido y a través de las ocho ventanas ojivales, por las cuales penetraba el brillante azul del día celestial.

El general, cuya entrada había originado un favorable murmullo, orientó su rostro concentrado hacia la feligresía, pero con un leve giro de la cabeza podía observar con facilidad el elevado asiento ocupado por su primo. En ese preciso momento dirigió hacia allí su mirada. El pastor de Mythikon, que ya muchas veces había oído el canto de júbilo y que también se sentía seguro en cuanto al sermón por haber pronunciado ese mismo ya muchas veces, tocaba suavemente su bolsillo.

—¡Trompetas! ¡Trompetas!... —tronaba el coro a través de la nave. Wertmüller miraba de reojo hacia la escalera del púlpito. Su primo

○

²⁷ Apodo de Giovanni Bellini (ca. 1430-1516): pintor renacentista veneciano.

había sacado del bolsillo la pequeña tercerola y, detrás del antepecho del púlpito, la contemplaba con los ojos del amor.

—¡Los cornos! Los cornos!... —cantaban los feligreses de Mythikon. En medio del ruido de trompetas se percibió nítidamente un chasquido, como si arriba se pusiera en tensión un gatillo. El general sonrió.

Ahora seguía la última estrofa, que era la preferida de las mujeres de Mythikon.

—¡Las flautas! ¡Las flautas!... —cantaron tan hermosamente como podían. Otra vez, el general lanzó una mirada furtiva hacia el púlpito. Jugueteando, el párroco colocó uno de sus gruesos dedos sobre el gatillo: sabía bien que no podía moverlo, ni siquiera con el máximo esfuerzo. Pero lo retiró de inmediato. Y las dulces flautas dejaron de sonar.

Al pie del púlpito, el general decepcionado frunció el entrecejo.

Ahora, el pastor, que había deslizado nuevamente la pequeña arma en su amplio bolsillo, recitaba con la debida devoción el texto litúrgico. Después, leyó el texto correspondiente a esa semana de la Biblia grande, que siempre estaba colocada sobre el antepecho. Era el magnífico salmo cuarenta y siete, que comienza con las palabras: “Regocijaos con manos alzadas todos los pueblos y alabad a Dios con gran estruendo”.

Con ímpetu el pastor comenzó el sermón, y ya había acabado su primer tercio. Una vez más el general espió hacia arriba, visiblemente decepcionado, con una mirada casi de reproche, que de pronto se iluminó. El párroco, mientras su mano izquierda en el fuego del entusiasmo gesticulaba ante el pueblo, había sacado otra vez con la derecha, oculta por el antepecho, la amada tercerola.

—¡Alabad a Dios con gran estruendo! —exclamó. Y ¡pum!, sonó un intenso disparo. El párroco quedó envuelto en humo. Cuando volvió a ser visible, la azulada nube de pólvora se elevaba lentamente y volaba como incienso encima de la feligresía.

El espanto, el terror, la sorpresa, la ira, la indignación y finalmente la risa apenas disimulada, toda esta escala musical de sentimientos se manifestaba en los rostros de los asistentes. Los ancianos de la iglesia ubicados en el coro, empero, ostentaban expresiones de violenta protesta. La situación se volvió preocupante.

Ahora, el general, con un gesto jovial y a la vez autoritario, se dirigió a los excitados habitantes de Mythikon.

–Queridos hermanos, no os preocupéis por el disparo. Considerad que es, de acuerdo con las previsiones humanas, la última vez que yo, entre vosotros, recibo el mensaje divino antes de exponer a las balas mi cuerpo mortal. Y vos, señor párroco, probad que sois un hombre decidido y seguid pronunciando vuestro sermón hasta el fin.

Y realmente, el párroco impertérrito retomó la palabra y siguió predicando sin confundirse, sin perder el hilo, sin equivocarse siquiera en una palabra y sin tartamudear ni contradecirse.

Todo volvió al orden. Solo la azulada nubecita de humo originada por la pólvora no desaparecía en el espacio cerrado y continuaba suspendida tercamente encima de la feligresía, sea en la sombra, sea iluminada por un rayo de sol, hasta que sus contornos se hicieron cada vez menos definidos y finalmente se disolvieron.

Capítulo décimo

Mientras el párroco continuaba con valentía su sermón hasta el final, Rahel, que había quedado en casa, había dado sus órdenes a la vieja Babeli y a la hija del vecino, que fue llamada en ayuda de esta. Ahora, con un canastito y con un cuchillo de viñatero, salió de la casa por la puerta trasera para cortar de la parra que cubría la pared algunos racimos de uvas maduros y dorados por el sol.

Entonces vio frente a ella, justo allí donde la acera se extendía junto al lado del jardín que se apartaba de la carretera, una escena muy extraña: un hombre siniestro apoyó las manos en el cerco, saltó por encima de este con su capa volando al viento y se le acercó. Ella apenas daba crédito a sus ojos. ¿Podía ser él? ¡Imposible! Y sin embargo, lo era.

Pfannenstiel apenas había tocado el desayuno que el diligente moro le había servido en el comedor de la casa campestre. Sentía el impulso de alejarse de ahí, pudo atravesar el puente levadizo, que ahora estaba bajo, y se dirigió hacia la casa parroquial de Mythikon. Sabía que los caminos y senderos estarían vacíos, si bien ya solo por poco tiempo. La visión oriental se había esfumado en el aire matutino. Pero, ¡cuán celestialmente luminoso y fresco emergía el día

otoñal de sus coberturas de niebla!; una de las impresiones recibidas el día anterior había quedado clavada como un agujón en el alma conmovida del candidato.

El general le había señalado que le faltaba la virilidad, que es lo que conlleva una infalible victoria sobre lo femenino. Eso preocupaba al candidato, y como se le presentaba una oportunidad cercana de realizar una acción que en su opinión era atrevida, y, precisamente de la manera que el general le había recomendado, el excitado joven decidió sorprender a Rahel, aunque sin armas de fuego, con una visita matutina.

El salto sobre el cerco ciertamente no fue un acto heroico, sino la huida por el retorno de los primeros feligreses que él creía haber visto entre los árboles, volviendo de la iglesia.

Al acercarse con expresión decidida y en actitud audaz a la señorita Wertmüller, esta se asustó a causa de su aspecto, de su palidez, sus ojos afiebrados y las señales de agotamiento, rasgos todos dejados en su rostro por una noche en vela. Tampoco dejaba de constatar el botón casi arrancado, que apenas pendía de un hilo, ni la ausencia del otro, que faltaba por completo. Todo eso le originaba verdadera preocupación.

—Por Dios, ¿qué os pasa, señor vicario? —dijo la joven—. ¿Estáis enfermo? Se os nota asustado y raro, y eso me preocupa. ¡Ese incorregible padrino mío! ¿Qué os ha hecho? Me prometió no haceros ningún daño, y ahora os trastornó del todo. Contadme con todo detalle lo que os sucedió ahí en la vega, tal vez yo pueda aconsejaros.

Cuando el candidato miró esos ojos sensatos y sin embargo tan cálidos, se dio cuenta de repente del motivo que lo había llevado hacia allí. El duende de la aventura, que al pisar la vega se había posado sobre su nuca, se retiró de pronto y lo soltó.

Confesó ante esos ojos castaños claros hasta el más nimio detalle de todo lo que le había sucedido en la isla, omitiendo solo la visión de la turca, que más bien había sido un engendro de su excitada fantasía. Le confesó que el reproche del general, que le faltaba virilidad, lo había sorprendido e inquietado y que todavía no podía deshacerse de él. Y le pidió que sinceramente le dijera si se trataba de un defecto y cómo lo podía superar.

Rahel lo miró durante unos instantes casi emocionada, después estalló en una sonora carcajada.

—El padrino ha jugado con vos —dijo—. Pero que os haya desaconsejado esa aventura griega fue justo. Vos queríais abandonar vuestra propia naturaleza, y sus burlas tenían por fin haceros volver... ¿Por qué? Así como sois, y precisamente como sois, así me agradáis. Esa desdichada pasión por la caza que tiene papá y que es tan poco propia de un clérigo, ¡me ha originado muchas preocupaciones serias! Para mí, quisiera un hombre que ilumina a la gente de nuestra aldea con una conducta piadosa y transparente, que bebe sorbo a sorbo nuestro vino, que ama a su mujer, y que a veces es visitado por un amigo modesto y erudito... ¡Esos caballeros!: estoy harta de sus discursos de banquete, cuando asaltan a mi padre con sus corceles y sus carrozas. El padrino ayer os relató muchas cosas; ¿no os contó también la hazaña que, a los dieciocho años, hizo para con su joven esposa? Ella tenía el antojo de comer esos pancitos españoles, como los preparan en Baden. “Te los traeré calentitos”, le dijo con galantería, ensilló su caballo y se fue. En Baden, puso los pancitos en una caja, acompañados por una nota que decía que se iba al campamento de los suecos. Le mandó todo eso con un mensajero. A él, solo lo volvió a ver después de varios años. Eso vos no lo habríais hecho —y le dio la mano al silencioso vicario—. Pero ahora me tengo que apurar para pegaros los botones —agregó de inmediato—. Me duele en los ojos y en el alma veros en este estado. Sentaos. —Señaló un banquito debajo de los viñedos—. Ahora traigo aguja e hilo.

Pfannenstiel obedeció, y ella se escapó con el canastito lleno de uvas.

Ahora caía sobre él la dicha del paraíso. La luz y el verdor, la baja pared cubierta por la parra, la modesta parroquia, la salvación de los demonios de la duda y de la inquietud.

Pero ella, que lo había liberado, era presa de preocupación. ¿Cuál era la jugada que el general había planeado y, probablemente, ejecutado ya? Se reprochaba haberle dado la libertad de hacerlo.

En la cocina se enteró de que el señor párroco se había encerrado con el general, y poco después los ancianos de la iglesia habían subido por la escalera, lentamente y en actitud solemne. Algo inusitado debía de haber sucedido en la iglesia.

Interrogó a Kuri, el pescador que le traía truchas en una jofaina, pero no pudo sacarle una palabra, y la expresión de la cara de Kuri no podía ser más estúpida.

Preocupadísima, la joven corrió a su alcoba, y tuvo que buscar mucho hasta encontrar aguja e hilo.

Capítulo décimo primero

Después de haber finalizado el servicio religioso en Mythikon sin otros inconvenientes, los dos primos habían vuelto juntos a la casa parroquial, el pastor a la derecha del general, sin reparar en la expresión de la opinión pública, que se manifestaba inconfundible en los rostros de aquellos con los que se encontraban.

Ahí Wertmüller el clérigo abrió su habitación de estudios, dejó entrar al lego como un pecador en espera de su castigo, y cerró cuidadosamente la puerta. Se colocó muy cerca del malhechor.

—Primo general —le dijo—, actuaste conmigo como un pillo y como un chico —y se disponía a tomarlo del pescuezo.

—¡No me toques! —replicó este—. ¿Quieres que vayamos a las manos, como antaño con el primo Zeugherr von Stadelhofen en el Concejo Municipal de Zúrich, cuando nos arrancamos las pelucas haciendo volar los pedazos? Piensa en tu cargo, en tu dignidad.

—¡Mi cargo! ¡Mi dignidad! —repitió el párroco lentamente y con dolor. Una lágrima mojaba sus pestañas grises. Esas cuatro palabras simples expresaban lo mismo que nos aterra en aquel grandioso discurso con el cual Otelo se despide de su pasado y de su cargo.

El general tragó saliva. La lágrima de aquel anciano, decididamente, era demasiado para él.

—¡Vamos! —lo consoló—. ¡Has demostrado una admirable sangre fría! Por mi honor, ¡un genuino Wertmüller! Contigo hemos perdido a un general.

Pero el cumplido no surtió efecto. También el momento de la tristeza había pasado.

—¿Con qué te ofendí? —protestó el indignado—. ¿Acaso alguna vez en mi iglesia te critiqué o insinué algo relativo a ti? ¿No te dejé vivir tranquilo en tu paganismo y te defendí como podía? ¡Y en agradecimiento cambiaste astutamente esa pistola por otra, como un ilusionista y prestidigitador que eres! ¿Por qué ofendes mis canas, hijo de la maldad? ¡Porque no te sientes bien en tu propio pellejo!

—¡Vamos! —dijo el general.

Golpearon a la puerta. Entraron los ancianos de la iglesia, quedando detrás de Krachalder y ubicándose en semicírculo frente a los Wertmüller, solemnemente, casi con hostilidad. El general, mirando los rostros largos y arrugados, se convenció de que, con su broma blasfema, había ofendido gravemente el sentimiento aldeano.

Ciertamente Krachalder, a quien todos tenían el máximo respeto, estaba indignado en lo más profundo del alma. Si bien no podía explicarse plenamente el extraño suceso, sin vacilar lo puso en la cuenta del general, quien, aprovechándose de la debilidad de su primo clérigo, habría querido originar un escándalo público. Para Krachalder, el honor de su comunidad significaba algo, y amaba sinceramente la pequeña iglesia de Mythikon con su esbelta torre y sus ocho claras ventanas. Dulce era para él, después del sudor de la semana, acudir a la iglesia con su limpio abrigo dominical y los zapatos con hebillas; dulces y serios eran el bautismo y el sepelio, que limitan y enmarcan el servicio divino y la vida humana; dulce era la invocación del Adán mortal y el alma inmortal; dulces eran la lucha contra la modorra, la derrota y el despertar; dulce era el vigoroso amén; dulces, el encuentro con los demás ancianos en el cementerio, el saludo del pastor y el grato retorno a su casa.

Había que verlo al honesto anciano con su cabeza finamente dibujada, cuando, en una colecta para los pobres, a pedido del señor pastor que lo invitaba a realizar una bella, fraternal beneficencia, sacaba del monedero, con el agua en los ojos, el rojo centavito...

En fin, Krachalder era un hombre consustanciado con la iglesia, y su corazón sangraba, o mejor dicho, la hiel le hervía al ver ofendida y ridiculizada la sede de sus sentimientos dominicales.

—¿Qué os trae aquí? —el general se dirigió a él, lanzándole una mirada tan aguda de sus ojos relampagueantes que Krachalder, a pesar de tener la conciencia limpia, no lo pudo soportar y desvió la vista hacia la derecha y hacia la izquierda, hasta que por fin logró sostenerla.

—Hacéis de una mosca un elefante —continuó Wertmüller sin esperar la respuesta—. ¡Considerad ese disparo como celebración atrasada de la vendimia, o si no, por el nombre del demonio, por lo que queráis!

—La vendimia fue mediocre —respondió el anciano reprimiendo su cólera—. Y el disparo fue un asunto muy ruin. ¡Señores Wertmüller! Poseo una crónica de la ciudad y del campo, en la cual está consignado que, hace años, a un joven clérigo que, encima del sagrado cáliz, le hizo señas a su prometida con ojos enamorados... —Krachalder hizo en su propio cuello la señal del degüello.

—¡Tonterías! —lo interrumpió impaciente el general.

—Tengo en mi casa también una historia de las herejías —continuó terco Krachalder—, en la cual están descriptos y retratados todos los

cismas y las sectas desde que existe el mundo. Pero ningún adamita²⁸ o anabaptista tuvo la osadía de disparar una pistola mientras predicaba. ¡Esa, señor párroco, es una nueva religión!

Este suspiró. Tenía claro delante de sus ojos lo inusitado de su acto.

–Se iniciará un proceso en Zúrich por el disparo –amenazó el despiadado campesino–. La sinagoga –quiso decir “el sínodo”– analizará el caso. Lo lamento por vos, señor párroco, pero abrigo la esperanza de que el dictamen sea severo. Aun así, no nos salvaremos de la burla. Y esto es lo peor, porque la burla suele ser terca a orillas de nuestro lago. Con solo pensarlo, lo juro, se me nubla la vista. Toda la ribera de enfrente se reirá de nosotros. No podremos tomar un jarro de vino o de cerveza en Meilen o en Küsnacht sin que se burlen de nosotros en todas las escalas y todas las melodías. El tiro de Mythikon no será olvidado en la región, igual que el de Guillermo Tell en Altdorf.²⁹ Vivirá y persistirá entre nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Me remonto a vos mismo, señor general –continuó y sus ojos añosos brillaron maliciosamente–, vos sabéis qué quiere decir eso. ¿Cuánto tiempo hace que levantasteis el sitio de Rapperswyl? En esa oportunidad eran los católicos los que cantaban versitos sobre vos. Y creedme que eso sigue vivo. Sois un hombre famoso y retratado, pero ¿de qué sirve eso? Anteayer todavía pasaba frente a la isla un barco lleno de peregrinos de Richterswyl con gran ruido y canto. Yo estaba en mi viña y pensaba que estos payasos guardarían silencio al pasar junto a vuestra casa. “¡Esto lo consigue el respeto!”, me dije. Y tenía razón. En cuanto llegaron a estar frente a vuestras ventanas, estalló la cancioncita burlesca. La conocéis: esa que aconseja al molinero que vuelva a la molinera.³⁰ Menos mal que vos habíais salido a caballo. Me enojé a más no poder entre mis viñedos.

–¡Callaos! –le gritó el general con rabia, pues el antiguo insulto de aquel sitio levantado todavía ardía en su alma. Y más que antes, como

○

²⁸ Miembro de la secta herética que defendía la doctrina de que es posible retornar al estado paradisiaco de Adán y por eso mismo también recomendaba la práctica del nudismo y la abstinencia sexual.

²⁹ Guillermo Tell: legendario campesino del cantón de Uri y héroe de la independencia suiza; en el siglo XIII habría sido obligado por un gobernador del Imperio a disparar, como castigo por no haberse inclinado ante el símbolo de la autoridad imperial, contra una manzana colocada sobre la cabeza de su propio hijo.

³⁰ La letra de la canción vuelve a explotar la semejanza fónica entre el nombre del personaje, *Wertmüller*, y *Müller*, es decir, “molinero” (en femenino, *Müllerin*).

si estuviera escrito con aquella tinta que solo al cabo de años aparece negra e indeleble.

Pero se dominó y cambió el tono.

–Un poco de confusión forma parte de toda comedia. Pero cuando alcanza su apogeo, entonces un rápido salto ha de llevarla a buen fin. De lo contrario, aun la locura resulta aburrida.

–¡Señor párroco y queridos vecinos!

–Ayer hasta bien entrada la noche estuve escribiendo mi testamento y, a medianoche en punto, lo firmé. Conozco vuestro cálido interés por todo lo que hago, de lo que hago y de lo que dejo en herencia. Permittedme, pues, que os lea algunas partes.

Sacó del bolsillo un manuscrito y lo desplegó.

–La introducción, en la cual filosofo un poco acerca del valor de las cosas, la salteo... “Si yo, Rudolf Wertmüller, en algún momento muero...” Pero esto tampoco interesa aquí –siguió pasando las hojas–. ¡Aquí está! “El castillo y la estancia de Elgg, que adquiriré por los honestos ahorros acumulados en mi última campaña militar, queda como fideicomiso para mi familia...” Etcétera. “*Item...*: en vista de que esta estancia posee un excelente pero descuidado coto de caza y una colección de armas enriquecida con piezas del botín justamente de esa campaña, que sin embargo aún está incompleta, dispongo que, después de mi muerte mi primo, el señor párroco Wilpert Wertmüller, habite y administre el castillo y la estancia mencionados, que ponga en condiciones el coto de caza y la colección de armas y, en general, disponga de todo ello a su voluntad y arbitrio hasta el fin de su vida, siempre que el señor clérigo pueda decidirse a abandonar su cargo de párroco de Mythikon, transfiriéndoselo *antistite probante*³¹ al candidato Pfannenstiel; a este candidato le doy en matrimonio a mi ahijada Rahel Wertmüller, aunque no sin la conformidad de su padre por cierto, con el añadido de tres mil florines en moneda de Zúrich, suma que dejo en herencia a la muchacha, envuelta en mi bendición..”.

–Uf –el general se quedó sin aliento–, ¡esas frases! ¡Una lengua endiablada, el alemán...!

El párroco se sentía como un náufrago al cual la misma ola sepulta y arroja a la orilla. Siendo, con excepción de su fatal pasión, un hombre juicioso y sensato, se dio cuenta en seguida de que el general le abría

○

³¹ (Latín): “sujeto a la aprobación de la autoridad competente”.

el único camino –¡camino muy agradable por otra parte!– que podía proporcionarle la salvación del insulto y la vergüenza.

Emocionado, tomó de la mano al que le había hecho mal y le había hecho bien, y este se la estrechó diciéndole:

–Si me salvo en esta aventura bélica, tú no te habrás perjudicado. Yo haría entonces como si estuviera muerto y te instalaría como mi propio albacea en Elgg.

Los habitantes de Mythikon empero, escuchaban, por así decir, con todos sus órganos, porque intuían que ahora les tocaría a ellos ser beneficiados.

–“Dejo en herencia a los habitantes de Mythikon” –continuó el general y su lápiz volaba sobre el papel que sostenía su izquierda, porque esbozaba el párrafo originado por la ocurrencia del momento– “a los de Mythikon dejo en herencia aquella punta de terreno mío que se introduce en su bosque comunitario en Wolfgang, terreno cubierto en dos tercios por coníferas y un tercio por hayas, de tal manera que los dos puntos fronterizos de la propiedad comunitaria queden unidos, en mi perjuicio, por una línea recta”.

–Hoy mismo, por mi honor y ante testigos, este agregado obtendrá por mi firma manuscrita su carácter definitivo –declaró el general–, pero con el parecer y bajo la condición de que el disparo que, según una saga no comprobada, fue efectuado hoy en la iglesia de Mythikon sea desplazado al campo de los hechos que no tuvieron lugar y, en la medida en que tuviese realidad, sea cubierto con un eterno silencio, el cual la población de Mythikon se compromete por juramento a mantener, tanto en esta vida terrenal como, del otro lado de la tumba, en el último día y en el Juicio Final.

Krachalder, durante toda esta notificación, había quedado en apariencia tranquilo, y solo las aletas de la nariz en su rostro impertérrito temblaban un poquito y las puntas de sus dedos se curvaron un poco hacia adentro, como si quisiera mantener agarrado el regalo recibido.

–Señor general, ¡así me asista Dios...! –exclamó ahora levantando la mano en actitud de jurar.

Pero el general concluyó:

–Si así no lo hicieréis e infringiereis el silencio, yo, al volver de la futura campaña militar, invalidaré y destruiré el presente testamento. Si ello no fuera posible por haber sobrevenido mi muerte, juro que apareceré a los habitantes de Mythikon como fantasma, patrullando en castigo al juramento infringido todas las noches entre las doce y la

una por la calle principal de su aldea. Krachalder, ¿podréis cumplir las condiciones?

–Imbéciles seríamos –aseguró este–, si no mantuviéramos la boca cerrada.

–¿Y vuestras mujeres?

–Eso, dejadlo por nuestra cuenta –dijo serenamente el anciano campesino haciendo una señal inconfundible con la mano.

–Pero Krachalder –dijo con amabilidad el general–, imaginaos que yo vuelvo desde Alemania, que nos sentamos en mi veranda; que yo, como ahora, os coloco mi mano sobre el hombro, que brindo con vos y charlamos sobre diversas cosas. Entonces digo, como al pasar: “¡Qué estruendo hizo aquel disparo!...”

–¿Qué disparo? ¡Estáis mintiendo, señor general! –gritó Krachalder con una indignación moral que curiosamente no parecía fingida sino que era la expresión de la perfecta rectitud.

Wertmüller sonrió satisfecho.

–¡Ahora a casa, varones! –insistió el viejo–. Para que no suceda una desgracia, dentro de un cuarto de hora toda la aldea debe saber que el disparo..., quiero decir, que hoy escuchamos un buen sermón.

Le estrechó la mano al párroco.

–Y a vos, señor general, un apretón de manos como miembro de la confederación.

–Aguardad un instante –ordenó Wertmüller–, y sed testigos de cómo un padre dichoso junta dos manos. El vicario no puede estar lejos. Si no me engañaron mis ojos, lo vi atravesar el cerco de un salto, cuya destreza en verdad me sorprendió.

–Rahel, hija mía, ven de prisa –llamó el párroco a través de la puerta hacia el fondo de la casa.

–Enseguida, padre –se percibió la respuesta, pero no desde el interior de la casa, sino desde fuera, a través del emparrado del corredor.

Rápidamente, el general miró por la ventana y vio a través del follaje a sus dos protegidos en una actitud cuyo significado no se pudo explicar.

–¡A salir, pastor y pastora, de los jardines de Arcadia! –llamó el viejo soldado.

Entonces Rahel, ruborizándose algo indignada, apareció bajo el protector tejado de hojas y se dirigió, llevando de la mano a Pfannenstiel, a un pequeño círculo formado por árboles frutales y ubicado justo frente a las ventanas del cuarto de estudio, a través de las cuales el general y los mayores de la feligresía los miraban con curiosidad.

La muchacha tenía en la mano una aguja y fijaba delante de todos un botón flojo en el abrigo del candidato. No dejó que interrumpieran su trabajo y solo después de haber cortado el hilo, clavó sus ojos castaños, en los cuales competían entre sí la seriedad y la picardía, en su caprichoso espíritu protector, diciéndole:

–Padrino, en poco tiempo me estropeasteis y destruisteis alevosamente a este vicario. A mí me tocó remendarlo y ponerlo en condiciones de presentarse ante Dios y los hombres. Pero, ¿qué hicisteis con el botón de arriba que aquí faltaba y que tuve que reemplazar con uno de mi padre? Hacedlo aparecer, si no... –Ella levantó la aguja contra el general con una expresión tan rencorosa y sedienta de sangre, que todos los hombres estallaron en una sonora carcajada.

Después de pocos instantes, Rahel y Pfannenstiel se presentaron ante el párroco, quien los bendijo y comprometió como futuros cónyuges.

Pero después de haberse retirado los complacidos ancianos de la iglesia, el digno señor le proporcionó todavía a su futuro yerno unas breves amonestaciones:

–¡Qué fue eso, señor vicario? ¡Pasar subrepticamente delante de la iglesia con los botones arrancados...! ¿Dónde quedaron su dignidad y su cargo?

Después se dirigió al general:

–¡Una parejita! –dijo–. ¡Venga ahora la otra, primo! –Y sin reparos metió la mano en el bolsillo del general, sacó la pistola del gatillo endurecido, agarró después del propio la que se había descargado en la iglesia y miró las dos para compararlas.

Así fue como el disparo de Mythikon fue mantenido en secreto y, a diferencia del disparo de Guillermo Tell, dejó de ser realidad para disiparse como una saga pálida e inconsistente que aún hoy vaga como un fantasma sin patria por las bellas orillas de nuestro lago.

Pero aun si los habitantes de Mythikon no hubieran guardado el secreto, el general no pudo ya invalidar su testamento, ya que había visto por última vez los robles de aquel bosque.

Su muerte fue rápida, oscura y siniestra. Una tarde, a la hora de encender las velas, entró a caballo con su séquito a una pequeña ciudad alemana, se alojó en la deficiente fonda, la única que había, hizo venir al alcalde y ordenó aplicar tributos a la población. Unas horas después, sufrió de repente el acceso de una enfermedad, y a medianoche en punto su alma tan particular lo abandonó.

La jueza*

Capítulo primero

—¡*Precor sanctos apostolos Petrum et Paulum!*¹ —salmodiaban los monjes de Ara Coeli,² mientras Carlomagno,³ bajo el cielo despejado de un día romano de marzo, subía los peldaños, bastante deteriorados, de la escalera que conducía al Capitolio. Avanzaba ceremoniosamente bajo la corona imperial, que no hacía mucho tiempo, para su grata sorpresa, el papa León le había colocado sobre la cabeza, con presuroso entusiasmo.⁴ La recepción del máximo oficio del mundo había dejado un profundo rastro en la seriedad de su rostro. Ese día, en la víspera de su partida, tenía la intención de asistir a una solemne misa de difuntos para la salvación de su padre, el rey Pipino.

○

* Traducción y notas de Carola Pivetta.

¹ (Latín): “¡Ruego a los santos Apóstoles Pedro y Pablo!”

² Iglesia situada en el monte Capitolino de Roma; a raíz de esa ubicación, en tiempos romanos se la llamó *Santa Maria in Capitolio*. El nombre posterior con el que la menciona Meyer, *Ara Coeli* (que en latín significa “altar del cielo”), fue usado a partir del siglo XIV, por lo que se trata de un anacronismo, dado que la acción de la novela corta transcurre en el siglo IX.

³ Carlomagno (ca. 747-814): rey de los francos desde 768, rey de los lombardos desde 774 y emperador de Occidente desde 800 hasta su muerte.

⁴ La coronación de Carlomagno como *Imperator Augustus* por el Papa León III (795-816) tuvo lugar el 25 de diciembre de 800.

A su izquierda iba el abad Alcuino,⁵ mientras un séquito de cortesanos, la escuela palatina, cuyos miembros habían sido escogidos en todas las tierras de la cristiandad, se mantenía a una prudencial distancia, en parte por deferencia, en parte con la segunda intención de excusarse sigilosamente en un instante propicio y escabullirse de la misa. Los cortesanos, recubiertos de hierro de pies a cabeza, avanzaban lentamente, con semblante indiferente y ademanes altaneros, en dirección a las ilustres pisadas, respondiendo al saludo de la multitud circundante con una breve inclinación de cabeza y procurando no admirarse ante nada de lo grandioso y venerable que la ciudad eterna ponía ante sus ojos.

En ese momento se detuvieron ante el primer peldaño, mientras arriba, en la plaza, Carlos y Alcuino estaban quietos junto a la broncea imagen ecuestre.

—No puedo dejar —dijo a propósito de la erudita cabeza— de observar al jinete. ¡Con cuánta clemencia reina sobre la Tierra! ¡Su diestra ben-dice! Estos rasgos deben de parecerse a él.

Entonces el abad, presumiendo de su erudición, susurró:

—No es Constantino.⁶ Lo sé desde hace tiempo. Pero es bueno que lo tengan por tal; si no fuera así, jinete y cabalgadura habrían terminado fundidos en las llamas.

El pequeño abad se paró en puntas de pie y cuchicheó al oído del gran emperador:

—Es el filósofo y pagano Marco Aurelio.⁷

—¿De veras? —sonrió Carlos.

Se dirigieron hacia el portal de Ara Coeli, a través del cual desaparecieron; el emperador, sumido ya en recogimiento, de modo que no se

○

⁵ Alcuino (ca. 735-804): monje, teólogo y pedagogo anglosajón; como asesor del emperador Carlomagno tiene un papel central en la reforma educativa promovida por este y se desempeña como educador en la escuela palatina de Aquisgrán, capital del imperio, hasta su retiro en 796 al monasterio de San Martín de Tours, donde pasa sus últimos años de vida con el cargo de abad.

⁶ Constantino (ca. 274-337): emperador romano desde 306, que autoriza el culto cristiano, a través de la promulgación de la libertad religiosa en el imperio (Edicto de Milán, año 313).

⁷ Marco Aurelio (121-180): emperador romano, cuya estatua fue emplazada en el Capitolio (hoy: Campidoglio) romano recién en 1538, a raíz de las remodelaciones de la plaza proyectadas por el papa Pablo III, con la participación de Miguel Ángel (anteriormente se hallaba en el Palacio de Letrán); la escultura en bronce que lo muestra con la mano tendida, que data del año 176 d. C., es una de las pocas no refundidas durante la Edad Media, probablemente porque se creyó que representaba al emperador Constantino, protector de los cristianos.

percató de un agradable joven con atuendo rético, que estaba de pie no muy lejos e intentaba llamar la atención de este por medio de los saludos más reverenciales.

–Deténganse, señores –exclamó uno de los cortesanos que entre tanto había llegado hasta la imagen ecuestre y atrapó a izquierda y derecha las manos de los que deambulaban a su lado–; ahora que todo es animación y efusión –de los jardines cercanos emanaba un aroma a tierra y primavera–, quiero coronar con violetas mi copa y lo que por lo general aprecio, mas no tomar incienso, y mucho menos el de una misa de difuntos. Encontré por aquí una fonda con la insignia en piedra de una loba amamantando. Eso me dio sed. Observemos un rato más al jinete y luego esfumémonos a las tabernas.

–¿Quién es? –preguntó uno.

–Un emperador griego.

–Derribémoslo...

–¡Cómo separa las piernas!...

–¿El tipo está cabalgando hacia el abrevadero?...⁸

–¡Eh, mozo de cuadra!...

–¡Lindo animal!...

–¡Está hinchado como un cerdo cebado!

Así proseguía la cosa, sin interrupciones, y las bromas desvergonzadas se eclipsaban unas tras otras. El antiguo corcel fue criticado íntegra y despiadadamente.

El afable recio⁹ se había ido aproximando poco a poco al círculo de los bromistas. Su intención parecía ser alcanzar como quien no quiere la cosa, entre dos risotadas, al grupo formado por estos y entablar relaciones con la escuela. Pero los cortesanos no se fijaban en él. Entonces se armó de coraje y, como hablándose a sí mismo, dijo con palabras perceptibles:

–¡Asombrosa esta escuela palatina, y afortunado de aquel que puede formar parte de ella!

Un joven de barba rojiza giró sobre un hombro acorazado y dijo con indiferencia:

○

⁸ En alemán, *Schwemme*; el término hace referencia a aquellas zonas bajas a la orilla de un río, arroyo o laguna en las que es posible bañar y refrescar a los caballos, ovejas u otros animales; en sentido figurado, designa también la taberna o tasca. Meyer juega aquí con los dos sentidos de la palabra.

⁹ Natural de Recia, una de las provincias romanas hacia el año 800, época de los hechos narrados.

–La mayoría de las veces no asistimos a ella.

Luego se dio vuelta el cortesano entero, un hombre alto como un árbol, y le preguntó al recio con rostro burlón:

–¿De qué padres te precias, muchacho?

Este informó satisfecho.

–Soy el sobrino del obispo Felix de Coira y con cartas tuyas fui enviado a la Santa Sede.

–Recio –dijo gravemente el alto–, te han enviado a la fuente de la verdad. Estás parado aquí en los umbrales de los apóstoles y sobre los sepulcros de incontables creyentes. Da un testimonio fiel y confiesa valerosamente: soy el hijo del obispo.

En ese instante, los monjes de Ara Coeli entonaron con voces joviales y enérgicas el oscuro lamento y la implorante exculpación:

–*Concepit in iniquitatibus me mater mea!*¹⁰

–Oyes –y el cortesano señaló hacia la iglesia–, ¡esos que están ahí lo saben!

La pandilla entera estalló en una sonora carcajada.

El juicioso sobrino del obispo se guardó de montar en cólera. Sonrojándose de manera fugaz y girando ligeramente la cabeza, dijo:

–El obispo Felix, que a la sombra de sus montañas acoge con piadoso júbilo el sol de la cultura que se levanta desde vuestra escuela, me encargó que le consiguiera para su aún joven afán de saber algunos de los escritos fundamentales de la ciencia naciente y en particular el librito sin igual de las disputas del abad Alcuino. Ahora bien, se dice que este gran y buen maestro os proveyó a cada uno de vosotros de un valioso ejemplar, y yo pienso tan solo que quizás uno de estos señores tenga ganas de cerrar un trato.

–Verdadero y sensato es tu discurso, hijo del obispo –lo parodió el cortesano–, y si mi Alcuino no se hubiera ido hace tiempo con los hebreos, podría suceder que nosotros dos jugaríamos en este momento una entretenida partidita de dados por eso.

–¡En manos infieles!, ¡esa sabiduría divina! –se lamentó el recio.

–¡Sabiduría! –se burló el de barba rojiza–; te lo aseguro: una necesidad absoluta. Por otra parte, lo conozco de memoria. ¡No tienes más que oír, habitante de las montañas!

Arqueó la larga espalda como un encorvado maestro de escuela, alzó las cejas y se dirigió al más joven de la banda, uno de pelo rizado,

○

¹⁰ (Latín): “Mi madre me concibió en el pecado” (Salmos 51,7).

que, siendo todavía casi un muchacho, condescendió al juego impío, riendo de buen grado con sus ojos meridionales.

–Joven –sermoneó el falso Alcuino–, posees un buen carácter y un espíritu bien dispuesto para aprender. Voy a plantearte una pregunta extremadamente ardua. Veamos si la contestas. ¿Qué es el hombre?

–Una luz entre seis muros –respondió con devoción el muchacho.

–¿Qué muros?

–El izquierdo, el derecho, el delantero, el trasero, el de arriba, el de abajo –señaló cada uno de estos lugares con un gesto: al llegar al quinto, elevando la vista hacia lo alto, la fijó en el cielo resplandeciente, como si admirara una ronda de ángeles, y finalmente hundió en el suelo una mirada inamovible, como si descubriera a la enterrada Tarpeya.¹¹ Un alborozado aplauso recompensó las payasadas.

El regocijo creciente de la escuela palatina comenzó a inquietar al sobrino del obispo. Entonces, en el momento justo, uno salió del círculo, un guerrero intrépido que llevaba colgando del lado derecho de su fornida talla un extraño y retorcido cuerno.¹²

–Tendrás tu consuelo –dijo, y tomó la mano del recio–, tienes que tener un pergamino. El mío. Está tirado debajo del equipaje –descendiendo la escalera del Capitolio, se llevó al rescatado, sin preocuparse ya por sus compañeros.

Caminaban ahora amistosamente el uno junto al otro, aunque ya no tomados de la mano. La del miembro de la escuela palatina se había deslizado sobre el cuerno, que el sobrino del obispo observaba con mirada atenta.

–Esto proviene de las montañas –dijo.

–Pues bien –dijo el que llevaba yelmo–. ¿De qué montañas?

–De las nuestras, compatriota. Te conozco por tu lenguaje, por lo mismo que tú me habrás reconocido cuando me librate de las chanzas de los de la escuela palatina, por lo cual te estoy agradecido. Para que

○

¹¹ Alusión a la vestal romana Tarpeya, que, según la leyenda, entregó las llaves de la ciudadela a los sabinos, permitiéndoles así asaltar el Capitolio. Por esta traición, la joven fue arrojada desde un escarpado precipicio ubicado al sur del monte capitolino, que se conoce desde entonces como roca Tarpeya y desde el cual se despeñaba a los traidores y asesinos durante la república romana. Hacia comienzos del siglo VI a.C. el terreno fue nivelado y se construyó allí un templo en honor a Saturno, bajo el cual quedaron enterradas tanto la roca como Tarpeya.

¹² En alemán, *Hifthorn*; el término designa un sencillo cuerno de caza hecho a partir de astas ahuecadas de toro y se deriva del verbo *hi fan*, que en antiguo alto alemán significa “proferir quejidos, lamentarse”.

lo sepas, yo soy Graciusus –el juicioso recio había callado sabiamente su hermoso nombre a los bromistas reunidos junto a la imagen ecuestre– o, en alemán, Gnadenreich,¹³ y tú eres Wulfrin, hijo de Wulf, si es que este cuerno es, tal como supongo, tu parte de la herencia.

Wulfrin frunció el ceño. No debía de serle grato oír hablar de la patria. Luego examinó a Gnadenreich y halló a un joven gallardo y bien formado, de aspecto agradable a Dios y a los hombres, nada distinto de lo que anunciaba el nombre. Le dio unas palmadas en el redondeado hombro, cuya molicie invitaba a esa caricia protectora, y dijo:

–Hace calor. –En efecto, el sol romano de marzo no solo brillaba, sino que incluso abrasaba.

–Sí, hace calor –repitió, levantándose el yelmo y escurriéndose con la mano una gota de sudor–. ¿Tomamos una copa? –y sin esperar la respuesta giró, después de unos pocos pasos, hacia el patio abierto del edificio de un convento y se echó allí sobre un banco de piedra, en el que Graciusus se sentó decorosamente a su lado.

–No puedo alejarme más allá –dijo el cortesano– de lo que alcanza el cuerno, cuando el señor Carlos convoca a la escuela. También amo a esta joven criatura –bromeó, señalando hacia una palma que, movida por los ligeros impulsos del viento, se mecía en el cielo azul, a poca distancia, sobre la elevación de una colina, y debía de contar con unos dieciséis anillos anuales–. Este lugar se llama *ad palmam novellam*,¹⁴ y el portero Petrus sirve un vino seco. ¡Eh, Petrus! –Este, un viejo de barba desgreñada, ojos fogosos y dos llaves inmensas en el cinturón, trajo jarra y vasos.

–Palma novella es también un nombre de mujer –observó Graciusus y se humedeció la boca.

–Puede ser –repuso Wulfrin–. En Hispania, si no me equivoco, deambulan personas con ese nombre, bautizadas o sin bautizar. No me he preocupado por eso. No me interesan las mujeres.

–Tu hermana recia tampoco se llama de otro modo –dijo Gnadenreich inocentemente.

–¿Mi... hermana... recia?

–Pues sí, Wulfrin, la hija de la *judicatrix*,¹⁵ mi vecina en Malmort detrás del Rin. ¿Nunca has visto cara a cara a la señora Stemma, la segunda esposa de tu padre?

○

¹³ En alemán, *Gnadenreich* significa “lleno de gracia”.

¹⁴ (Latín): “junto a la joven palma”.

¹⁵ (Latín): “jueza”. Más adelante se usa también la forma masculina, *judex*.

–La tercera –masculló Wulfrin–. Yo soy de la segunda.

–Eso tú lo sabes mejor que yo. Conoces también el brusco final de tu padre, en el momento de su llegada a Malmort. Palma nació después.

–Sea –replicó Wulfrin con hosquedad–. Además, ¿por qué no debería ser así? Pero eso no me afecta. Lo que podría inquietarme me lo ha informado minuciosamente el criado de mi padre, el cantero Arbogast. Lo he hablado y discutido con él más de una vez; la última, ante Pertusa, todavía junto al fuego del vivaque, pocos instantes antes de que la flecha morisca asesinara alevosamente al leal sujeto. El asunto está ahora concluido, liquidado. Para que lo sepas, cuando tenía siete años, me largué de casa –mi padre había instado a mi madrecita enfermiza a que entrara al convento– y corrí a través de montes y valles hasta llegar ante el rey Carlos. Allí Arbogast me había llevado mi herencia, el cuerno de los lobos, este que tengo aquí. La copa de los lobos, que, a pesar de ser pagana, forma parte de esa herencia (el cuerno es de origen bíblico), permaneció en Malmort y allí puede quedar hasta que yo contraiga matrimonio, y para eso falta mucho. La habrán puesto a buen recaudo. Seguramente la has visto, al entrar y salir de allí.

Graciusus asintió con la cabeza.

–Entiéndeme: ambos, cuerno y cáliz, son dos reliquias de la Antigüedad, dotadas de poderes y fuerzas. Un elfo o un espíritu femenino¹⁶ de los de detrás del Rin le dio la copa a un lobezno. Mientras la esposa de un lobo se la ofrezca a su lobo y pronuncie sin equivocarse la fórmula grabada en ella, una vez hacia adelante y otra hacia atrás, ella le agrada y le gustará al lobo. A propósito del cuerno, las opiniones están divididas. Para algunos se trata también de un regalo de los elfos y, si se lo hace sonar ante el portón del castillo al regresar, obliga a la loba a confesar cualquier pecado en el que haya incurrido durante la ausencia del esposo. Otros afirman, en cambio, que un lobo excavó hasta extraer el cuerno con su espada de la brea y el azufre petrificados del Mar Muerto, en la Tierra Prometida. Se trata entonces de un cuerno de guerra¹⁷ de los que tocaron las cohortes celestiales para convocar al

○

¹⁶ En alemán, el autor utiliza un mismo sustantivo, en su forma masculina y luego femenina (*Elb* y *Elbin*); en español, hemos tenido que variar, ya que “elfo” carece de forma femenina.

¹⁷ En este caso, el autor utiliza la palabra *Harschhorn*, que designa un tipo de cuerno usado durante la Edad Media por los ejércitos de guerra suizos. El término, que también

Juicio de Sodoma y Gomorra, caído a la tierra en medio del tumulto. –Wulfrin miró a la cara al recio, que –astucia o ingenuidad– lo confrontó con dos ojos crédulos.

En ese preciso instante el viento trajo un fragmento de la misa de difuntos de Ara Coeli. Allí, irascibles y amenazantes, cantaban:

–¡*Dies irae, dies illa, dies magna et amara valde!*¹⁸

–Hermosas voces de bajo –alabó Wulfrin–. Volviendo de nuevo a la copa, yo no creo en su poder. Es cierto que mi madre no omitió pronunciar su fórmula, hacia delante y hacia atrás. No sirvió de nada. Ella se marchitó y mi padre la repudió. –Exhaló un suspiro.

–¿Y el cuerno? –preguntó el pícaro Graciosus.

El cortesano lo balanceó en sus manos y sonrió. Graciosus también sonrió.

–Por lo demás, es el mejor cuerno del ejército. ¡Cómo suena! ¡Oye, tan solo! –y se lo llevó a la boca.

–¡Por todos los santos, Wulfrin, detente! –gritó Graciosus sobresaltado–. ¿Quieres hacer que se amotine la ciudad de Roma?

–Tienes razón, no había pensado en eso. –Wulfrin dejó caer nuevamente el cuerno a la cadena que lo sostenía.

–Este cuerno –dijo Graciosus entonces, circunspecto– me lo han descrito. También lo ha esculpido en piedra el criado Arbogast, sobre la tumba, en el patio de Malmort, allí donde reprodujo al conde,¹⁹ tu padre y, a su lado, a la viuda.

–¿De modo que mi padre no podía yacer solo? –gruñó Wulfrin.

Graciosus no se dejó intimidar.

–Tengo un encargo para el dueño del cuerno –dijo.

–Estás lleno de encargos. ¿De quién es este?

–De la jueza.

–¿De qué jueza? –O bien Wulfrin era de duro de entendimiento, o bien su humor empeoraba a ojos vista.

–Pues bien, la *judicatrix* Stemma, tu madrastra.

–¡Qué tengo yo que ver con la vieja! ¿Por qué te ríes, muchachito?

–¿Porque la tratas así, a ella que es hermosa y joven?

–Una vieja mujer, te digo.

○

puede adoptar la grafía *Harsthorn*, deriva de *Harst*, que originalmente designaba un pequeño desprendimiento de hombres armados y que luego pasó a significar “vanguardia”.

¹⁸ (Latín): “Día de ira, aquel día, gran día lleno de amargura”.

¹⁹ En alemán, *Comes*; término con el que en la Roma antigua se designaba a un alto funcionario al servicio del emperador; siguió usándose durante la Edad Media.

–¡Por favor, Wulfrin! Tu padre la liberó cuando ella tenía dieciséis años. Tus hermanos no son mayores. ¡Haz la suma! Pero, joven o vieja, me hizo un encargo, y no puedo volver a casa sin cumplirlo.

El cortesano se tragó una maldición.

–Me arruinas el vino, sabe a hiel. –Enojado, empujó el vaso del banco y colocó el pie encima.

–¡Pues entonces, habla!

–La señora Stemma –comenzó Gnadenreich en lenguaje figurado– quiere lavarse las manos en señal de su inocencia ante ti.²⁰

–¡Traigan una bacía! –se burló Wulfrin, como si llamara a un barbero en la callejuela.

–Wulfrin, ¡si ella estuviera de pie delante de ti, te morderías los labios! Nadie tiene en Recia costumbres más nobles que ella. Lo que exige es lo que corresponde. En el umbral de su castillo, ante el rostro de ella, tu padre palideció súbitamente. Es horrible y cuestionable. La señora Stemma te manda decir que le asombra haber tenido que llamarte, que te ha esperado durante mucho tiempo, día tras día, hora tras hora, desde que te hiciste mayor de edad. Solo una persona descuidada, negligente, que olvida sus deberes –no son mis palabras, sino las suyas– demora y deja pasar el momento de pedirle cuentas.

Wulfrin lanzó una mirada torva.

–La mujer me agravia –dijo–. Yo sabía lo que se le debe a un padre. Él cometió un crimen contra mi madre, y su memoria –a excepción de las hazañas bélicas– no me es grata: sin embargo, tuve presente su rictus de muerte, interrogué incisivamente a Arbogast, testigo ocular, que no conocía la mentira. Quiero hacer ahora otra cosa más y recitar-te este asunto vil, del credo hasta el amén. Tú eres del país y conoces la historia. Si le falta o le sobra algo, ¡refútalo!

–“Mi padre llegó de Italia y pasó la noche en lo del *judex* de Malmort. Entre el vino y los dados se hicieron amigos, y mi padre, que, a fe mía, ya no era un jovenzuelo –estando aún en la cuna, yo ya tiraba de su canosa barba–, pidió la mano de la hija del juez y la obtuvo. La boda se celebró con el obispo de Coira. Al tercer día se desató el altercado. El oriundo de Rätzüns, cuya solicitud de matrimonio debió de haber sido rechazada por el *judex*, fue invitado demasiado tarde o de

○

²⁰ Se ha respetado lo más literalmente posible la expresión alemana *vor dir die Hände in ihrer Unschuld waschen*, en la que resuena el lenguaje bíblico de Salmos 26, 6-7 y de Mateo 27, 24.

un modo impropio, o bien lo habían sentado en un sitio inadecuado o servido con negligencia u hospedado inconvenientemente, o existió algún otro descuido. En suma, hubo pendencia, y el de Rāzūns deja tendido al *judex*. Mi padre tiene que vengar a su suegro, persigue al de Rāzūns durante una semana y lo destroza. Entretanto, la esposa entierra al *judex* y cabalga de regreso al hogar. Allí mi padre, cargado con el botín, la busca. Él, de acuerdo con la costumbre, sopla el cuerno. Ella va hacia el portón, pronuncia la fórmula y le ofrece la copa de los lobos, que mi padre le ha dado en Coira como “don de la mañana”,²¹ siguiendo la costumbre lobuna. Se la ofrece con tres sorbos. Arbogast, que se encontraba a su lado, sediento, los contó: tres buenos sorbos. Mi padre toma el vaso, lo vacía de un trago y expira. ¿Fue o no fue así, sobrino del obispo?

—Así fue, al pie de la letra y podría jurarlo —corroboró Graciosus—. ¡Podrían jurarlo cientos de testigos que llenaban el patio del castillo! Tantos cuantos aún estén vivos. Y tal cosa ocurrió no en el crepúsculo, ni junto a los pabilos flameantes, sino a la luz del sol, a pleno mediodía. El conde, tu padre, había cabalgado a toda prisa y bebido más de un trago en el estribo...

—¡Y con el pulmón agitado había soplado el cuerno, no lo olvides! —se mofó Wulfrin.

—Le caían gotas de sudor y resoplaba...

—¡Estaba sediento como un braco!²² —lo superó Wulfrin.

—Ansiaba a su mujer —atenuó Graciosus.

—¡Borracho y excitado!, ¡con cabellos canos! ¡puf! ¿Es eso algo para pintar y colgar de la pared? ¿Qué quiere la *judicatrix*? ¿Hacerme jurar que nosotros los lobos por lo común morimos en el acto? Cosa que, desde luego, escaparía a la verdad.

—Tal es su voluntad, y en Recia se la obedece.

—¡Miren un poco!, ¡su voluntad! —se rió Wulfrin escarnecedoramente—. Mi voluntad no es esa, y mi patria no es un rincón de las montañas, sino el ancho mundo, allí donde el emperador instala su palacio o arma su tienda de campaña. ¡Dile a tu jueza que Wulfrin no es ni un fisgón ni un desconfiado! ¡Que no toque nada de la causa! ¡Que no

○

²¹ En alemán, *Morgengabe*; ofrenda que, según las costumbres germánicas, el hombre otorga a su esposa la mañana siguiente a la noche de bodas, en compensación por la pérdida de la virginidad de esta y como reaseguro ante la eventualidad de que el marido muera antes que la mujer.

²² En alemán, *Bracke*: raza de perros rastreros, utilizados para la caza.

remueva a mi padre de la tumba! Yo la dejo en paz, ¿no puede ella dejarme en paz a mí? –Hizo un gesto amenazador con la mano, como si la madrastra estuviera de pie frente a él. Luego se burló–: ¿La mujer se desvive por los veredictos y las sentencias? ¿Siente un placer malsano por los juramentos y los testimonios? ¿No puede darse por satisfecha con el derecho y el tribunal?

–Hay algo de cierto en ello –dijo Graciosus sonriendo–. La señora Stemma ama la espada de la justicia y le agrada ocuparse de casos raros e intrincados. Posee una gran perspicacia, que está constantemente activa. A partir de unos pocos puntos adivina el contorno de un delito, y sus finos dedos dejan al descubierto lo oculto. Esto no hace que en su jurisdicción no se cometa ningún crimen, pero sí que no se niegue ninguno, pues el culpable la cree omnisciente y se siente penetrantemente observado por ella. Su mirada traspasa escombros y muros, y lo soterrado no está seguro ante ella. Adquirió una reputación tal que su veredicto es buscado por cartas y mensajeros que vienen de lejos.

–La mujer me gusta cada vez menos –gruñó Wulfrin–. El juez ejercía sus funciones mal y bien, no andaba acechando lo que pasa bajo tierra ni husmeaba en busca de sangre desvanecida.

Graciosus lo apaciguó.

–Ella habla de dejar las cuentas en orden, aunque todavía se encuentra en la plenitud de sus fuerzas. Tal vez le preocupa el hecho de que, cuando ella ya no esté, tú puedas hacer que tu hermana caiga en desgracia...

–¿En desgracia?

–Quiero decir, despojarla y expulsarla con el pretexto de una causa no esclarecida ni dirimida. Por eso, supongo, quiere hacer que vayas a Malmort y llegar a un entendimiento contigo.

Wulfrin se rió.

–¿De veras? –dijo–. Bonito concepto tiene de mí. ¿Expoliar a mi hermana? ¡La pobre! En el fondo no tiene la culpa de haber nacido. Pero tampoco de ella quiero saber nada. –Mientras hablaba, su mirada contaba los anillos anuales de la joven palma–. ¿Quince anillos? –dijo.

–Quince años –rectificó Graciosus.

–¿Y qué aspecto tiene?

–Enérgico y cálido –contestó Gnadenreich conteniendo un suspiro–. Es buena, pero salvaje.

–Está bien. Y sin embargo no quiero saber nada de ella.

—Ella, en cambio, no sabe de otra cosa más que del fabuloso hermano extranjero, que monta a caballo, combate contra los sajones y enfrenta a los sarracenos. “Cuando venga mi hermano”, “Esto pertenece a mi hermano”, “Hay que preguntarle a mi hermano”: tales dichos nunca faltan en sus labios. Cada vez que suena el cuerno, se despabila, da un salto en busca de tu copa y va con esta a la fuente. La lava, la restriega, la enjuaga.

—¿Por qué, insensato?

—Porque te la quiere ofrecer y porque tu padre bebió la muerte de esa copa.

—¡Qué tontería! ¿Entonces tú le haces la corte?

Puesto en evidencia, Graciosus se sonrojó como una muchacha.

—La madre me es propicia, pero ella me vuelve loco —confesó—. Cuando regreses, te ruego que le digas una palabra.

Una vez más, Wulfrin examinó al agradable joven y nuevamente le dio unas palmadas en el hombro.

—¿Tiene buena opinión de ti? —dijo.

—Habla de un modo enigmático. Cuando hace poco le insinué lo que sentía...

—¿Bajó la vista?

—No, su mirada se extravió. Luego me señaló con el dedo un punto en el cielo. Yo parpadeé. Un buitre que llevaba un cordero. Incomprensible.

—Claro como la mañana. “Ráptame”. La muchacha me agrada.

—¿Quieres verla?

—Jamás.

En ese momento apareció en el patio un estudiante palatino con mirada indagadora y se encaminó con presteza en dirección a Wulfrin.

—Tú —dijo—, la misa terminó, el rey está saliendo de la iglesia. —Llamarlo “emperador” todavía no le salía.

Wulfrin se levantó de un salto.

—¡Llévame contigo! —pidió Graciosus—, para poder acercarme al señor de la Tierra y escucharlo hablar.

—Ven —lo complació Wulfrin con benevolencia, y pronto se encontraban de pie junto al emperador, ante el cual un hombre de barba gris, venerable aunque algo descuidado, hacía una genuflexión. Gnadenreich reconoció a Rudio, el castellano de Malmort, y se preguntó qué mensaje traía el recio, pues Carlos tenía en la mano un escrito. Se lo alcanzó al abad, y Alcuino leyó en voz alta:

–“Egregio señor, habiendo oído que marchas de Roma al Rin, te imploro que tomes el camino que pasa por Recia. Desde hace años, lombardos dispersos se han establecido en nuestros intrincados valles al mando de un tal Witigis, que se hace llamar duque. Nosotros, los señores del país, desavenidos entre nosotros mismos y sin un jefe, no podemos con ellos, incluso algunos de los nuestros les pagan tributo. Una situación intolerable. Tú eres el emperador. Si vienes e impones orden, estás cumpliendo con tus funciones. *Stemma, judicatrix*”.

–No es ninguna charlatana –dijo el emperador–. Mis embajadores me han hablado de ella –Alcuino observó la escritura–. Trazos firmes –elogió.

–Alcuino, tú que eres un abismo de sabiduría –sonrió Carlos–, ¿qué es Recia? ¿Qué rutas conducen hacia allí?

El pequeño abad se sintió lisonjeado por el elogio y la pregunta, pero no se dirigió al soberano, sino, como cortesano y maestro de escuela que era, a la escuela palatina, un buen tercio de la cual, incluyendo al de barba rubia, ya estaba reunido alrededor del emperador.

–Jóvenes –los aleccionó, levantando las cejas hacia lo alto–, quien toma el camino que pasa por las montañas réticas puede optar, sin contar con la calzada de una vía romana, sólida pero hecha pedazos, entre varios senderos, que confluyen todos, más allá de la nieve, junto al joven Rin. Estos caminos y huellas conducen, bajo la luz espectral de las nieves perpetuas, a través de una desconcertante red de valles intrincados, que la fábula puebla de formas inciertas y horrores evanescentes. Aquí se enrosca la reina de las serpientes en dirección a un agua refulgente, como atraída por un tazón de leche; enfrente, surge el hada de un oscuro manantial y se lamenta.

–Maestro, ¿por qué motivos lo hace? –preguntó, curioso, el de barba rojiza.

–Presiente el eterno bien y no puede alcanzar la bienaventuranza. Detrás, entre la nieve y el hielo, en un rincón verde, pace un rebaño sin cencerro, y un pastor colosal, mitad nieves perpetuas, mitad nube, se inclina sobre él. Abajo, a mayor profundidad, en las primeras huellas, la ingenua fábula pierde su fuerza, y la culpa humana halla sus guaridas y escondrijos. Aquí humea y se calcina una fortaleza desmantelada; allí un asesino, rodeado de cuervos que revolotean, clava la vista en el abismo devastador.

–¿A quién arrojó? –preguntó con sorna el de barba rojiza.

–¡Ay! –se quejó el abad–, ¿eres tú, Peregrin, el favorito de mi alma, mi mejor alumno, cuyos huesos se blanquean en el desfiladero rético?

Se secó una lágrima. Luego concluyó:

–Contra ambos, fábula y pecado, el obispo Felix en Coira sostiene en alto, conjurándolos, su báculo pastoral.

–En manos débiles –bromeó el emperador.

–El báculo está trabajado de manera muy hermosa –clamó Gracioso con la voz estridente de un niño de coro–, y en su curvatura se inclina el ángel de la anunciación con la inscripción: paz en la Tierra y bienestar a los hombres.

Carlos le concedió al sobrino del obispo una mirada animada y se dirigió a la escuela:

–¿Alguno de ustedes proviene de Recia?

Wulfrin se adelantó.

–Yo, señor. Emigré cuando era joven, pero conozco la lengua y los senderos.

–Entonces vete a caballo hasta ahí e informa.

–A tu servicio, señor –se despidió Wulfrin, pero fue retenido por el tozudo Gnadenreich, que se apoderó de él y lo condujo de nuevo ante el emperador–. Excelentísimo –lo demandó–, él tiene que acudir a Malmart, para ver a la jueza, su madrastra, que no es otra que la que te escribió la carta, y no quiere. Ella insiste en exculparse ante él por la abrupta muerte de su esposo, el conde Wulf.

–¿Ese? –rememoró el emperador–. Me sirvió a mí y servía ya a mi padre, y falleció en un accidente en las montañas réticas.

–Ante el castillo y a los pies de su mujer Stemma, que le había ofrecido la copa de bienvenida –recordó Gnadenreich.

Carlos se sumió en sus cavilaciones.

–Acabo de rezar por el alma de mi padre –dijo–. Los lazos de la infancia llegan hasta la sepultura. Me parece, Wulfrin, que no puedes dejar de comparecer ante la jueza. Se lo debes a tu padre.

Wulfrin calló, enfurruñado. En ese momento, el emperador hizo un ademán hacia la derecha en busca del cuerno, a fin de convocar a la escuela entera y darle sus órdenes. Pero este no estaba allí. Se lo había olvidado en el palacio, o lo había dejado a propósito, para asistir a la misa como un hombre de paz.

–¡El tuyo, cabeza dura! –ordenó, y Wulfrin alzó su cuerno por encima de la cabeza. Carlos lo observó un rato.

—Es de un alce —dijo, lo elevó hasta su boca y sopló. Entonces el cuerno profirió un sonido tan potente y pavoroso que no solo los cortesanos se precipitaron hacia fuera desde todos los rincones y extremos del Capitolio, sino que también los que, formando parte del pueblo romano, se habían amontonado alrededor, irguieron las cabezas atónitos y asustados, como ante la inminencia de un juicio repentino. Pero Carlos se hallaba de pie como un querubín.

En el tumulto de la partida, el sobrino del obispo se dirigió una vez más al cortesano.

—Hasta luego, en Malmort: ¿obedeces?

—No —respondió Wulfrin.

Capítulo segundo

Dentro de los gruesos muros de una fortaleza rética que parecía surgir de la roca, manaba a borbotones una fuente, en medio de una calma conventual. A través de las ramas de arcos cubiertos de musgo, susurraba con fuerza el viento vespertino, mas allá del patio y, junto a la maciza muralla, ascendía ya el rojo tardío. Al lado del manantial, sin embargo, estaba parada una muchacha joven, haciendo que el impetuoso chorro se abalanzara dentro de una copa, desde cuya plata renegrida por el paso del tiempo salpicaba aquel hacia arriba y sobre sus brazos desnudos, formando espuma.

—La montaña y el clima son propicios —murmuró—. Desde temprano ansiaba yo ardientemente correr a su encuentro. ¿Vendrá hoy todavía? ¿O recién mañana? ¡O pasado mañana, a más tardar! Gracioso juró que mi hermano venía con el emperador... No, ¡que cabalgaba muy por delante de aquel! Y el emperador está cerca, ¿por qué otro motivo huían los lombardos atropelladamente? ¡Bum! —hizo, imitando el ruido sordo de una avalancha, al que pronto siguió un segundo y aún un tercero; pues en la montaña, que, bajo la forma de una masa ancha y reluciente de nieve eterna, miraba por encima de las cumbres, ese día la nieve había corrido y se había fundido continuamente.

—¡Enanos barbados, que la despeñáis en blancas precipitaciones hasta el abismo, sedle propicios! ¡No le ocultéis el sendero, no le enterréis los cascos del corcel! ¡Mana, torrente! ¡Lava del hálito de la muerte!

¡Que mi hermano beba placer y vida! –y extendió el delgado brazo. Luego elevó la copa empapada hasta la altura de los ojos y deletreó la fórmula élfica, que se imprimó en su corazón más nítidamente de lo que estaba grabada en la plata con letras opacadas. Pero la fórmula decía lo siguiente:

¡Bendito seas!
¡Depon la espada y reposa!
¡Disfruta del hogar y del descanso
como amo y no como huésped!
¡Aquí, la copa de los lobos
tres veces te ofrezco!
¡Goza del vino!
Bienvenido...

Aquí la fórmula mágica, o bien concluía, o bien a continuación todavía venía algo completamente ilegible, si es que no eran manchas accidentales de erosión.

A decir verdad, hacía tiempo que ella se la sabía de memoria. La decía hacia delante, salía bien; hacia atrás, salía igualmente bien. Luego la examinó nuevamente –¡por enésima vez!– para ver si eran palabras a la medida de su boca y si la hermana podía decírselo al hermano, pues Graciosus había adivinado: abrigaba el deseo de acudir con la copa de los lobos y ofrecérsela a Wulfrin. ¿Lo permitiría la madre? Ella no se ocupaba para nada de la copa, la dejaba allí donde hacía tiempo que esta tenía su sitio. A la muchacha le agradaba la fórmula, y se imaginaba la llegada.

–¡Suenan el cuerno! ¿O será posible que se me acerque desprevenida y silenciosamente?, ¿con pasos furtivos? Pero no, ni siquiera quiere saber nada de mí, si es que Graciosus no me ha jugado una de sus bromas. ¡Truenan el cuerno! Tomo la copa, vuelo ganándole la delantera a mi madre –o, mejor aún, ella se extravió a caballo y yo soy la señora en la casa–; ¡él ya se acerca!, ¡ya viene! –Su corazón palpitaba. Comenzó a temblar y a titubear–. ¡Aquí está!, ¡detrás de mí!

Se dio vuelta, primero vacilante, después abruptamente, en dirección al portón del castillo. En el arco bajo de este no se erguía ningún joven héroe, sino que se escabullía de allí un ruin truhán²³ al acecho.

○

²³ En alemán, *Pickelhering*, que literalmente significa “arenque salado”; al igual que el *Hanswurst*, (= Juan Salchicha), se trata de un personaje cómico habitual en el teatro de los siglos XVII y XVIII.

La muchacha prorrumpió en una risa decepcionada y salió resuelta-mente al paso del rostro grotesco. Era un lombardo, como adivinó por los cordones de color rojo ladrillo de sus medias sucias y amarillentas. Vestido de los colores más chillones, que la pobreza y el azar combinan aleatoriamente, este hombre menudo llevaba una larga y aguzada barba negra como la pez, que, junto con las cejas puntiagudas y el rostro distorsionado, creaba una máscara de farsa.

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó la muchacha.

—Solo te pido que no grites, pequeña señora, o más bien gran señora, pues, ¡por mi alma católica!, has superado en altura a tu madre en tres veces el ancho de una mano. ¿Dónde está ella? —Observó, medroso, a su alrededor. Su mirada se topó con algo gris. En medio del patio y a la sombra de los arces, se alzaba un ancho féretro de piedra, sobre cuya placa yacía un hombre armado, junto a una mujer que tenía las manos plegadas sobre el pecho.

—Ah, aquí está, en efecto, nuestra querida señora, al lado de su viejo, en silencioso recogimiento —bromeó el lombardo—, y no revuelve las aguas, al tiempo que cabalga con vitalidad cuesta arriba y cuesta abajo, haciendo que se ahorque y se decapite. —Alzó la vista, con gravedad, hacia la rama de un arce, espléndidamente modelada en forma de candelabro.

—No me agradaría pavonearme por aquí —dijo—. En suma: soy el orfebre Rachis y tengo un pequeño negocio que hacer contigo. ¿Amas a tu hermano, joven señora?

Esta brusca pregunta apenas causó algún estupor en la muchacha, que el día anterior y ese mismo no había estado ocupándose de ningún otro asunto.

—Como a mi propia vida —dijo.

—Qué bueno de tu parte, pero poco falta para que ames a un muerto. El cortesano Wulfrin cayó en nuestro poder.

—¿Está vivo? —gritó la muchacha consternada.

—No fue fácil. El duque Witigis le está apuntando al corazón... ¿pero no nos sorprenderá la jueza?

—No, no, se marchó a caballo a Coira. ¡Habla!, ¡pronto!

—Pues bien, tengo un buen oído y sé también de un agujero en el muro, pues no soy aquí menos conocido que la marta en el corral. Es decir que tu hermano cayó en una emboscada. Dio golpes a su alrededor como una furia, y seis de los nuestros retrocedieron ante él; unos, heridos, los otros, para no llegar a estarlo. Pero su caballo rodó al

abismo y él mismo fue errando hasta una cornisa vacía, en donde fuimos cercándolo y le lanzamos por la espalda una larga red de caza sobre la cabeza. Pues el duque quería atraparlo vivo para interrogarlo acerca de los caminos del franco, el causante de nuestra perdición. Pero el testarudo calló todo, incluso su propio nombre. Entonces el duque puso la flecha en el arco y... –Rachis profirió un espantoso silbido.

–¡Estás mintiendo!, ¡él está vivo! –gritó la muchacha con coraje.

–Por ahora. El duque no disparó, porque –aquí la historia se pone divertida– la joven esposa de uno de los nuestros, una liberta de la jueza, poco mayor que tú...

–Brunetta, mi compañera de juegos, la hija de Faustine...

–Precisamente ella se interpuso de un salto. “Por el costado atravesado de Dios”, bramó, “el pobre señor lleva el cuerno de los lobos y no es otro que el hijo del conde, que yace en la imagen en piedra de Malmort. Su hermana consanguínea, la señora Palma, me hablaba de él desde pequeña y nunca dejó de hacerlo. No puedes morir”, dijo dirigiéndose al cautivo, “eso sería un gran sufrimiento para ella y rompería su pequeño corazón. Pues debes saber que eres su preferido, pese a que todavía jamás te haya visto personalmente. Envía a alguien y te liberará a cambio de todas sus joyas. Son objetos preciosos. Tan pronto como su hija tuvo edad suficiente, la jueza le donó y obsequió todas sus alhajas”.

–Así se enteró el duque Witigis del nombre de su prisionero, y la rubia Rosmunde, que él tenía a su lado, de la existencia de un magnífico tesoro. Ella se echó al cuello del duque, procurando conseguir a fuerza de súplicas las joyas de Malmort. Su diadema había perdido sus perlas y su peine de marfil, la mitad de sus dientes. En resumidas cuentas, el orfebre Rachis ha sido enviado hasta ti y te solicita el trueque. Elige: ¡las joyas o el hermano!

Aun antes de que el lombardo hubiera acabado, la muchacha se precipitó hacia el castillo, subiendo por la empinada escalera, desapareció en el portal y regresó nuevamente, sin aliento, trayendo en la clara túnica, recogida como un delantal, algo refulgente y tintineante. Se sostenía la túnica con la izquierda, mientras que la derecha alzaba las piezas una a una, como si provinieran de un tesoro, y las entregaba a los dedos corvos del orfebre. Horquillas, diademas, cintos, collares de perlas desaparecían en el saco que Rachis había abierto, así como un peine de marfil para las trenzas rubias de Rosmunde, hecho con gran maestría, con el Redentor y los apóstoles trabajados de

un modo sublime. Cada pieza que pasaba por sus manos, el orfebre la acompañaba con el elogio del conocedor, no sin un poco de maldad, que pretendía hacerle sentir sus pérdidas a la exaltada muchacha. Esta ni siquiera se inmutó, resplandecía de alegría al entregar todas sus posesiones.

Pero entonces la asaltó una duda.

—¿Estás siendo sincero? —dijo—. ¿Me enviarás a mi hermano? ¡Más vale que te acompañe! —y se dispuso a ponerse en camino.

—Imposible, señora —refutó el lombardo—, ¡eso no puede ser! Descubrirás nuestro escondite y pondrás en peligro, además de la vida de tu hermano, la tuya propia. Pero la jueza creería que has sido secuestrada por nosotros. ¡No seas insensata y no te entregues al poder extranjero!

Se puso el saco a cuestas.

—¡Una pequeña siesta, señorita! Y cuando vuelvas a abrir los ojos, tendrás a tu hermano, que te cuesta tu oro y tus bienes. ¡Te lo juro!

Con una mirada feroz, apoyó los tres dedos en el suelo.

—¡Por el que está allí abajo! —prometió.

—¡Un juramento fidedigno! —dijo una voz femenina. Rachis se dio vuelta asustado y flexionó la rodilla ante una mujer de rasgos severos, con yelmo, que tendía la lanza que llevaba en la mano a un servidor armado. Por indulgencia con su fatigado animal, la jueza debía de haber trepado a pie el escarpado camino al castillo. Tomó a Palma por el brazo con un gesto protector y miró con desprecio al lombardo.

—Si juraras por Dios y por sus santos —dijo—, jurarías en falso; prefieres jurar la verdad por el padre de las mentiras. ¿No os habéis comprometido por lo más santo, vosotros los lombardos, a no volver a saquear ni incendiar nunca más en Recia? ¡Y ahora que escapáis, igual que todo lo malo, ante la vista del emperador, lanzáis llamas arrasadoras a izquierda y derecha! ¡Vengo de Coira y conozco vuestros crímenes, perjuros! ¡Dile a tu Witigis que la jueza lo perseguiría y azotaría, si no viniera alguien superior —y ya está llegando— cuya mano lo alcanzará, por más que huya a los confines de la Tierra!

En ese momento, sus ojos se fijaron en el saco del orfebre.

—¿Qué te llevas ahí, ladrón? —inquirió con desdén.

—¡Un comercio honesto! —aseguró este abriendo el saco, mientras la muchacha abrazaba con vehemencia a su madre.

—¡Compro a mi hermano! —exclamó—. Cayó en el poder de Witigis, que estará apuntándole hasta que yo le haya entregado mis joyas a la

señora duquesa –la inocente niña elevó a la rubia Rosmunde al estado matrimonial–, ¡y con cuánto placer se las doy!

La jueza se desprendió de ella y preguntó a Rachis:

–¿Es cierto eso?

–¡Por mi pellejo, señora!

–No te creería, si no supiera que el cortesano Wulfrin cabalga delante del emperador, y si yo misma no hubiese oído, justamente ahora, en Coira, que los lombardos han capturado a un cortesano. Sin embargo, puede ser mentira, pues es difícil creer que un comensal de Carlos revele su nombre al enemigo y mande pedir rescate a una muchacha.

–¡No, no, madre, no fue así! –exclamó Palma y contó lo sucedido.

–Una mujer vanidosa, que daría su vida por una joya, eso tiene más sentido –opinó la jueza. Pareció reflexionar. Luego lanzó una mirada a las alhajas–. Quiero rescatar al cortesano con sólidos bizantinos²⁴ –dijo.

–Eso no está incluido en lo que me encargaron y a Rosmunde no le gustaría.

–Entonces no lo haré.

–Pues bien –sonrió Rachis maliciosamente–. De esa manera dejarías morir precisamente a Wulfrin. Puede que tengas tus razones. Como gustes.

–¡No es eso lo que quieres, madre! –gimió Palma y cayó de rodillas.

–No, no lo quiero –dijo la jueza con cejas cavilosas–. ¿Por qué lo querías? ¡Toma las cosas! –y Rachis ya se había marchado.

La muchacha, exultante, se echó al cuello de su madre y cubrió la boca severa con besos de agradecimiento. Luego le quitó el yelmo marcial con tanto ímpetu que las trenzas de negra cabellera se desataron y, al desenrollarse, le dieron a la resuelta cabeza de la jueza una expresión juvenil y dolorosa. La alegría sin fin de Palma acabó por cansar a la jueza.

–Vete a dormir, hija –dijo ella–, está oscureciendo.

–¿A dormir? ¿Quién podría hacerlo antes de que Wulfrin llame?

–Entonces échate tal como estás sobre el almohadón. ¿Qué apostamos a que te encuentro dormitando? ¡A la cama, pollita! ¡Hale! ¡Hale! –y dio una palmada.

○

²⁴ En alemán, *Byzantiner*; se trata de monedas de oro creadas en el siglo IV por Constantino I que circularon hasta el siglo IX en Occidente y el XI en Oriente.

Palma voló escaleras arriba, y la jueza se dio vuelta hacia Rudio, su castellano, que hacía ya un rato se hallaba de pie ante ella, aguardando tranquilamente.

—¿Qué noticias traes? —inquirió ella.

—Una tontería, señora. Vi abierta de par en par la puerta que da a nuestro calabozo. Yo ciertamente no le había echado el cerrojo, ya que en este momento no hay ningún preso. Desciendo y sobre la paja yace una criatura, que, a la última claridad, descifro solo con esfuerzo. Era Faustine, quien, como recordarás, con tu autorización dio en matrimonio a su hija, Brunetta, a un lombardo, un hombre pasable, al que aceptaste entre tu servidumbre siguiendo mi recomendación. Ahora que el pueblo extranjero anda errante, también la hija hizo su hato, y eso le habrá hecho perder la razón. Metió una mano a la fuerza en la argolla de la cadena y, por lo demás, está de buen ánimo. “Maestro Rudio”, me dijo, “afila tu hacha en la piedra de amolar y mañana no me hagas sufrir más de lo justo”. Yo la reprendo y quiero sacarle la mano del grillete. “¡Qué farsa!”, digo, “tú eres la honesta pobreza, trabajando en la rueca y en el campo de nabos, que ha criado con rectitud a su hija. Este no es tu lugar. Con alguien como tú yo no tengo nada que ver”. Ella se resistió y dijo: “Eso no lo sabes, Rudio. Ve y llama a la jueza. Ella desenredará el ovillo y me dará a mí, pobre mujer, lo que me corresponde”. ¿Tendría que haber sacado a la loca de allí por la fuerza? Bien puedes descender y hacerla entrar en razones.

La jueza llamó a Rudio para que encendiera una antorcha y caminara delante de ella. En el profundo cubículo estaba sentada una mujer encadenada, que el castellano alumbró. Ante un gesto de su señora, afianzó el pabito ardiente en el anillo de hierro y dejó solas a las mujeres.

Stemma se inclinó sobre la prisionera voluntaria y, como hábil médica, le tomó el pulso de la mano libre, que, sin embargo, no se veía acelerado por ninguna fiebre.

—Faustine —dijo—, ¿qué es lo que te inquieta? ¿Qué te ha sucedido? Te trastorna el dolor de haber tenido que separarte de tu hija. ¿Quieres ir tras ella? Aún estás a tiempo. Te doy la libertad. Ya no me perteneces. El emperador indicará a los lombardos su lugar de residencia definitivo, y así conservarás a tu Brunetta.

Faustine movió negativamente la cabeza.

—¡Solo eso faltaba —dijo—, que me pegara a los talones de Brunetta y me volviera una maldición también para ella! Jueza Stemma, ¡quítamela!

Señaló su cabeza.

–Bien sabes, y desde hace tiempo, que asesiné a mi marido.

Con mirada serena, Stemma sondeó el rostro huesudo, estridentemente iluminado, de la recia, que tenía su misma edad. Luego se dejó caer sobre un peldaño de la escalera, y Faustine se arrastró hasta sus rodillas, sin tocarlas. Sus ojos estaban sanos.

–Señora –dijo–, tú lo sabes todo y si misericordiosamente me has ahorrado un perjuicio y has encubierto mi crimen durante más de una década, fue porque no querías que Brunetta, el inocente gusano, fuera despreciada. Se me permitió criarla, y me acordaste este favor porque había sido tu compañera de juegos. Pero ahora que Brunetta sigue a su esposo, ya no hay motivo para continuar perdiendo el tiempo ni haciendo tonterías mucho más. Pongamos las cosas en claro. ¡Dicta mi sentencia!

La jueza reconoció, por todos los ademanes de Faustine, que esta se hallaba en sus cabales, y por mucho que la sorprendiera la grave confesión, no desmintió la temible reputación de su omnisciencia.

–Confiesa –dijo con severidad–. Así empieza el arrepentimiento.

Y Faustine comenzó:

–La historia es breve. Stenio, el tirador, pidió mi mano...

–El que fue arrastrado y despedazado por el verraco al que había errado el tiro...

–Ese. Más adelante el *judex* me dio en matrimonio a su caballero Lupulus. Condescendí a ello y sin embargo... –se detuvo para no ofender el oído puro de Stemma. –La jueza la ayudó y dijo con gravedad y tristeza:

–Y sin embargo eras la mujer del muerto.

Faustine asintió con la cabeza.

–Luego, ante el altar, de repente, para mi propio horror...

–Sentiste que pertenecías al muerto, tú y la que todavía no había nacido –la ayudó la jueza.

Faustine volvió a asentir.

–Eso es todo, señora –dijo–. Lupulus, con lo irascible que era, me habría matado. Pero la aún no nacida me selló la boca y me susurraba palabras hostiles contra mi esposo.

–Suficiente –concluyó Stemma–. Solo una cosa más: ¿de dónde sacaste el veneno?

–¡Ves, señora –clamó la mujer–, que sabes cómo lo maté! El veneno me lo mostró Peregrin.

–¿Peregrin? –preguntó la jueza con voz velada–. No puede ser –dijo.

–Me lo mostró con el propósito de advertirme. Yo erraba desesperada entre los pinos de Silvretta. Entonces lo veo, con su túnica larga y oscura, agacharse y desenterrar raíces. Había flores con campanillas pardas que ondeaban. Me llamó hacia allí y, sosteniendo en la mano una de esas flores, me dijo: “Mujer, ¡guárdate, y también a tus hijos, de esta planta! Su savia es mortal, a no ser que esté en manos del médico”. Tenía buenas intenciones, con su mirada admonitoria que emergía de entre de los rulos castaños, y, no obstante, me inspiró un pensamiento de una feroz maldad. ¡Que no recaiga culpa alguna sobre su alma! Pero estoy diciendo disparates. Hace tiempo que él es un ángel de Dios, desde que sucumbió en las montañas, como dicen, errando hacia la gran planicie, cosa que no ocurrió mucho después de aquella hora. Recordarás aún que tu padre, el *judex*, cuya herida había sido curada por él, lo había despedido, lo cual a ti te desagradó, pues como el sabio clérigo que era, todavía habría podido enseñarte mucho.

–Basta de parlotear –ordenó la jueza–, y concluye tu confesión. ¿Al día siguiente fuiste de tu choza hasta Silvretta y desenterraste las raíces?

–Sí. Pasaste a mi lado cabalgando, y me agazapé para que no me reconocieras, pero te diste vuelta dos veces sobre la montura. Y ahora, ten misericordia, señora, y dame lo que me corresponde. –Dejó caer la cabeza sobre su pecho, de modo que la copiosa cabellera negra resbaló por encima de su rostro.

Mientras Stemma reflexionaba, bajando la mirada hacia Faustine, le quitó con dedos separados una larga brizna de paja del pelo.

–Faustine, mi compañera de juegos –dijo por fin–, no puedo juzgarte. Faustine se convulsionó por completo.

–¿Por qué no? –gritó indignada–, debes hacerlo, o gritaré hasta que resuenen todos los muros: “¡Ha asesinado a su marido!”.

Stemma le tapó la boca.

–¡Deja los restos de los muertos! –la increpó, como si amenazara a un perro que estuviera escarbando huesos enterrados hasta sacarlos a la superficie.

–¡Ten misericordia! –imploró Faustine–, haz que me corten la cabeza, una vez que haya comulgado y besado la cruz. Luego, en el cielo, me volverá a crecer y, con Stenio a la derecha y Lupulus a la izquierda, permaneceremos sentados en *un mismo* banco y nos daremos las manos. Eso es lo que deseo –y estiró el cuello.

—No puedo juzgarte, insensata —dijo Stemma más sosegada—. Por tres razones no puedo. ¡Presta atención!

—Cuando cometiste tu crimen, todavía vivía y gobernaba el *judex*, mi padre. Después de su muerte y la del conde, al heredar la espada de la Justicia, anuncié a voz en cuello: “¡Todo lo pasado ha quedado atrás! ¡Que a partir de ahora ya nadie más peque!”. Pero incluso si no hubiera hecho proclamar esto, no podría juzgarte y quedarías libre, ya que desde tu delito han transcurrido quince años enteros en este país y aquí es costumbre desde tiempos inmemoriales que la culpa prescriba en quince años.

—¿Prescribir?, ¿qué es eso? —preguntó Faustine perpleja.

—Perder su vigor por efecto del tiempo.

Una risa sarcástica pasó como un relámpago por los dientes blancos de la recia.

—De modo que, por ejemplo —dijo—, si ayer hubiera envenenado a mi marido y, transcurrida la noche, se cumpliera el plazo, hoy ya no sería una asesina. ¡Qué necedad es esa!

—Sí, sigues siendo una asesina —la instruyó pacientemente Stemma—, pero ya no tienes que vértelas con el juez terrenal, sino tan solo, todavía, con el celestial. ¡Expía mediante buenas obras! Ya has comenzado: quince años de esfuerzo y rectitud tienen su peso.

—¡No tienen ningún peso! —se airó Faustine—. ¡Ya veo que quieres ser benévola conmigo! ¡Te llaman la jueza, pero eres la injusta, haces excepciones, te fijas en la persona!

—¡Cállate! —ordenó la jueza—. Así y todo soy más inteligente que tú y te digo: tu causa ya no puede ser juzgada. Para ello hay todavía una última razón. No puedo condenarte, ni aunque quisiera hacerte el favor, pues no hay ningún testigo en tu contra más que tu lengua insensata. Pero ¿sabes qué?: ve a Coira y confíesate con el obispo. Él es el pastor y tú, la pequeña oveja. Probablemente te imponga la penitencia más dura: ayuno, arduos servicios, cilicio, sangrientas flagelaciones. ¡Si fuera demasiado clemente contigo, exígesela! ¡Pero luego date por satisfecha! ¡Sométete por entero a la Iglesia: esta te representa y tu causa está asegurada! —dijo esto con una sonrisa persuasiva.

—No lo sé —sollozó Faustine—, Dios nos libre de que una malhechora como yo no acate a su santa Iglesia. Pero habría sido más sencillo de otra manera. Ya me he atormentado y con el sudor de mi rostro he penado durante quince años, con el consuelo y el designio de que tan pronto como mi hija hubiera llegado a su edad adulta y tuviera mari-

do, yo iría directamente al cielo. Ahora apartas de mí la escalera más corta y me alargas el camino.

—El que va a Coira es corto, y el que conduce a nuestra muerte no es largo. ¡Obedece, Faustine!

Tomó la antorcha y subió los escalones. Faustine la seguía como un alma en pena.

Bajo el portón del castillo, que se abrió como por sí mismo porque el centinela había percibido la claridad que iba de un lado al otro, la jueza miró hacia el exterior, hacia la noche, y dijo a Faustine:

—¡Quítate los zapatos y deja que las afiladas piedras te desgarran las plantas de los pies, pues eres una gran pecadora!

Llorando, Faustine emprendió su lóbrego camino.

La señora Stemma había estado en lo cierto. Cuando ingresó a la recámara situada en lo alto del castillo, Palma estaba durmiendo. Sobre un trípode ardía una llama protectora, junto a su respiración profunda. La muchacha yacía sobre el almohadón, completamente vestida, la mano apoyada sobre el corazón. Había tratado de calmar el corazón que le latía de alegría, y en eso se había adormecido. La madre observó el gesto y no pudo evitar recordar.

Después de la muerte de su padre y su marido, y tras el nacimiento de Palma, la jueza, que aún no tenía veinte años, había asumido con mano firme la administración de lo que había heredado. A los pretendientes y enemigos que a una mujer joven y hermosa le nacían espontáneamente entre una nobleza embrutecida y codiciosa, los había dividido gracias a una política de una sagacidad que estaba por encima de su edad, dominándolos uno a uno con las armas de sus vasallos. El yelmo y la espada, así como la causa justa de la audaz jueza, fueron bendecidos con las manos extendidas por el pacífico obispo Felix, en su corte fijada en Coira. Pasados algunos años tumultuosos, el dominio de Stemma quedó consolidado y sobrevino una gran calma. Entonces, la naturaleza atormentada en exceso se vengó y Stemma perdió el sueño. Cuando ella misma no lo ahuyentaba con lámparas ardientes e infinitos pasos. Se sentaba entonces no lejos del lecho de su hija, sobre un banco estrecho, en el profundo arco de la ventana, a menudo con los brazos cruzados, o podía jugar larguísimos ratos con dos botellitas, que guardaba en el muro y que el joven clérigo Peregrin, versado en medicina, había dejado en Malmort al irse de allí para desaparecer sin dejar rastros en las montañas. Ambas estaban hechas de un cristal resistente y tenían, sobre el gollete de vidrio, tapas doradas, en

una de las cuales estaba garabateada, en letras griegas, la palabra *antídoton*,²⁵ mientras que en la otra se retorció una diminuta viborita. Jugar con esas botellitas hasta que despuntara el día había llegado a ser una necesidad para Stemma. Ocurrió una vez que se adormeció sobre ellas y, cuando la despertó la luz del amanecer, una botellita, la no rotulada, había desaparecido de su mano, abierta a medias. La asaltó un miedo terrible, y buscó y buscó. Terminó encontrándola en las manos de su hija. Probablemente la pequeña Palma se había despertado antes que ella, se le había acercado sigilosamente con los pies descalzos, le había quitado el bonito juguete y, con este, había vuelto a encontrar el lecho y el sueño. La niña mantenía el cristal apretado contra su pequeño corazón, y la señora Stemma lo desprendió con cuidado, dedito a dedito.

Extrajo ahora, tentada por la anterior costumbre, los cristales, que por largo tiempo habían quedado bajo llave. Luego de haberlos sostenido durante un rato entre las manos y de haber jugueteadado con las botellitas según su antigua costumbre, alternándolas incesantemente, colocó una entre sus pies, calzados con cuero de gamuza, y, con una fuerte presión, la hizo añicos sobre la losa de piedra. El líquido derramado exhaló un agradable olor a almendras. A punto de colocar el segundo cristal bajo su suela, reparó aún en su tapa dorada y reconoció que se había confundido las botellas. Creía haber aplastado primero la que carecía de rótulo y todavía la tenía en la mano. Sacudiendo la cabeza, puso la viborita bajo el talón, pero el vidrio, más duro, resistió con obstinación. Volvió a agarrarla y ya elevaba el brazo para hacerla añicos contra la pared, cuando se detuvo, temiendo estorbar el sueño de la muchacha con el estrepitoso lanzamiento. O con un pensamiento diferente la puso celosamente a salvo en la amplia pechera de su túnica.

A la señora Stemma comenzaron a pesarle los párpados y se dejó caer, aturrida, sobre un sillón. Vio entonces que de atrás de su silla salía algo que se dirigía lentamente al lecho de su hija dormida. Flotaba como una tenue neblina, a través de la cual los objetos de la recámara seguían siendo visibles, mientras que la floreciente muchacha estaba recostada con una sólida constitución y un cuerpo que respiraba con vehemencia. La aparición era la de un joven, un clérigo, de acuerdo con su vestimenta, con una cortina de rulos. El incierto ser se deslizaba sobre sus rodillas o chapoteaba, pese al piso de piedra, en un río.

○

²⁵ (Griego): "antídoto".

Stemma lo observó sin espanto y lo dejó hacer hasta que hubo dejado atrás la mitad del camino. Entonces dijo, en tono amistoso:

–¡Tú, Peregrin! Has tardado mucho tiempo en volver. Pensé que habías hallado paz.

Sin girar la cabeza e impulsándose con un nuevo envión hacia delante, el fatigado ser le contestó:

–Te agradezco que me tolere. De todos modos, es la última vez. Me esfumo. Pero algo aún me atrae a mi niñita querida.

–¿Pero entonces ustedes, los muertos, no están muertos? –preguntó la jueza.

–Vamos muriendo muy paulatinamente –respondió el clérigo–. ¿Qué crees? El... –balbuceó– el alma, de esta manera, no está lista antes de que el cuerpo alcance el estado de putrefacción. Entretanto tomé prestado este miserable manto. –La sombra zarandeó su figura como una lluvia abundante.

–¡Ah, qué vigoroso y divertido fuego era el cuerpo terrenal! Me estoy congelando con este delgado hábito y de buena gana lo dejo caer.

–¿Y luego? –preguntó Stemma.

–¿Luego? Luego, tal como dice la Escritura...

Stemma frunció el ceño.

–¡Aléjate de la niña! –le ordenó a la sombra, que casi había llegado hasta Palma.

–¡Eres muy dura! –gimió este, volteando la cabeza contrariada. Luego, sin embargo, atraído por el aliento tibio de Stemma, se arrastró más rápido hacia sus rodillas, sobre las cuales apoyó los codos sin que ella sintiera el más ligero contacto. No obstante, la sombra se animó, la hermosa frente se arqueó y un azul suave manó de los ojos elevados hacia lo alto.

–¿De dónde vienes, Peregrin? –dijo la jueza.

–Del lento juncal y del torrente inmóvil. Nos agazapamos en la orilla. Imagínate, querida, a quién tengo por vecino desde entonces, a... –buscaba él.

–¿Al conde Wulf? –preguntó la jueza con curiosidad.

–Precisamente. No es un camarada entretenido. Se apoya en su pica y barbulla algo, siempre lo mismo, y no puede salir de eso. Se pregunta si tú le has causado un daño o no. Yo me quedo callado como una tumba...

Peregrin rió disimuladamente, pero luego dio un grave suspiro. A continuación, olfateó como si oliera el zumo derramado, y buscó

mirando de hito en hito bajo la túnica de Stemma, donde se hallaba la otra botellita, de modo que ella se cubrió raudamente el pecho con la mano.

Entonces, ella sintió un incontenible deseo de someter a sus pies al endeble ser.

–Peregrin –dijo–, te has figurado cosas, las has fabulado. Palma no te incumbe, no tienes ningún derecho sobre ella.

El clérigo sonrió.

–Te estás imaginando una locura –se burló la jueza.

–Stemma, en cuanto a mi niñita, no me dejaré disuadir.

–¡Qué disparate! ¿Cómo sería posible tal cosa? ¿Qué sabes tú, sueño?

–Sé –Peregrin, fugazmente reanimado, pareció experimentar algún deleite en remontarse a su breve y cruel destino– cómo me asaltó tu padre, cuando yo iba a través de las montañas volviendo de lo de mi maestro el abad. El *judex* estaba herido y había oído hablar de mi ciencia. Entonces me retuvo y me llevó ante ti. Eras aún muy joven y, ¡oh!, ¡qué hermosa!, ¡con crueles ojos negros! Y al mismo tiempo, de una entrañable ignorancia. Yo te enseñé a hacer letras y versos, aunque estos no te gustaban. Preferías gobernar en las aldeas, zanjar disputas y hacer de médica entre los tuyos. Te mostré los poderes de las hierbas, te enseñé a preparar toda clase de pócimas, y me trajiste del alhajero dos cristales...

La jueza escuchó atentamente.

–Stemma, todavía eres joven y yo también sigo siendo joven, somos apenas más viejos que cuando nos amábamos –sollozó tiernamente Peregrin.

–Nos amábamos –dijo Stemma.

–¡Descansabas en mis brazos!

–En ese momento te sorprendió el *judex* y te estranguló –dijo ella con dureza. Peregrin gimió y en su cuello se hicieron visibles manchas–. Me cargó sobre un mulo, se marchó de allí conmigo y me arrojó al abismo.

–¡Peregrin, he llorado! Pero reflexiona: ¡la culpa es tuya! ¿Acaso no me presenté tres veces ante ti llevando mi hato en la mano? ¿No te conjuré con amenazas a que te escaparas conmigo? ¿Quién quería que vagáramos codo a codo en la pobreza y la miseria? Tú, en cambio, te pusiste pálido y lívido, pues tienes un corazón cobarde. Yo te amaba, y, ¡por mi vida!, si hubieses sido un hombre, lo habría pisoteado todo, mi padre, mi patria, y habría sido tuya.

–Lo fuiste –susurró la sombra.

–¡Nunca! –dijo Stemma–. Mírame: ¿parezco una pecadora?, ¿tengo el aspecto de una mujer apasionada y ligera? ¿No soy acaso la decencia y la virtud? Y siempre lo he sido. No me has tocado, apenas me rozaste la boca con besos temerosos. ¿De dónde habrías sacado el coraje?

En ese momento, la sombra se inquietó.

–¡Oh, violentos que sois los dos, tu padre y tú! ¡Él me raptó y me estranguló; tú, Stemma, me tentaste con la gota de sangre! ¡Dame el dedo, aquí está la pequeña cicatriz!

Stemma se encogió de hombros.

–Eso fue una vez –se burló.

Entonces, Peregrinus, que en seguida se había vuelto a aplacar, sacudió los rulos y cantó con voz velada:

Érase una vez, érase una vez
Un príncipe con su hija,
érase una vez un joven clérigo
entre los sirvientes del castillo.

A la mesa estaban los tres,
cuando llamaron al amo:
“¡Arriba, señor *judex*! ¡Al corcel! ¡Al corcel!
¡En el valle hay una presa!”

Se ciñe la ancha espada
y riendo arroja el puñal
entre la joven y el clérigo
como afilado guardián.

Arrebatadamente al *judex*
se llevó el veloz corcel,
los otros, mudos y turbados,
quedan con la mirada gacha.

Stemma alza su dedito,
para lastimarlo a él,
y lo hace subir y bajar
sobre el reluciente filo.

Brotó una gotita de sangre tibia...

–¡Silencio, debilucho! –se enfureció la jueza–. Eso te lo has inventado en tu escondrijo. ¡El sol no conoce un oprobio semejante! ¡Stemma es intachable! ¡Y el conde también, ojalá viniera! ¡a él quiero responderle!

–¡Stemma, Stemma! –imploró Peregrin.

–¡Fuera, tú, que no eres nada! –se desprendió de él con un gesto vigoroso, y los rasgos de Peregrin comenzaron a desdibujarse.

–Mi mujer, mi... – “vida” habría querido decir él, pero la palabra se le había borrado, a él, que ya no podía hacer nada–. Ayúdame, Stemma –exhaló–, ¿cómo se llama lo que respira, lo que florece? ¡Ayúdame!

La jueza selló sus labios, y Peregrinus se desvaneció.

Al despertar, ella se hallaba de pie ante el lecho de su hija. Besó sus ojos cerrados.

–¡Conserva tu ignorancia! –susurró. Luego se deslizó en el ancho lecho al lado de Palma y rodeó con el brazo a la niña, como si fuera una presa conquistada–: ¡Eres mía! ¡No te compartiré con el muchacho desaparecido! ¡Te colocaré a la luz y rondaré a tu alrededor como una loba guardiana! –El sueño le había mostrado a Peregrin tal como era cuando su imagen había cesado de vivir en ella. Hacía tiempo que el joven, con el que se había desposado en secreto por porfía y rebelión mucho más que por amor, había declinado y se había extinguido en su corazón ascético, y la gota de sangre que una vez había brotado de la yema de su dedo se le aparecía a la purificada como un cuento de hadas licencioso y descabellado. Más creíble le parecía el otro habitante del inframundo, y al volverse en el lecho y hundir la cabeza en las almohadas, sin desprender el brazo del hombro de su hija, mientras se adormecía, divisó al conde, sentado con aire mohíno entre los juncos, inclinado sobre su lanza, y farfullando palabras hostiles. Una sonrisa de sorna pasó por el rostro ensombrecido de Stemma, pues esta conocía el desvalimiento de los difuntos.

Con las primeras luces, el abrupto soplido de un cuerno despertó a las dos durmientes, arrancándolas del lecho. El violento llamado del día lastimó el oído fino de la jueza. Esta adivinó a quién anunciaba, y, con pronta resolución y paso firme, salió al encuentro de Wulfrin. Aun antes que ella, Palma se escabulló a través de la puerta, llevando en la mano la copa de los lobos, que había empuñado con presteza.

Al llegar al portón abierto por Rudio, Stemma se halló ante el cortesano, que la observaba con mirada asombrada. El semblante de esta

le impuso respeto. Él se tragó una broma impertinente a propósito de su vida, salvada por cuatro mujeres. Subyugado por la mirada que lo escudriñaba con serenidad y por la dignidad de los pálidos rasgos, dijo tan solo:

–Aquí me tienes, mujer. –A lo cual ella contestó:

–Ha costado un gran esfuerzo traerte a Malmort.

–¿Dónde está mi hermana, para poder besarla? –prosiguió él, y esta, que entretanto había llenado la copa, se apresuró a acercarse a él, con el corazón palpitante y los ojos resplandecientes, si bien pisó con cuidado para no derramar el vino. Llegó ante el hermano y se puso a recitar la fórmula. Pero cuando Stemma vio el cáliz que había provocado la muerte del conde en manos de su hija y la fresca boca sobre su borde, sintió asco y una profunda repulsión. Con un ademán resuelto, se apoderó de la copa, que la muchacha sorprendida soltó sin lucha ni resistencia alguna, se la llevó a su propia boca y la ofreció al cortesano con estas sencillas palabras:

–¡Benditos sean tú y ella! –Wulfrin vació la copa sin ninguna clase de temor.

Palma estaba aturdida y avergonzada. La madre le ordenó entonces que hiciera sonar la campana que colgaba en lo alto de una pequeña torre abierta y convocaba a la servidumbre de muy lejos para el ángelus. En su infancia, Palma se complacía en tocar la campanita, que se movía con facilidad, y esta tarea le había quedado asignada a la muchacha. Vacilando, esta obedeció.

–¿Mujer, por qué le has arruinado el placer? –preguntó Wulfrin. Stemma le indicó la inscripción de la copa.

–Mira, es la fórmula de una esposa –dijo.

–No leo nada de lo que dice allí –opinó él.

¡Goza del vino!

¡Bienvenido...!

El dedo de la jueza señaló lo que se había desdibujado; para un ojo que escudriñara con precisión, allí aún se distinguían de manera legible tres letras, una a, una c, una b. Wulfrin dedujo sin esfuerzo:

¡Bienvenido a la alcoba!

–Tienes razón, mujer –rió.

Ella lo tomó de la mano y lo condujo delante de la tumba. Allí yacía su padre ante él, con la espada en la mano izquierda, la derecha

sosteniendo el cuerno y los pies de piedra separados. Wulfrin contempló los rasgos toscos pero francos, no sin un sentimiento infantil. Cuando vio el cuerno reproducido, alzó el real, que llevaba a un costado, hasta la altura de su boca en un arrebató repentino, y dio un enérgico soplo.

—¡Feliz resurrección! —exclamó, dirigiéndose al que estaba en la tumba.

—¡Deja eso! —prohibió la jueza—, suena horrible.

Se sentó sobre el borde del féretro de piedra, junto a su propia imagen yacente, que tenía las manos unidas en oración, y comenzó:

—Ahora que estás en Malmort, Wulfrin, no te irás de aquí sin haberme acusado o absuelto —una vez que hayas interrogado a los testigos— por la muerte del hombre que yace aquí. —El cortesano hizo un gesto contrariado—. Obedece —dijo ella—. Si para ti no constituye una causa, es una formalidad que debes cumplir para mí, pues soy una mujer meticulosa.

—Gnadenreich te habrá comunicado —repuso el cortesano exasperado—, que jamás sospeché de ti; ni yo ni Arbogast, que fue quien me describió el momento en que mi padre se desplomó. No soy un escéptico ni quiero vivir como tal. Hay quienes barruntan un plan en cada casualidad y en cada accidente una culpa, pero o bien son embaucados, o bien son ellos mismos embaucadores. ¡Que el cielo me libre de cualquiera de las dos cosas! Pero si hubiera abrigado una sospecha o pergeñado algo en tu contra, ahora que veo tu rostro, me hallaría desarmado, pues, de veras, no tienes la mirada de una asesina. Si fueras malvada, ¿de dónde sacarías el derecho y el descaro para descubrir y juzgar el mal? ¡La naturaleza se subleva contra ello!

Se produjo un silencio.

—Pero ¿qué es ese estruendo sordo que sacude el piso?

—Es el torrente —dijo la jueza— que roe la roca y se precipita al valle, por debajo del castillo.

—Es verdad, mujer —prosiguió el cortesano con franqueza—, que nunca me caíste bien, y te diré por qué. Este anciano que está aquí, mi padre, era un hombre tosco y violento. Lo digo a regañadientes: le hacía daño a mi madrecita, creo que la golpeaba. No me gusta pensar en eso. La encerró en el convento, tan pronto como ella se marchitó. De ahí que no pueda sorprender —teniendo en cuenta cómo somos los hombres— que yo no quisiera saber nada de ti, la que la expulsó de su lugar.

–Yo no. En esto estás siendo injusto conmigo. Ya que estamos sentados codo a codo, Wulfrin, ¿por qué no habría de contártelo? Yo no le causé ningún perjuicio a tu madre. Más fría e inerte que esta piedra estaba mi mano, cuando la estrecharon a la fuerza con la de tu padre. Sacada a rastras del calabozo, fui arrojada por el *judex*, que había estrangulado a mi favorito, un hombre tembloroso y medroso de baja extracción. No cualquier mujer te confiaría algo así, Wulfrin.

–Te creo –dijo este.

–Fue a una mujer compelida y humillada –subrayó ella– a quien tu padre, al morir, le otorgó la libertad. Y yo me convertí en señora de Malmart. Tienes motivos, Wulfrin, para examinar la causa. Es oscura y compleja. ¡Obsérvala desde todos los ángulos! Pues me concederás que si eliminé a tu padre, uno de los dos, yo o tú, está de más sobre la Tierra.

–¿Te estás burlando de mí? –se exaltó él–; pero no, tu mirada es seria y triste. Mira, mujer, andar interrogando y juzgando eternamente te ha vuelto martirizadora y severa y, a decir verdad, creo –sus ojos apuntaron hacia la piedra– que eres también una santurrona.

En torno a la cabeza femenina, él había leído las palabras: “*Orate pro magna peccatrice*”.²⁶

–Esto que está escrito aquí es exagerado.

–Soy una mujer religiosa –contestó Stemma–, pero ciertamente no soy una santurrona, pues solo creo lo que he experimentado con mi propio corazón. Tu criado, el cantero Arbogast, me preguntó con la sencillez que le es propia qué podía escribirme alrededor de la cabeza. En su patria suaba es usual, para mujeres nobles, la inscripción: Orad por una pecadora. “Escríbeme”, le dije, “Orad por la gran pecadora”, pues estabas en lo cierto, Wulfrin, al decir que lo que hago, lo hago a lo grande.

–¡Qué bonito! –exclamó el cortesano, pero no en respuesta a esta autoglorificación, sino al dirigir la cabeza hacia lo alto, en donde Palma estaba de pie y tocaba la pequeña campana de sonido agudo. Se había demorado un largo rato en la escalera de caracol y desde los ventanucos había vuelto la vista atrás, hacia el hermano del que la habían privado. En la amplia apertura de la bóveda perteneciente a la torre dorada por los primeros rayos del sol, una criatura luminosa se balanceaba en el sonoro cielo matutino. El cortesano vio a un ángel

○

²⁶ (Latín): “Orad por una gran pecadora”.

tintineante, algo así como el que reproduce en las adornadas iniciales de un precioso salterio un monje versado en el uso de los colores. Una efusividad de la que se avergonzaba conmovió y colmó su corazón. Después de todo esta encomiable niña lo había salvado de la muerte.

Entretanto, en el patio del castillo se congregó la servidumbre de la jueza, que contaba con unas cien cabezas, hombres y mujeres, una estirpe sombría, vigorosa y bronceada por el sol, que examinaba al que llevaba yelmo con más hostilidad que curiosidad. Este, descubriendo entre ellos a Palma, que había descendido nuevamente al suelo, se abrió camino y, como si quisiera vengarse por la devoción pasajera que sintió por una criatura terrenal, le apoyó la mano en el hombro y, al dar con su boca floreciente, la besó con vehemencia. Ella tembló de placer y trató de responder, pero la jueza, más rápida, tomó su mano con la izquierda, ofreció la derecha a Wulfrin, y condujo a ambos al medio de su pueblo.

—Hermano y hermana —proclamó, y de nuevo volviéndose hacia el otro lado—: Hermana y hermano.

Algo por el estilo era lo que ya habían supuesto los sirvientes y las criadas, pues el parecido de Wulfrin con el conde de piedra era inequívoco, solo que el padre se había vivificado y ennoblecido en el hijo, por no hablar del cuerno al costado de Wulfrin, que proporcionaba un testimonio visible de su linaje.

Solo la arrugada madrecita Sibylle, que estaba sorda como una tapia, no había escuchado ni comprendido nada. Riendo para sus adentros, dio unos pasos alrededor de la muchacha, dándole pellizcos y palmadas; sonrió con sarcasmo, confanzudamente, y barbulló con la boca desdentada:

—¡Oh, pequeño y querido señor mío! ¡Con qué hombre ha dado tu madre! Como para rejuvenecerse. De París lo han mandado, de los mozos que están al servicio del poderoso. ¡Cabello rizado, espléndida mercancía!

—¡Cállate la boca, bruja! —le gritó el sirviente Dionys al oído a la madrecita—, ¡es el hermano! —Y ella repuso:

—Eso digo, Dionys: ¡Gnadenreich es un señor confortante y ejemplar, pero este que está aquí es un guerrero potente e impetuoso! ¡Oh, dichosa de ti, pequeña Palma! —y habría seguido parlotando de ese modo impertinente aún por un buen rato, si no la hubieran hecho retroceder y si no hubieran refrenado su boca atrevida. Pues la oración de la mañana estaba comenzando, y ya un grupo que se encontraba

más lejos entonaba la letanía. El oficio matutino se ordenó de manera espontánea, se formó un semicírculo, en el medio del cual la jueza dirigía el cansino canto, que, repitiendo los mismos ritmos y frases de un modo cada vez más apremiante y apasionado, invocaba el cielo de Malmort.

Wulfrin, que, sin saber cómo, había llegado a uno de los extremos del devoto círculo, se vio frente a su hermana. Todos se habían prosternado, excepto él y la jueza. Sus miradas estaban pendientes de Palma. Reclinada sobre ambas rodillas, con las manos plegadas sobre el regazo, cantaba fervientemente con las jóvenes criadas recias. Pero la alegría que colmaba su pecho y con la que celebraba haber recuperado por fin al hermano, al nuevo y buen compañero, hacía resplandecer sus ojos y daba tal júbilo a sus labios que ante eso la letanía enmudeció. Abiertos, estos devolvían a través del aire el beso del hermano. Y entonces, irguiéndose a medias, extendió también los brazos hacia él. No fue más que un gesto fugaz, pero que rezumaba tanto ardor y juventud que Wulfrin hizo involuntariamente un movimiento de rechazo, como si le infligieran una violencia.

—¡Qué salvaje! —se río a hurtadillas—. ¡Pero le va a dar mucho hilo que torcer al bravo Gnadenreich! ¡Todavía tengo que domesticarle y adiestrarle la exuberancia salvaje para que no dé coces contra el piadoso muchacho! ¡Tan solo espera!

Y para dar comienzo a la instrucción, en el momento en que la jueza pronunció el amén y Palma se abalanzaba hacia él, este se apartó de ella, acercándose en cambio a la señora Stemma, que lo tomó de la mano, lo condujo ceremoniosamente al centro del círculo y empezó a decir con voz férrea:

—¡Pueblo mío! Aquellos de vosotros, hombres o mujeres, que tengan edad suficiente para haber estado aquí hace dieciséis años, cuando yo recibí al conde que venía de vengar a vuestro derrotado señor, el *judex*, ¡los que tengan edad suficiente y hayan estado presentes que se queden! Vosotros, jóvenes, dejadnos, ¡tú también, Palma!

Obedecieron. Palma se retiró refunfuñando al rincón más apartado del castillo, un bastión semicircular, que, un par de escalones por debajo del patio, descollaba sobre el abismo escarpado por el cual el torrente de montaña se precipitaba hacia el valle en colosal caída. Se sentó en la ancha losa del parapeto, miró, apoyándose sobre su brazo, la vaporosa espuma, blanca como la nieve, que, con su fina llovizna, le

refrescaba las mejillas, y oyó lo único que le devolvía el tumulto de la profundidad, el júbilo y la impaciencia de su propio corazón.

Detrás de ella, en el patio, la negociación jurídica seguía su curso, y al alegato sucedía la réplica, en forma veloz pero comedida, a una señal de la jueza.

—Aquí está el hijo del conde. Le debéis la verdad. Decidla. ¿Tenéis presente la imagen de aquella hora?

—“Como si fuera hoy...” “Veo cómo el conde salta del corcel...” “Todos nosotros...” “Jadeando y resoplando...” “Tú le ofreciste la copa...” “Tres buenos tragos...” “Con uno, vació la copa...” “Se desplomó...” “Sin decir palabra...” “Quedó tendido”.

—¿Lo juráis por vuestra parte en la cruz? —preguntó ella.

—Es así y de ningún otro modo. ¡Por nuestra parte en la cruz! —contestaron jurando al unísono.

—¡Wulfrin, por favor, pareces distraído! ¿Dónde estás? ¡Concéntrate! Atropelladamente y de mala gana, él levantó la mano.

La jueza lo tomó del brazo.

—¡Que no haya ligerezas! —advirtió—. ¡Pregunta, investiga, examina, antes de absolverme! ¡Estás cometiendo un acto serio, un acto importante!²⁷

Wulfrin se desprendió de ella.

—¡Absuelvo a la jueza por la muerte del conde y que me condenen si alguna vez remuevo este asunto! —juró airadamente.

El patio del castillo comenzó a quedar vacío. Wulfrin se quedó con la mirada perdida y, pese a estar convencido de la inocencia de la jueza y aliviado por haber terminado con una causa odiosa, percibió que nacía un reproche de su interior, como si mediante su mala predisposición y su precipitación hubiese entregado y ultrajado a su padre. De este modo permaneció de pie, impasible, mientras la jueza se acercó lentamente a él, se paró frente a su pecho y con facilidad alzó la cadena y el cuerno por encima de su cabeza.

—Como prenda de mi absolución y de nuestra paz —dijo amistosamente—. No soporto su sonido. —Y dio un paso a través del patio, descendiendo los escalones y saliendo al bastión, y arrojó el cuerno, con la mano derecha extendida, a la profundidad atronadora.

○

²⁷ El modo en que la jueza expresa esta última advertencia (*Du begehst eine ernste, eine wichtige Tat!*) contiene una notable ambigüedad, ya que *Tat* significa en alemán tanto “acto” como “crimen”.

En ese momento Wulfrin volvió en sí y se apresuró a ir tras ella, para reclamarle la herencia de su padre. Llegó demasiado tarde. Mientras observaba el abismo ensordecedor que se había tragado el cuerno, escuchó allí abajo un hostil canto triunfal de tubas y relinchos. En las planicies, su oído se había desacostumbrado a los discursos estruendosos de los torrentes de montaña. Al levantar nuevamente la vista, la jueza había desaparecido. A su lado solo se encontraba Palma, que lo abrazó y le dio un beso en la boca con efusividad.

—¡Déjame! —gritó él, sacándosela de encima.

Capítulo tercero

La jueza estaba, junto con Wulfrin, de pie al lado de una ventana de Malmort, a través de la cual entraba el resplandor de el fondo del valle, con sus torres y caseríos, como una aromática lejanía, y ella le mostraba la magnitud de sus posesiones.

—Este es el territorio sobre el que gobierno —dijo—, y Palma será mi sucesora. Pero a ti, Wulfrin, te he escogido hace ya mucho tiempo para que, en el caso de que yo muera, le asegures a tu hermana esta vasta herencia, lo cual además es tu deber como hermano.

—Todo planeado, pero aún lejano —dijo él.

—Lejos o cerca. Tú eres su protector natural. No puedo casar a mi hija con ninguno de los poderosos de este país, pues son una estirpe indisciplinada y autodestructiva. ¡Eso sería atarla a la cola de un caballo espoleado! ¡No hay castillo a la redonda que esté libre de crimen! ¿Tiene que morírseme mi hija en una querella familiar o en la venganza de un asesinato? Sí, si le encontrara un hombre bueno y fuerte como tú, me quedaría tranquila y podría liberarte, en adelante no tendrías que cumplir ningún deber para con ella. No conozco otro partido para ella más que Gnadenreich, y este posee la tierra como un hombre paciente, de acuerdo con la promesa bíblica,²⁸ pero no puede afirmarla contra los violentos, cuyo número es legión. Recién sus hijos serán hombres, en virtud de mi sangre. Hasta que estos vengan al mundo y crezcan,

○

²⁸ Alusión al evangelio según Mateo (cf. Mateo: 5, 5: "Felices los pacientes porque recibirán la tierra en herencia").

ya habrás tenido que asistir con tu mano acorazada²⁹ a Gnadenreich y a Palma y que ejercer el gobierno. Pues no cabalgarás eternamente con el emperador. Quizás también, quién sabe, él te ascienda a conde de esta llanura, u obtengas de mí un castillo, aquel –señaló una torre en el horizonte– u otro, como tú prefieras. O te alojarás aquí, en mi propia y firme Malmort. –Con confianza, apoyó la mano sobre el hombro de él.

–Pero, mujer –dijo este–, ¡estás viva! –Y ella replicó:

–Mientras viva, gobierno yo.

–Entonces no hay apuro –le respondió él–. Está claro que a mi hermana no puede pasarle nada, y yo te lo prometo. ¡Pero ahora debo partir, hoy mismo!, ¡dentro de una hora!

–¿Para unirme al emperador? Ya le has enviado a mi Rudio, que conoce el terreno, con la certera noticia de que los lombardos están atrincherados en el Monte Mauro y de que todavía habrá que mandar una embestida sangrienta en su contra. El señor Carlos se encuentra en Mediolanum,³⁰ por lo que sabemos. De modo que no hace falta que te apures.

–Ya me he quedado aquí mucho tiempo, echo de menos los estribos –dijo el cortesano, y la jueza le contestó con condescendencia:

–Entonces, concédeme aún el día de hoy. Me gustaría que celebres el compromiso de Palma. ¿Por qué no se lo ve por aquí a Gnadenreich? Cauteloso como es, permanece bien encerrado en su Pratum³¹ a causa de los lombardos, a pesar de a que, según creo, los de por aquí se han esfumado. ¿Sabes qué? Ve y tráelo. ¿O conoces un hombre mejor para tu hermana?

–No, mujer, ¡si a ella le gusta! Pero ¿yo qué tengo que andar aconsejando y haciendo en esto? Es asunto tuyo y del clérigo que los despose. Yo quiero ir a ensillar el caballo negro que me regalaste.

Ella le dirigió una mirada preocupada.

○

²⁹ La jueza usa aquí una expresión elevada, *die Hand über jemanden halten*, que significa literalmente “mantener la mano sobre alguien” y proviene de un antiguo uso jurídico según el cual, cuando la persona que tiene la competencia de indultar pone su mano sobre un acusado o condenado, este queda libre de cualquier proceso o pena; por extensión, se usa también con el significado de “brindar protección o asistencia a alguien”. Este es un buen ejemplo del lenguaje culto y sofisticado de este personaje, que recurre con frecuencia a diversos tecnicismos y expresiones del ámbito del derecho.

³⁰ Nombre latino dado antiguamente a la actual ciudad de Milán; su significado es “centro del territorio”.

³¹ El nombre del lugar en que vive Gnadenreich significa “prado” en latín.

—¿Qué te pasa, Wulfrin? ¡Te ves pálido! ¿No te encuentras bien aquí? Y tratas a Palma como a una muñeca, te la quitas de encima a empujones, y luego la acaricias de nuevo. Estás corrompiendo a mi niña. ¿Dónde aprendiste esas costumbres?

—Es cargosa —dijo él—. Me gusta estar libre de ataduras y no puedo tolerar que se peguen a mí. Me persigue y se pone a llorar cuando la echo. Tengo entonces que consolarla otra vez. ¡Es insoportable! Estoy acostumbrado a las vastas planicies y a los grandes espacios; en este pedazo de roca todo está comprimido. Las montañas constriñen, el patio oprime, el torrente turba; ¡en cada rincón, en cada escalera, los mismos rostros! ¡Abominable Malmort! No me retendrás aquí. No dejaré que me encierren entre estos muros. No cuentes con eso, mujer.

—Me causas dolor —dijo ella.

Él se arrepintió de su severo discurso.

—¡Mujer, déjame marcharme! —le pidió—. Y para que te des por satisfecha, hoy mismo te traeré a Gnadenreich y celebraremos el compromiso de mi hermana. ¿Dónde vive?

—Te lo agradezco, Wulfrin. Graciusus vive no lejos de aquí, en Pratum. —Señaló hacia un barranco destruido, sobre el cual se elevaba una verde pastura—. Te daré a alguien que te guíe. Ese muchacho —indicó hacia abajo, en dirección al patio, en el que un joven pastor se dedicaba a afilar una guadaña. Palma estaba de pie a su lado y charlaba.

—Gabriel —lo llamó la jueza—, conduce al señor Wulfrin a Pratum.

—¿Al cortesano? ¡Con gusto! —se alborozó el mozo.

—Sueña —explicó la jueza— con cabalgar detrás del emperador. Míralo.

—¿Puedo ir con ellos? —preguntó Palma, irguiendo la cabeza.

—No —dijo la jueza.

—¡Hermano! —rogó, extendiendo las manos.

—¡Otra vez! ¡Qué diablos! —maldijo este. Los ojos de ella se llenaron de lágrimas—. ¡Pues ven, locuela!

Cuando los tres estaban parados, con las cabezas descubiertas y dispuestos a partir, bajo el húmedo portón, mientras alrededor pegaba el sol, la jueza, que los acompañaba, dijo a Wulfrin:

—¡Pongo a Palma en tus manos: cuídala!

—¡Aleluya! ¡Adelante, ángel Gabriel! —gritó la muchacha con regocijo.

Abajo, junto al camino del castillo, el joven pastor dijo:

—Señor, hay dos caminos a Pratum. Uno sube por el barranco, el otro por arriba de la pastura. —Señaló con la mano—. Si a ti y a la joven señora

les place, tomamos este último. Arriba la vista es amplia y amena, y podría enturbiarse hacia la noche. Hay algo tormentoso en el aire.

—¡Sí, por arriba de la pastura, Wulfrin! —exclamó Palma—. Quiero mostrarte allí mi lago —y, con ropa liviana, se encaminó a través de una clara pradera, que pronto comenzó a ascender y a hacerse cada vez más empinada.

Ligera, como yendo sobre alas, con el pecho que respiraba libremente, la muchacha caminó cuesta arriba y se mantuvo fresca y lozana como una fuente que manaba bajo el sol abrasador. La montaña se regocijaba con la niña. Mariposas brillantes revoloteaban alrededor de su cabeza, y el viento jugaba con su cabello rubio.

Wulfrin volvió la cabeza hacia Malmort, que, con su gris resplandor, apenas se destacaba en el paisaje matutino.

—¿Qué me pasó —se preguntó— entre aquellos muros? ¿Cómo pudo inquietarme esta criatura inocente, esta alegre compañera, esta ágil gamuza de ojos claros y pies ligeros? —Comenzó a sentirse bien, y le agradó que el muchacho se pusiese a conversar.

Gabriel habló sobre los lombardos, a quienes, como espía de la jueza, había seguido furtivamente. Estaban en todas partes y en ninguna. Anidaban en los collados, acechaban a los mensajeros y despojaban a los demorados. Se embriagaban con el caliente vino del otro lado que habían robado, alardeaban con armas usurpadas, fantaseaban con fabricar una corona de hierro y renegaban el curso del mundo o lo maldecían. Elevaban plegarias al demonio, que conduce el regimiento, “y no obstante”, concluyó el muchacho, “son cristianos fervorosos, pues roban de nuestras iglesias todas las reliquias sagradas, tantas como pueden saquear. Es hora de que el señor emperador ponga orden y les imponga distritos fijos y un juez”.

Cuando Gabriel mencionó al emperador, cuya renovada dignidad proyectaba su brillo hasta en estas salvajes montañas, sus ojos se entusiasmaron y exclamó:

—¡A este y a ningún otro quiero servir! ¡Me llamo Gabriel y me gusta dar puñetazos, pero más me gustaría llamarme Michael³² y golpear con la espada! Habrá seguramente algo cierto en eso, y el emperador tiene siempre razón, pues es uno con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Él ha asumido el gobierno del mundo y, empuñando una espada refulgente, resguarda la fe cristiana y el reino milenario.

○

³² En alusión al arcángel Miguel.

Wulfrin tuvo entonces que describirle al emperador, las puntas de su corona, el largo manto azul, el semblante meditabundo, la cabeza rapada, el bigote colgante, “que nosotros, los cortesanos, le imitamos”, dijo riendo.

—¿Cómo es la mirada del emperador? —inquirió Palma, y Wulfrin le contestó sin pensar:

—Clemente.

Los niños escuchaban con devoción y admiraban al hombre que alternaba con el señor del mundo; no obstante, tan pronto como alcanzaron la altura en la que el pasto se extendía, la devoción había pasado. Gabriel lanzaba gritos de júbilo contra una sobria pared rocosa, que respondía al grito del muchacho jugando con benevolencia, y Palma, tomando de la mano al cortesano, caminó hacia aguas verdes oscuras que la pared, con sus sombras gigantescas, ocultaba aún del sol ya alto. Rodearon la orilla sembrada de bloques de roca hasta llegar a un promontorio enmohecido que ofrecía blandos asientos. Ahí ella lo obligó a sentarse, y cuando estuvieron allí, dijo:

—Ahora se cumplió el cuento de hadas sobre el hermano y la hermana que vagabundean juntos por montañas y valles. Todo se ha cumplido en forma hermosa.

—¿Aquí abajo también vive alguien? —le dijo burlonamente Wulfrin al mozo. Gabriel evitó la respuesta, pues no quería ponerse en ridículo ante el cortesano.

—Historias necias —se rió este— los elfos no existen.

—No —dijo Gabriel pensativamente, y se rascó la oreja—, no existen, solo que no hay que invocarlos con palabras descomedidas o arrojarles piedras al agua. Pero, señor, ¿dónde tienes tu cuerno? Lo llevabas en el costado cuando llegaste a Malmort.

—Se cayó al río —le respondió el cortesano de manera esquiva.

—Eso no está bien —opinó el muchacho.

—¡Ea, Gabriel! —gritaron a lo lejos, y otro joven pastor se dejó ver—. Un potro se extravió por los Alpes de Grun, negro como el carbón, con una mancha blanca en la frente. Apuesto a que es de Malmort.

Gabriel se levantó de un salto.

—¡Santa madre de Dios —exclamó—, esa es nuestra Magra, tengo que ir tras ella! Estimado señor, dispénsame. Te orientarás. Un hombre es más juicioso que un animal. Allá —señaló hacia la derecha—, ¿ves la cresta roja que está ahí? Búscala, Pratum está detrás. La pequeña señora también lo sabe. —Y ya se había marchado, sin preocuparse por la respuesta.

–Palma –rió Wulfrin–, ¿y si allí abajo relumbrara un espíritu femenino?

–A mí no me asombraría –dijo ella–. A menudo, cuando me acuesto aquí, me levanto, descendo despacio hasta la orilla y pruebo el agua con el dedo del pie. Y entonces tengo la sensación de desprenderme de mí misma, y nado y chapoteo en el torrente. ¡Pero mira!

Señaló un majestuoso macizo nevado que surgía de entre las nubes ante ellos. Sus líneas transfiguradas se alzaban en el cielo límpido, con pureza y gracia pero sin filo, como si no quisieran arañarlo ni lastimarlo, y eran ambas cosas, gravedad y encanto, fuerza y delicadeza, como si se hubieran formado antes de que la Creación se escindiera en hombre y mujer, en juventud y vejez.

–Ahora la montaña nevada está radiante y exultante –dijo Palma–, pero de noche, a la luz de la luna, se viste con un traje azulado y habla secreta y anhelantemente. Cuando hace poco me demoré aquí, el dulce resplandor obró sobre mí, me arrancó lágrimas y me quitó el corazón del cuerpo. ¡Pero mira! –repitió.

Una nube flotaba sobre las cumbres blancas, sin tocarlas, un festejo celestial con figuras que se transformaban lentamente. Aquí un brazo se alzaba con una copa, allí amigos o amantes se inclinaban el uno hacia el otro, y por lo bajo se oía el sonido aéreo de un arpa. Palma llevó el dedo a la boca.

–¡Silencio –susurró–, son bienaventurados!³³ –La pareja contempló calladamente el elevado viaje, pero la alegría celestial escrutada por miradas terrenales se disolvió y se desvaneció.

–¡Quedáos!, ¡o idos! –exclamó Palma, haciendo gestos de júbilo–. ¡Somos bienaventurados como vosotros! ¿No es cierto, hermano? –y miró con ojos embriagados el fondo de los de él.

Llegó la hora sofocante del mediodía con su encantamiento cautivante. Palma abrazó al hermano con amor e inocencia. Como el viento, acarició su cabello rizado, y lo besó soñadoramente, como el lago besaba la ribera que estaba a sus pies. Pero Wulfrin se sumergió en la naturaleza y se aunó con la vida de la tierra. Su pecho se hinchó. Su corazón latía como si fuera a estallar. Ante sus ojos ardían llamas...

Entonces, una voz infantil exclamó:

–¡Pero mira, Wulfrin, cómo se abrazan en la profundidad!

La mirada de este se deslizó hacia abajo, hasta el sombrío torrente, que duplicaba las rocas y la orilla y la pareja de hermanos.

○

³³ En alemán *Selige* significa tanto “bienaventurados” como “difuntos”.

—¿Quiénes son esos dos? —exclamó él.

—Nosotros, hermano —dijo Palma con timidez, y Wulfrin se estremeció porque tenía en sus brazos a su hermana. Sacudido por un escalofrío, se levantó de un salto, y sin darse vuelta para mirar a Palma, que lo seguía de cerca, se apresuró a dirigirse hacia el sol y la cresta cercana, donde ahora una figura con un sombrero amplio y un largo bastón parecía montar guardia.

—¡Hola!, ¡hola! —dijo Gnadenreich para dar la bienvenida a los hermanos, sin dar un paso de su sitio. Solo extendió la mano hacia ellos—. Tuve que prometer solemnemente a mi tío —explicó— que, mientras dure el peligro de los lombardos, protegería la frontera de mis prados, pero no la traspasaría, pues Pratum es un feudo del obispado, y la Iglesia mantiene la paz. ¡Sé bienvenido, Wulfrin, y tú no menos, Palma! —Sus miradas fueron rápido desde el cortesano a la muchacha: ambos parecían cohibidos. Él también se sintió incómodo, pues creía saber la causa de su viaje, y como ellos callaban, se puso a hablar profusamente.

—Al buen tío le han jugado una mala pasada —contó—. Estábamos los tres sentados de sobremesa en la habitación, pues la jueza había venido a Coira para instar al obispo a tomar las armas contra los lombardos, cosa que este, como hijo de la paz, tuvo que negarle. Mientras comíamos las nueces, la señora Stemma y mi tío discutían, como suelen hacer, sobre la bondad de la naturaleza humana. Ahora bien, hacía poco habían tenido lugar dos alarmantes historias. A Jucunda, la joven esposa del de Montafon,³⁴ a la que el obispo Felix había confirmado...

—Conmigo. Era su preferida —exclamó Palma, que caminaba nuevamente muy cerca del cortesano.

—¡Silencio! —dijo este, reacio, y la muchacha se encaminó hacia una flor.

—...su marido la sorprendió con un paje y la arrojó por la ventana del castillo. Pocos días más tarde, en medio del patio del convento, el de Schams, tras un breve intercambio de palabras, le rompió el cráneo al de Bergün,³⁵ pese a que acababan de besarse y de comulgar juntos en el sermón sacerdotal del tío. Esto fue lo que le recriminó la señora

○

³⁴ El Montafon (también llamado Montafu en el dialecto de la zona) es un valle austriaco que se extiende desde la ciudad de Bludenz hasta el cordón montañoso de Silvretta, en la zona central de los Alpes orientales.

³⁵ Schams y Bergün son dos localidades situadas en el actual cantón suizo de Grisonia.

Stemma, pero el tío replicó: “Esos son efusiones y oscurecimientos momentáneos de la razón, pero la naturaleza es buena y mejora más aún en virtud de la gracia”. ¡El tío es un poco pelagiano,³⁶ ji, ji!

—¿Pelagiano? —preguntó el cortesano distraído, pues su mirada llamaba a Palma, que enseguida dio un brinco para regresar a su lado—. ¿Eso no es un tipo de guerrero griego?

—Pero no, Wulfrin, es un tipo de hereje. Pues bien: la señora Stemma y el tío discutían sobre el mal. Entonces, el obispo, que es corto de vista, ve una llama en Felicitas —tal es el nombre que le dio a la elevación cercana, en la que tiene una casa de verano. “Festegramos la retirada de los lombardos”, sonrió. La señora Stemma miró hacia allí y comentó en su estilo sereno: “Me parece que son ellos mismos”, y por cierto estos bailaban sobre la colina como demonios en torno al fuego.

—En ese momento se oye un estruendo en la plaza. Un bribón entra precipitadamente y dice: “¡Obispo, obra conforme al Evangelio y dame el hábito, después de haber llenado sus bolsillos de sólidos bizantinos, pues tus mantos ya los hemos robado allí en la sacristía!”. El tío se quedó duro. En ese momento, el lombardo se dirigió hacia Stemma, que estaba sentada en penumbras, “¡La mujer que está ahí”, se mofó él, “tiene una aureola en torno a la cabeza, trae aquí la diadema!”. Entonces la señora Stemma se levantó y traspasó al hombre con sus terribles ojos: “¡Doblégate!”. “Pues sí”, dijo él, “¡la jueza!” y dobló la rodilla. Cuando el pobre tío por fin respiró aliviado, después de que los cofres y las cajas quedaran hechos pedazos, el sujeto infernal volvió a llamarlo a la ventana desde la plaza de la catedral. Con los pies descalzos, montó el caballo más hermoso del convento, al que echó encima un mantel púrpura del altar —él mismo se había echado sobre los hombros una casulla—, y con el báculo pastoral de Coira robado le propinó al caballo blanco de la Iglesia un golpe tal sobre las ancas relucientes, que este se empinó hasta quedar vertical y el báculo se hizo pedazos. “¡Obispo, bendíceme!”

○

³⁶ Seguidor de Pelagio (ca. 350-425), monje considerado hereje tanto por la Iglesia romana como por la protestante por su rechazo de la doctrina del pecado original, así como de la necesidad del bautismo en la infancia, dado que para él la humanidad nace libre de culpa. En contra de lo que sostiene Agustín en su obra tardía, Pelagio defiende la idea de que la gracia divina no es necesaria para la salvación y que alcanza, en cambio, con las buenas obras, pues el hombre, en virtud de su libre albedrío, puede practicar el bien por sí mismo. De ahí que quienes viven al margen de Cristo no estén condenados forzosamente a vivir en el pecado, pues la elección de obedecer a Dios es responsabilidad de cada persona.

gritó el lombardo. En su religiosidad, mi tío se dominó. “¡Ve en paz, hijo mío!” dijo alzando las manos.

“¡A ti, obispo”, gritó el lombardo, “que te lleve el diablo!”

“¡Vete tú también al diablo!” le devolvió el tío. En realidad, no debí haberlo contado –concluyó Gnadenreich, a medias arrepentido–, es algo que enfadó terriblemente al tío.

Palma se había reído, el cortesano también frunció la boca, y Gnadenreich se fue poniendo cada vez más locuaz y expansivo.

–No nos hemos visto por una eternidad, Wulfrin –dijo–. Me fui de Roma poco después que tú, pero ¡qué no habré vivido allí! ¡Qué buenas relaciones entablé! Fui a buscar tu librito al palacio y encontré al mismo que lo escribió. ¡Qué cabeza! ¡Casi demasiado pesada para el pequeño cuerpo! ¡Y todo lo que lleva metido dentro de ella! Durante apenas un breve cuarto de hora disfruté de la presencia del hombre célebre, pero en este diminuto lapso de tiempo me afianzó en todo lo bueno para el resto de mis días. Luego llaman a la puerta muy humilde y suavemente, y ¿quién hizo su entrada...? ¡Por favor, Wulfrin!... el emperador. Yo me moría de reverencia. Pero él se mostró benevolente y se deleitó, ¡figúrate! con tu historia, Wulfrin, que me hizo contarle...

En ese momento, Graciosus dejó de oír sus propias palabras, pues se metieron entre los rebaños y el verde Pratum se llenó de balidos y berridos. Uno de los enjutos perros de montaña semejantes a lobos olfateó al cortesano, pero saltó luego cariñosamente sobre él y lo habría lamido, si Graciosus no hubiera reprendido al animal por su mala educación. Palma, en cambio, fue rodeada por las pastoras, que clavaron su vista en ella con admiración. La joven señora de Malmort era afable y les preguntó a todas por sus nombres y sus rebaños.

–Por cierto que no soy un charlatán –dijo Graciosus, después de haber abierto el paso–, pero comprendes que ante la orden del emperador tuve que informarle con pelos y señales acerca del cuerno y la copa, y sobre todo la asombrosa señora Stemma dio que pensar al eminente señor.

El cortesano miraba contrariado.

–¡Qué hombre! –alabó Gnadenreich–. ¡La sustancia y la cima del siglo! ¿Quién puede admirarlo lo suficiente? Y no obstante, pero no obstante... Wulfrin, oí que los cortesanos, cuyo trato no pude eludir del todo, hablaban de algo que me afligió profundamente, algo de una tal Regine... ¿sabés de qué se trata?

–Es su concubina –confesó Wulfrin con sinceridad.

—¡Mal, muy mal! ¡Una mancha en el sol! ¡No existe un ejemplo perfecto! ¿Y las hijas de Carlos?

—Rayos y centellas —se irritó Wulfrin—, ¿quién me mandó a hacer de protector de las hijas de Carlos?

—¡Las hijas de Carlos! —exclamó en medio de los rebaños Palma, que había oído desde lejos el estridente discurso de Wulfrin—. Se llaman: Hiltrud, Rotrud, Rothaid, Gisella, Bertha, Adaltrud und Himiltrud. Gnadenreich confeccionó un listado. —Las muchachas réticas repitieron los nombres, que les sonaban extraños, y entre risotadas de júbilo se llevaron a la joven señora.

Gnadenreich lentificó el paso. Buscó confianzudamente la mano del cortesano.

—El matrimonio es sagrado —dijo—, y el emperador, que está en una posición tan encumbrada, no debería olvidarlo. Has adivinado, Wulfrin, que he nacido fuera del matrimonio. Por eso lo tengo en alta estima y siento una verdadera pasión por ser en el mío un modelo de virtud. Una buena muchacha no se llevará mal conmigo. Conoces mi inclinación, en la que me mantengo firme, a pesar de que Palma me preocupa de cuando en cuando. Ahora estamos solos... hoy ella parece dócil... este podría ser el momento... si tú quisieras...

—Quédate tranquilo, Gnadenreich —lo animó Wulfrin—, la cosa está convenida.

Si uno de los malhechores que anidan en las rocas recias se hubiera apoderado con avidez de Palma, Wulfrin lo habría desafiado y habría desenvainado la espada, pero Graciosus era demasiado inofensivo como para guardarle rencor. Y él mismo se sintió de golpe sobrecogido por un oscuro terror de desposar a su hermana.

—¿Convenida? —preguntó Graciosus—, ¿quieres decir convenida entre tú y la jueza? ¿Pero a ti qué te parece?; ¿no es Palma al fin y al cabo demasiado traviesa y grande para mí?

—¡No seas tonto y déjate ya de titubeos! ¿La quieres?

Los caminantes habían traspuesto la ondulación de una colina y volvían a ver ahora a aquella de la que hablaban. Esta se había separado de las pastoras y estaba de pie ante uno de los arroyos profundos y correntosos que surcan la pradera de altura. A su lado deambulaba dando balidos un corderito que había perdido el rebaño y, sentada en la orilla, una mendiga con bocio se desprendía harapos sangrientos de su pie lastimado y lo lavaba con el agua fresca. Con presteza la muchacha se quitó los zapatos, los colocó con una mirada compasiva junto a

la débil mental, alzó en brazos al cordero, vadeó con él la corriente y lo dejó ir tras su rebaño.

En ese momento Gnadenreich sintió una iluminación.

—¡Me atrevo! ¡La acepto! —clamó—. ¡Es buena y misericordiosa con toda clase de criatura!

—¡Pues entonces adelántate y dispón que se prepare el banquete de bodas! Haré la solicitud en tu nombre. ¿Pero ese es tu castillo? —A alguna distancia se erguía una torre circular edificada recientemente en una zona de corrales y establos, sobre la cual en ese momento el viento alpino³⁷ arrastraba un gigantesco dragón de nubes. Gnadenreich dobló hacia un costado, buscando el puente, mientras el cortesano cruzaba de un salto el arroyo correntoso.

Wulfrin alcanzó a su hermana.

—¿Caminas descalza, noviecita?

—No soy ninguna noviecita, y ¿de qué me sirven los zapatos, si no me está permitido ir contigo por el mundo?

—No eres tan insensata como para estar hablando en serio, y la mujer en Pratum no está autorizada a andar sin calzado.

—Gnadenreich no ha abierto la boca para hablarme.

—A través de la mía pide tu mano. Te aconsejo que lo aceptes, si no amas a otro.

Ella negó con la cabeza.

—Solo a ti, Wulfrin.

—Eso no cuenta.

Levantó sus ojos claros hacia él.

—¿Tanto te complacería que lo hiciera?

Él asintió.

—Entonces lo hago por ti.

—Eres una buena niña. —Le acarició la mejilla—. Yo os protegeré para que no os pase nada malo, y seré el padrino de vuestro primer hijo.

Ella no se sonrojó, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pues bien —dijo—, pero caminemos despacio, así tardamos una hora hasta llegar a Pratum. —La torre se erguía ante ellos. Para el cortesano, ahora que entregaba a su hermana, se volvió evidente que esta era lo máspreciado que había sobre la Tierra.

○

³⁷ En alemán, *Föhn*, es decir, un viento caluroso que sopla desde el Sur, en particular en la cara norte de los Alpes.

—Aquí reinaremos como los ángeles —dijo Gracioso, después de haber conducido a sus huéspedes, subiendo por la escalera de caracol y atravesando los aposentos de su torre, hasta la almena en la que estaba dispuesto el banquete. Junto a los panes, había sobre la mesa un cuenco de leche con la cuchara tallada y una jarra llena de vino negro oscuro, una vajilla episcopal, pues llevaba grabadas la mitra y los dos báculos pastorales. Los tres estaban sentados en *el mismo* banco, la muchacha en el medio. El parapeto circundante llegaba tan alto que era difícil mirar por encima de él. Solo el cielo era visible, y en él se amontonaban siniestras nubes de un amarillo sulfúreo.

—La leche, para mí; para ti, el vino, Wulfrin —dijo Gracioso—. Afortunadamente este salió del sótano del obispo antes de que lo vaciaran los lombardos. Pero ¿por quién se inclina la señorita Palma?

—Por ti —opinó el cortesano.

Gracioso pronunció la oración previa a la comida.

—¡Y ahora di también la otra fórmula, vamos, Gnadenreich! —lo animó Wulfrin.

Sucedió entonces que al sobrino del obispo, por muy elocuente que fuera, no se le ocurrió ninguna de todas las cosas tiernas y sensatas que desde hacía tiempo tenía pensadas para este instante decisivo. Desconcertado, miró los cálidos ojos castaños. En ese momento se acordó del corderito y de los pies descalzos y entró en un piadoso estado de ánimo.

—Palma novella —confesó—, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma y todo mi ánimo.

Fue hermoso. La muchacha quedó conmovida y le tendió la mano. Tampoco a Wulfrin le disgustó esa declaración.

—¡Pero ahora queremos divertirnos un poco! —exclamó—. ¡Por vosotros! —Levantó la jarra y bebió. Gracioso tomó una cucharada de leche y se la ofreció en la boca a su prometida. No era el único que hacía eso en Pratum, pero Gnadenreich quería celebrar un acto simbólico.

Cuando se disponía a abrir sus labios rojos, ella dijo:

—Hoy me repele la leche. Dame de beber, Wulfrin. —Este le alcanzó la jarra, y ella sorbió tan precipitadamente que él se la volvió a quitar de las manos. Después de eso pareció agotada, pues poco a poco fue dejando que su cabeza se hundiera sobre el hombro y los brazos y se adormeció. El aire del viento alpino³⁸ se caldeó hasta llegar a ser

○

³⁸ Cf. nota anterior.

sofocante. Wulfrin y Graciosus se quedaron igualmente mudos, y este se las arregló para terminar su leche a cucharadas y finalmente, de acuerdo con la costumbre del lugar, llevar el cuenco a la boca con las dos manos. Wulfrin observaba la joven nuca. No se contuvo y la rozó con sus labios. Ella se despertó.

–Pero estamos sentados en la torre como los tres encantados –dijo ella–. Ve, Gnadenreich, tráenos el libro en el que está reproducido el hermano, el del convento, sabes, el que mostraste en tu última visita a mi madre, mientras yo miraba por encima de su hombro. –Gnadenreich la complació, pero de visible mala gana.

Palma buscó y encontró la lámina. Sobre el texto en latín se reproducía con trazos netos y colores claros cómo un hombre con yelmo extendía el brazo hacia una muchacha que parecía perseguirlo, rechazándola. Nada le parecía tener en común con el guerrero aparte del yelmo, pero cuanto más contemplaba a la muchacha pintada, más comenzaba a asemejarse, con sus ojos castaños y sus cabellos dorados, a Palma. No obstante, en torno al personaje, estaba escrito: “Byblis”.³⁹

–Cuenta y explica, Gnadenreich –pidió Palma. Graciosus se quedó mudo–. Pues bien, entonces lo explico yo. Este que está aquí es el hermano en Malmort, tal como era en un comienzo, y me está apartando de sí.

–¡Esto no es para ti, Palma! –se opuso Graciosus alarmado–, ¡déjalo! –y le quitó el libro de las manos.

–¡Vosotros dos sois unos aburridos! –refunfuñó ella–. Mejor me voy. Del otro lado, en la ladera, vi que había arbustos tupidos con rosas en flor. Quiero tejarme una guirnalda –y se escabulló.

Un rayo enceguecedor pasó sobre Pratum y recorrió las venas del cortesano como un fuego.

–¿Por qué le quitaste el libro? –preguntó irritado.

–Porque no es para muchachas –se justificó Gnadenreich.

–¿Por qué no?

–La hermana del libro ama al hermano.

–Por supuesto que lo ama. ¿Qué hay de malo en eso?

Graciosus contestó poniendo cara de repugnancia:

○

³⁹ Se trata de la historia de Byblis, narrada por Ovidio en sus *Metamorfosis*: esta ama a su hermano Caunos, quien la rechaza en repetidas ocasiones y termina por huir de su patria ante la insistencia de ella en un amor prohibido. Byblis va entonces tras su hermano pero, antes de dar con él, cae rendida, agotada por la persecución y llorando lágrimas de desconsuelo, y entonces es convertida en manantial.

–¡Lo ama de un modo pecaminoso! Lo desea.

Wulfrin se puso lívido y fue empalideciendo.

–¡Calla, infame! –gritó con rasgos descompuestos–, ¡o te arrojo por encima del muro!

–Por Dios –tartamudeó Graciusus–, ¿qué te pasa? ¿Estás embrujado? ¿Te estás volviendo loco? –Se alejó de un salto de Wulfrin y del libro, en el que este clavaba la vista con una mirada de espanto–. Te lo suplico, Wulfrin, entra en razón y escucha lo que te digo: ¡eso fue imaginado por un poeta pagano, que inventó con ligereza e infundió algo que no debe ni puede ser, que sería una abominación entre cristianos y paganos!

–¿Y tú lees libros tan despreciables y te solazas en el maligno, granuja?

–¡Leo con ojos cristianos –se defendió Gnadenreich, ofendido–, para estar alerta y precavido, para conocer al tentador y no caer en el pecado por inadvertencia!

Las manos del cortesano temblaban y se crispaban sobre la lámina.

–¡Por todos los santos, Wulfrin, no destruyas el libro! ¡Es el más preciado del convento!

–¡Al fuego con él! –gritó el cortesano, y como allí no había ningún fogón más que el que ardía en el cielo abierto, desgarró la lámina en pedazos y los arrojó hacia arriba, a la arremolinada tormenta.

Se produjo un silencio. Graciusus observaba dando gemidos el libro mutilado, mientras Wulfrin cavilaba con los brazos entrecruzados y mirada siniestra. Así estaba, cuando Palma, que regresaba, se le acercó sigilosamente y le puso la liviana guirnalda que había tejido sobre la cabeza abrumada.

Al percibir el trenzado, se sobresaltó, se lo arrancó de un tirón, lo hizo pedazos y lo arrojó profiriendo una maldición a los pies de la muchacha acalorada por la marcha.

En ese momento los ojos de ella echaron llamas y se irguió cuan alta era:

–¡Execrable de ti! ¿A mí me haces esto? –Le salían arrebatadamente lágrimas–. ¡Ahora para perjudicarte no aceptaré tampoco a Gnadenreich!

–Palma –ordenó este–, ¡vuelves inmediatamente a casa! ¡Por arriba de la pradera! ¡Y no te desvíes! ¡Yo voy por el desfiladero! ¡Si te cruzas en mi camino, te arrojo al torrente!

Ella lo miró desconsoladamente. La palidez mortal, el cabello desgredado, el semblante desdichado de Wulfrin la colmaron de temor y compasión. Hizo un movimiento hacia él, como si quisiera sostener con ambas manos sus palpitantes sienes.

—¡Fuera! —gritó él, desenvainando la espada.

Entonces, ella se dio vuelta. Él miró a través del parapeto y vio cómo ella se apresuraba a atravesar la pradera marchando con fiereza. Él también abandonó el castillo, y, guiado por el cercano estrépito del torrente, tomó el camino hacia el desfiladero, el más temible de Recia. Gnadenreich no le dio ninguna escolta.

Cuando descendía al barranco en el que el torrente se embravecía y buscaba el sendero en el matorral, su pie o el rayo que alumbró lo que tenía adelante sobresaltaron a una horrible ave nocturna, y, dando un silbido, un murciélago se enredó en su cabello. Estaba poniendo el pie en un infierno. Por encima del vertiginoso raudal giraban y se retorcían formas monstruosas, que el cielo en llamas arrancaba unas de otras y que volvían a enlazarse en las tinieblas. Ya nada quedaba allí de las leyes luminosas y las bellas proporciones de la Tierra. Era un mundo de arbitrariedad, obstinación, revuelta. Brazos extendidos lanzaban pedazos de roca hacia el cielo. Aquí emergía a partir del muro una cabeza amenazadora, allí un cuerpo poderoso colgaba sobre el abismo. En medio de la vaporosa espuma blanca yacía un gigante que hacía que todo lo que caía e impactaba se estampara contra su pecho y rugía de gozo. Wulfrin, sin embargo, avanzaba sin temor, pues se sentía bien entre estos seres sin ley. A él también lo asaltaron ganas de rebelarse, se deslizó sobre una plancha natural, dejó que sus pies colgaran sobre la profundidad que lo llamaba y salpicaba, y cantó y lanzó gritos de alborozo con el abismo.

En ese momento, la mirada fija de su cabeza inclinada hacia atrás se posó en una mujer vestida con un hábito, que estaba sentada al borde del camino.

—Sor, ¿qué crimen has cometido? —le preguntó. —Ella le contestó:

—Soy Faustine y envenené a mi esposo. ¿Y tú, señor, en qué consiste tu crimen?

Riendo, contestó:

—¡Deseo a mi hermana!

Entonces la asesina se horrorizó, se persignó reiteradamente y partió tan veloz como pudo. Él también se sorprendió y se estremeció

ante las palabras de su secreto, pronunciadas en voz alta. Esto lo perturbó, y huyó de sí mismo. Un fuerte movimiento giratorio hizo que el piso se estremeciera, como si se abriera para engullirlo. Ante él se precipitaba hacia abajo el poderoso bloque de una pared escarpada, y con un segundo salto fue a dar al burbujeante caudal.

El cielo calló un instante, y Wulfrin avanzó a tientas en la noche oscura. Entonces el desfiladero se iluminó de nuevo y en un abeto que se abalanzaba sobre el abismo vio que su hermana caminaba en su dirección con los pies descalzos y seguros y en ese momento se hallaba ante él y le tocaba las rodillas.

—¿Qué te hice? —lloraba—, ¿por qué huyes, por qué lanzas imprecaciones en mi contra? Hermano, hermano, ¿qué pecado he cometido en tu perjuicio? ¡No alcanzo a comprenderlo! ¡Mira, tengo que seguirte, es más fuerte que yo! Iba caminando por el otro lado cuando vi la pasarela. ¡Prefiero que me mates! ¡No puedo vivir si me odias! ¡Cumple tu amenaza!

Lanzó un grito, la agarró, la arrojó, vio a la luz de la tormenta cómo ella daba contra la roca, trastabillaba, tanteaba y sus rodillas cedían. Se inclinó sobre la muchacha abatida. Ella no se movía, había sangre adherida a su frente. Entonces él la alzó contra su pecho con sus vigorosos brazos y avanzó unos pasos, sin saber hacia dónde, abrazando a su amor, en dirección al valle.

Había dejado atrás el despeñadero, cuando algo pasó a su lado dando un zumbido, y vio a un mozo que trataba de domar un asustadizo corcel.

—¡Eh, Gabriel —le gritó—, dile a la jueza que prepare la sala y disponga el banquete! ¡Que encienda mil antorchas! ¡Que Malmort resplandezca! ¡Voy a contraer matrimonio con mi hermana! —La tormenta devoró las frenéticas palabras. Malmort, con sus torres, se erguía en tinieblas, recortándose contra el cielo nocturno, aún relampagueante.

Mientras subía con su carga el sendero que conducía al castillo, vio que arriba había luces que corrían de un lado al otro. Luego se topó con la angustiada madre, que se había apresurado a salir a su encuentro, a mitad de camino.

—Wulfrin —imploró con los brazos extendidos—, ¿dónde tienes a Palma?

—Tómala —dijo él, y le ofreció a la muchacha exánime.

Capítulo cuarto

Cuando Wulfrin se despertó al día siguiente, yacía bajo la enramada de un imponente pino cembro, que proyectaba una sombra oscura, mientras que las praderas circundantes refulgían ya al sol del mediodía. Acababa de tener, respirando el perfume aromático del bosque, un sueño jovial y dichoso con la competición en una arena romana y en el lanzamiento de jabalina había ganado una corona de laureles. Su sangre fluía con calma y su frente estaba despejada.

Después de que el día anterior hubiera puesto a Palma en los brazos de su madre, había vuelto a partir hacia la oscuridad. Con pasos alocados, marchando sin descanso, había recorrido a diestro y siniestro la región de Malmort hasta mucho después de la medianoche, y luego, al alba, se había echado por tierra y hundido en un sueño plúmbeo.

Se encontraba en una pradera rodeada por colinas levemente onduladas, lejos del tañido de las campanas del rebaño, en profunda soledad. Solo un pájaro carpintero martilleaba, y dos ardillas correteaban y retozaban en medio de la verde parcela. Wulfrin se frotó los ojos soñolientos y miró a su alrededor. Allí, por encima del borde de la colina, descubrió los tejados y los picos de las torres de Malmort. Se dejó resbalar sobre la ladera y desaparecieron.

Poco a poco lo ocurrido el día anterior se le fue acercando, él lo rechazaba, desconfiaba de ello, no quería ni podía creerlo. ¿No era él el hombre fuerte y libre, alegre y confiable que miraba a los ojos al enemigo y cortaba con la espada la confusión? ¿Qué había sucedido entonces? Una enigmática mujer lo había obligado a jurar aquello de lo que él no dudaba. Una muchacha que en el aburrimiento de un castillo de montaña se había imaginado al hermano más perfecto, se había abalanzado hacia él y se le había colgado alocadamente del cuello. Una maliciosa copa de un vino inusual o la imagen de una fábula licenciosa o el tórrido hálito del viento alpino⁴⁰ o cualquier otra cosa lo habían aturdido y perturbado. Y lo que había arrojado al peñasco no era la hermana –¿cómo habría podido ella atravesar la garganta del abismo?–, sino algún espejismo de la tormentosa noche.

–Y si era mi hermana y la hice pedazos, me he librado de ella –se empecinó y, al mismo tiempo, se apoderó de él una compasión infinita y

○

⁴⁰ Cf. nota 31.

el más ferviente amor a la joven vida que había maltratado y aniquilado. La vio con todos sus ademanes, cada una de sus dulces e inocentes palabras tomó forma, contempló sus ojos ora dichosos, ora compungidos. En ese momento sintió que ella, llorando y acariciándolo, se unía a él, y supo que ella todavía vivía y respiraba—. ¡Alma mía! ¡Sangre de mis venas! —exclamó, y nuevamente—: ¡Palma! ¡Palma!

—¡...alma! —repitió el eco.

—¡Palma, esposa mía! —El eco se horrorizó y enmudeció.

Un escalofrío mortal le corrió por la médula. Apoyándose sobre la mano derecha, se levantó a medias del suelo y se llevó la izquierda al pecho sangrante como en el campo de batalla.

—¡Golpe bien asestado!⁴¹ —gimió—. ¡Soy el desaforado, el transgresor, el maldito! ¡Debo morir para que mi hermana viva! ¿Pero cómo he podido ofender al cielo?, ¿cómo he podido tentar al infierno? —Rápidamente revisó su vida, sin encontrar en ella ninguna mácula, solo alguna falta venial—. ¡Ahora bien, si a uno le toca por algo será! Me ha tocado justamente la peor parte⁴² y no me asombra, ya que conozco bien las crueldades del campo de batalla. ¡Es pasajero! —No obstante, la existencia le pareció algo bien preciado, por más que en general la valorara con liviandad, ahora que había degustado, aunque entre intensos sobresaltos, su más profundo encanto y su más secreta gracia. Se llevó las manos vigorosas al rostro y sollozó...

De a poco las sombras se alargaron y todo quedó en silencio sobre la pradera. Entonces, una mano se posó sobre su hombro. Sin dar vuelta la cabeza, él dijo:

—Ya voy —y se dispuso a levantarse, pues sabía que era la muerte que venía a buscarlo para conducirlo al más escarpado abismo.

—¡Quédate allí, Wulfrin! —dijo suavemente la voz de la jueza—, voy a sentarme contigo —y la señora Stemma se deslizó a su lado sobre el musgo, en una túnica amplia y larga que le ocultaba hasta las puntas de los pies.

—¡No me toques! —gritó él, echándose hacia atrás—. ¡Soy un réprobo!

○

⁴¹ El personaje recurre aquí una expresión de esgrima (*es sitzt*), que se utiliza para indicar que un golpe es certero más por su precisión que por la fuerza con que se lo asesta.

⁴² En la expresión original (*Ich habe eben das schlimme Los aus dem Helme gezogen*, literalmente "he sacado del yelmo justamente la suerte mala"), el término *Los* ("suerte") designa un papel, palito u otro objeto, muchas veces señalado o marcado de un modo particular, cuya elección azarosa entre otros semejantes determina una cierta decisión o suerte; actualmente también significa "boleto [de lotería]" y, por extensión, "destino".

–Te he buscado mucho –dijo ella–. ¿Por qué te has quedado lejos? ¿Estás preocupado por Palma? No tiene más que heridas superficiales, pero cayó en un profundo desmayo. Al despertar, contó cómo os sorprendió ayer la tormenta en el desfiladero, cómo se resbaló y perdió el conocimiento. Sobre tus brazos la has cargado.

Wulfrin se quedó mudo.

–¿O acaso mintió y tú la arrojaste al peñasco para hacerla pedazos? Él asintió.

Ella guardó silencio durante un rato, luego elevó la mano y le tocó de nuevo el hombro.

–Wulfrin, odias a tu hermana o... ¡la amas! –Sintió cómo el cortesano se estremecía de pies a cabeza.

–Es horrible –gimió él.

–Es horrible –dijo ella–, pero no inexplicable. Crecisteis lejos el uno del otro, no os habituasteis a vuestros rostros y figuras, de manera que cuando os conocisteis erais totalmente novedosos el uno para el otro, como un hombre y una mujer extraños. ¡Ánimo! Grita una y otra vez a tus pensamientos y a tus sentidos: ¡Palma y Wulfrin son de la misma sangre! Tiritarán de horror y se enfriarán y no seguirán confundiendo la llama celestial del amor fraterno con el fuego creador de la Tierra.

Él no contestó –apenas había oído sus palabras–, sino que murmuró con ternura:

–¿Por que la bautizaste con el nombre Palma novella? ¡Es un nombre muy raro y hermoso!

Stemma respondió:

–La he llamado la joven Palma porque brotó fresca y alegre del escombros de la tumba, y ¡por mi vida! ¡al que ultraje a ese delgado tallo, lo juzgaré y lo mataré! Palma todavía es inocente. Tu furiosa llama no le ha chamuscado ni un pelito de las pestañas, ni la orla más externa de su vestido. Infortunado, ¿cómo te asaltó semejante pasión?

–¡Como una peste que humea desde el suelo! Pero mi ángel guardián me previno contra Malmort. Cuando me llamaste, hice oídos sordos. Cambié de rumbo y caí en manos de los lombardos. ¿Por qué atajaste la flecha de Witigis? –Bajó la mirada, clavándola delante de él. Luego gritó con desesperación y tomó y apretó el brazo de la jueza, fijando los ojos lúgubres en el semblante sereno–: Por la cabeza de Dios...

–Por la cabeza de Palma –dijo ella.

–¿Es mi hermana?

—¿Qué otra cosa podría ser? No sé nada diferente. ¿Qué te has imaginado?

—¡Entonces mi cabeza está perdida y peco cada vez que respiro! —Se levantó de un salto, mientras ella lo rodeaba con brazos nerviosos, de manera que él, al ponerse de pie, la levantó.

—¿Adónde vas, Wulfrin? ¿Hacia las profundidades? ¡No, no debes destruir este cuerpo vigoroso y este valiente corazón! ¡Toma tu corcel y vete! ¡Ve con tu emperador! ¡Mézclate con tus hermanos de armas! ¡Un par de días de cabalgata y te habrás curado y tu mirada será tan libre como la de los otros!

—No es posible —dijo desconsoladamente él—. No toleramos la más mínima mácula en nuestra legión, ¿y yo, como un traidor, tendría que ocultar la vergüenza entre nosotros?

—Entonces espolea tu corcel, cabalga día y noche, sobre la montaña y las llanuras, súbete a un barco, pon un mar y luego otro entre ella y tú, y cuando el delfín y la sirena floten a tu alrededor, islas y cabos emergerán ante ti desde el azul, recibirás aventuras temerarias y la belleza como botín!

—¿De qué me valdría? —dijo—. ¡Ella vendría conmigo, la sirena tendría su rostro y yo la abrazaría en cada mujer! Pues estoy eternamente casado con ella. ¡No, no puedo vivir!

—¡Eso es cobardía! —dijo ella por lo bajo.

El insulto le hizo subir la sangre a la cara como un golpe. Se levantó bruscamente.

—¡Tienes razón, mujer! —gritó—. No debo morir como un cobarde, tú misma debes juzgarme y condenarme. ¡A la luz del día, en medio de todo el pueblo he de confesar la atrocidad y cumplir la expiación! —Eso exclamó furiosamente indignado, pero luego su rostro se apaciguó, pues había encontrado la solución que le correspondía.

—¡Qué disparate! —dijo ella—. Cosas ocultas como esa no se confiesan al día, pues eres un criminal solo en tus pensamientos. Sin embargo, el crimen y solo el crimen puede ser juzgado.

—Mujer, ¡esto se revelará! Escucha lo que haré. Iré adonde está el emperador y le diré: ¡sabed que Wulfrin el cortesano desea a su propia sangre, a la hija de su padre! Es así, no puede evitarlo. ¡Eliminad del mundo al pecador! Y si el emperador dice: el crimen no está consumado, Wulfrin responderá: ¡lo consumo cada vez que respiro!

—Al amor pecaminoso entre hermanos —amenazó la señora Stemma— le corresponde el fuego.

Wulfrin rió.

–¿Y quieres exponerte ante el pueblo entero?

–Quiero hacerlo –dijo–, como el que soy.

–¿Te faltan entonces la razón y la fuerza para cargar con el secreto del pecado?

–Esas son maneras de mujer, gusto de mujer –dijo él despectivamente.

–¿Y vendrás con el emperador, y yo tendré que juzgarte?

–¡Tú!

–¡Lo haré! –dijo ella, y se alejó lentamente.

Ahora que Wulfrin creía decidido y cumplido su destino, la calma de la noche se posó sobre él. Permaneció bajo su pino cembro hasta que el sol cayó y el día lo siguió. Y así como aquel se puso con sus lanzas quebradas y su sangre se derramaba en el cielo, este se extinguió con él y vio cómo su hermana –la luz crepuscular– lo seguía, en túnica verde y con pasos silenciosos. No se arrepentía de haber depuesto la espada. “Allá les hará falta un guerrero”, se dijo y ya alternaba con los héroes difuntos.

Como era de noche y la luna brillaba, caminó quedamente cuesta abajo, pues pensaba llegar a un valle lateral y alcanzar a su emperador, sin tocar Malmort ni las huellas de su hermana. Recién el día del juicio quería volver a ver a ambas. Llegó hasta el torrente, que aquí, sin violencia ni caídas de agua, desbordaba con holgura escollos y rocas. La luz de la luna lo incitó a recostarse sobre un peñasco y fluir con las olas, sin deseos ni dolores. Él mismo se fundió con el sueño.

Entonces vio aparecer al elfo o al espíritu femenino. Blanco, nadaba en el torrente, una nuca destelló, y en ese instante el brazo reluciente alzó un cuerno plateado por la luna. Reconoció la parte de su herencia de la que lo habían despojado y se aproximó sin apuro ni asombro al afable prodigio.

–Señor Wulfrin –dijo, exultante, la voz de un muchacho–, ¡alégrate! ¡Te ha sido concedida suerte! ¡Tengo tu cuerno! –y Gabriel, que se había vuelto a poner su camisa de pastor, pegó un salto hacia él.

–Ya hoy al mediodía –contó– lo vi en el fondo mientras pescaba. Lo reconocí en seguida, pero no estaba solo y tuve que esperar a que se hiciera de noche. ¿Está allí desde hace mucho? –Sacudió el cuerno y, con cuidado, dejó que el agua se escurriera del interior–. ¡Ojalá no se haya arruinado! –Se lo llevó a la boca y lo sopló, de modo que las montañas retumbaron–. ¡Aquí tiene, señor! –dijo–. De veras, no le hizo nada. ¡Un buen cuerno!

Wulfrin lo tomó y se lo colgó en bandolera. Pero cuando se quiso sacar de la mano un anillo de oro –pieza de algún botín– para recompensar al muchacho, Gabriel se opuso.

–¡No, señor, prefiero que le digas al emperador una palabra en mi favor para que me permita cabalgar con vosotros! ¡Pero ahora debo regresar! Aún me queda trabajo por hacer en los establos. ¿Vienes conmigo? Conozco huellas que suben por las rocas y a través de una puertecita trasera llegaremos nuevamente al patio tan rápido como por el camino al castillo.

Y Wulfrin lo siguió. La destreza y la afabilidad del muchacho habían templado sus sentidos y su espíritu. La recuperación de su herencia hizo que se despertaran en él la imagen de su padre y el ánimo infantil. Y por más que el elfo se hubiera convertido en un muchacho humano, aún vibraba sobre el torrente un destello de la ayuda de los espíritus. –A fin de cuentas es mi padre –se dijo–, y vendrá en mi auxilio cuando pueda. Si todavía está en algún lado, no dejaré que yo muera miserablemente. Voy a llamarlo. Quizás conteste. Existe una creencia según la cual el muerto habla con sus hijos desde su tumba. ¡Me atreveré! ¡Tocaré el cuerno hasta despertarlo! Luego no le preguntaré más que esto: Padre, ¿Palma es tu hija? Si no habla, bien podrá asentir o negar con la cabeza. –Si bien el cortesano no dudaba de Stemma, cuyo ser ejercía algún poder sobre él, la contradicción entre la creencia en la viva y la pregunta al muerto lo preocupaba poco. Sentía, simplemente, que debía consultar y pedir consejo al padre –si es que podía acceder a él–, antes de dejar que lo acusaran y juzgaran. Pero su serenidad había desaparecido, su espíritu estaba tenso, y no escuchó una palabra de lo que el muchacho refirió durante el camino.

Igualmente inquieta caminaba Stemma detrás de la ventana iluminada, que el escalador veía elevarse sobre la peña del castillo. Desde lejanas profundidades, había llegado a ella un sonido que ella odiaba y que creía haber aniquilado. Mientras su hija dormitaba en el lecho, iba desconcertada de un lado al otro. Se imaginó a Wulfrin inculpándose ante el emperador y el pueblo de un crimen raro y hasta increíble, y la intranquilizó pensar en que ella tendría que juzgarlo y en cómo lo haría.

¿Era concebible que la naturaleza se descarriara de ese modo?, ¿que un hombre tan puro sucumbiera a semejante pecado? ¿No era más probable que un error o una mentira hubieran hecho de ellos hermano y hermana? La jueza habría sin duda indagado e investigado, si

ella no hubiese sido Stemma y su hija no hubiese sido Palma. Pero no podía investigar, pues habría descubierto algo soterrado, recompuesto un hecho despezado, y habría tenido que reintegrar un eslabón que ella misma había arrancado de la cadena de los acontecimientos.

En ese momento comenzó de golpe a hacérsele evidente que el pecado del inocente era la fatalidad que avanzaba contra ella misma.

—¿Me concierne a mí? ¿Están tramando un plan en mi contra? ¿Hay una conspiración en marcha? —gritó en dirección a la oscuridad.

En ese momento tuvo una visión. Contempló con los ojos del espíritu, a través de la pared que iba quedando en penumbras, a una gran distancia y sin embargo muy cerca, a una imponente mujer de terrible belleza. Estaba sentada, vistiendo una larga túnica azul, con una pizarra que se apoyaba sobre la rodilla levantada y un estilete en la mano, escribiendo o contando, buscando alguna solución. Después de meditar un poco, una sonrisa lenta y silenciosa se posó sobre su severa boca y pareció decir: “¡Así está bien y, mira, es tan sencillo!”.

Entonces, la jueza creyó verse ante una enemiga y le hizo frente, de mujer a mujer.

—¡No lo averiguarás! ¡No encontrarás testigos!

Pero la extraña mujer levantó la pizarra con las dos manos por encima de sus ojos claros como el sol y desapareció.

—¡No tienes testigos! —le gritó aún la jueza. Le respondió un llamado estremecedor, que penetraba desde todas las paredes, desde todos los muros, como si la trompeta hubiera sonado sobre Malmort.

Stemma se estremeció. Saltó al lecho de su hija, para sostenerla firmemente entre sus brazos, en el caso de que Malmort se desplomara. Palma no se había despertado, seguía durmiendo apaciblemente. La jueza reflexionó. ¿El pavoroso sonido no había sacudido de hecho y en verdad este aire, estas habitaciones, estos muros? ¿Palma no había sido arrancada de su profundísimo sueño? Era imposible que el vehementemente llamado no la hubiera despertado. La señora Stemma tenía no poca experiencia en cosas siniestras como esa: conocía los horrores de la imaginación y la lengua de los sentidos sobreexcitados. Lo había experimentado en los culpables que había juzgado y en ella misma.

—Mi oído ha resonado —dijo, temblando aún con el cuerpo entero.

Si hubiera podido ver a través de tarimas y muros, habría visto al pálido Wulfrin, que se arrodillaba junto a la tumba de su padre, hacía sonar el cuerno, invocándolo de un modo conmovedor, induciéndolo afectuosamente a que le respondiera. Habría visto cómo Wulfrin,

puesto que la piedra permanecía callada, se ponía otra vez el cuerno en la boca y, por último, desesperando, saltaba por encima del muro.

Una vez más, Malmort se sacudió en sus cimientos, más fuerte aún que la primera vez. Ya no quedaban dudas, era el cuerno de los lobos, que había arrojado en medio de la vaporosa espuma y la catarata y había visto hundirse en profundidades inaccesibles. Reflexionó sobre el angustiante enigma y no pudo resolverlo. Reflexionó hasta que se le hinchó la vena de la frente y la cabeza le zumbó.

Se le ocurrió entonces, en esa mala hora, pensar en el conde, farfuleando sentado entre los juncos y con la pesada cabeza devanando sin cesar si la señora Stemma le había hecho daño.

—¡Está visitando su tumba y hace sonar su cuerno! ¡Perturba la noche! ¡Siembra confusión en Malmort! ¡Sobresalta el país! ¡No lo toleraré! ¡Se lo prohíbo! ¡Haré callar al insurgente! —Y la locura se apoderó de esa frente.

Sin darse vuelta para mirar a Palma, se precipitó furiosa hacia abajo por la escalera de caracol y salió al patio, en el que el conde y su propia efigie yacían en el sepulcro. Allí arriba flotaba una incierta luz crepuscular, ya que una nube liviana velaba la luna. El conde dejó que su cuerno resbalara hacia atrás, y la Stemma de piedra alzó las manos como si suplicara: “¡Guarda el secreto!”.

La jueza estaba de pie, airada, frente al que perturbaba la paz.

—Malicioso —increpó—, ¿por qué martirizas mis oídos y alborotas mi reino? ¡Sé lo que estás elucubrando y me propongo aclararte las cosas! ¡El *judex* no te ha dado ninguna doncella! ¡Yo llevaba la hija de otro! ¡Jamás debiste tocarme, borrachín, y al séptimo día Malmort te enterró! ¿Ves este veneno? —Levantó la botellita del pecho—. ¿Por qué yo, que te serví la muerte, seguí viviendo? Tonto, ¿un antídoto me protegía! ¡Ahora lo sabes! ¡Palma novella te asesinó bajo mi corazón! ¡Y ahora deja de torturarme!

Así de crudas y desvergonzadas fueron las palabras de la jueza.

Volviendo en sí por su imprecación proferida en voz alta, observó nuevamente al conde, que yacía ahora bajo la clarísima luz de la luna. La terrible historia no lo inquietó, seguía acostado, inmóvil, con los pies extendidos. En ese momento ella vio que le había hablado a la piedra, y estalló en una carcajada.

—¡Hoy la loca soy yo! —dijo—. Me voy a la cama.

Se dio vuelta. Palma novella estaba de pie detrás de ella, lívida, con ojos atónitos, el rostro descompuesto, petrificada de horror. El segun-

do soplido del cuerno la había despertado, y se había deslizado sigilosamente siguiendo a su madre con pies inquietos.

Ambas estaban de pie, como hechizadas, una frente a la otra. Luego Stemma agarró a la muchacha del brazo y la llevó a rastras de regreso al castillo. Ella misma le había dado a su secreto una boca y un testigo, y este testigo era su hija.

Capítulo quinto

Desde que el cortesano había desaparecido de Malmort, el silencio y la desazón caían sobre las pesadas murallas. La servidumbre rumoraba toda clase de cosas, y los criados y las criadas cuchicheaban. Decían que la joven señora estaba enferma. Que algo le había hecho daño. Que algún maleficio –ya fuera que hubiese encontrado una hechicera o engullido una hierba venenosa o bebido de una fuente dañina– le había robado a la pobre la razón. Se murmuraba que le faltaba el sueño, que lloraba sin cesar y no dejaba ni que la consolaran, ni que la tocaran siquiera. Que la comida y la bebida le repugnaban y que estaba hecha piel y huesos. Que la bulliciosa e indómita muchacha se había vuelto silenciosa y dócil, y que el hilo de su vida había llegado a ser tan delgado que corría el riesgo de romperse. Que la jueza, preocupada, la seguía a sol y sombra y no le perdía pisada ni la perdía de vista.

Dos criadas estaban paradas junto a la fuente, susurrando. Benedicta se había encontrado inesperadamente en el pasillo con la joven señora e intentó besarle la mano, como era debido. Decía que Palma había retrocedido asustada y gritado: “¡No me toques!”. Verónica había espiado por el ojo de la cerradura y ¿qué había distinguido? Algo completamente increíble: la orgullosa señora Stemma prosternada ante su hija, abrazándole y acariciándole las rodillas y suplicándole la gracia de que abriera la boca y probara un bocado.

Las criadas enmudecieron, levantaron los cántaros sobre sus cabezas y se escabulleron, una después de la otra, mientras la jueza pasaba lentamente con Palma por la puerta y descendía los escalones. La señora Stemma sostenía a la muchacha, que, mísera y destrozada, ya no parecía ella misma. Palma caminaba con la espalda encorvada y las

rodillas inseguras. Grandes, pero sin brillo ni calor, los ojos sobresalían del rostro demacrado.

—Ven, hijita —dijo la señora Stemma—, tienes que tomar aire —y abrió una verja que conducía a una pradera llena de chirridos y zumbidos, que revestía un vasto promontorio, levemente inclinado, del encumbrado castillo y se perdía en una luminosa lejanía, más allá del confín de la invisible profundidad.

Se sentaron en un banco y la señora Stemma contempló a su hija. Entonces se encolerizó y al mismo tiempo lloró en su corazón por la devastación de lo único que amaba. Sin embargo, se mantuvo erguida y se contuvo con sus últimas fuerzas.

—¡Cómo! —se dijo—, ¿es posible que no consiga embaucar este pequeño cerebro, dominar este corazoncito?

—Hija mía —comenzó—, aquí estamos solas. Hablemos de nuevo entre nosotras con toda claridad y sensatez...

—Si quieres, madre.

—...hablemos entre nosotras de la locura de aquella noche. Yo velaba, tú dormías. Se oyó entonces un ruido en el patio. Yo bajé, no era nada, y me reí de mi susto vano. Me doy vuelta. Estás de pie delante de mí, sonámbula, con los ojos abiertos y fijos. Yo te agarro y te llevo de regreso a la casa. Y te despiertas del sueño aborrecible que ahora te atormenta y te consume.

—Sí y no, madre. Me despertó un llamado, te veo salir precipitadamente y sigo tus pasos. Estabas de pie en el patio, delante de las efigies de piedra y reprendías al padre y le contabas...—se detuvo con un escalofrío.

—¿Qué le contaba? —preguntó la jueza.

—Decías —Palma habló muy bajo— que yo no soy su hija. Decías que yo ya yacía debajo de tu corazón. Decías que tú y yo lo habíamos matado.

—Locuela querida —se rió la señora Stemma—, concentra tus ideas y no te pierdas ninguna de mis palabras. ¿Yo habría hablado con una piedra?, ¿como una supersticiosa?, ¿o una loca? ¿Me tomas por tal? ¿Y que no eres la hija del conde? ¿Con qué otro estuve casada? ¿No te he contado que yo era una prisionera en Malmort, hasta que el conde me desposó? ¿Y yo habría matado a mi marido? ¿Yo, la jueza y médica del país, habría preparado veneno? ¿Puedes creerlo? ¿Te parece posible?

—¡No, madre, no! ¡Y no obstante, tú lo has dicho!

—¡Palma, Palma, no me maltrates! ¡Si no, debería odiarte!

Palma rompió a llorar desconsoladamente y se arrojó al pecho de su madre, que apretó contra sí la cabeza sollozante.

–Me matas con tu llanto –dijo–. ¡Pero créeme, loquita!

Palma alzó el rostro y miró a su alrededor.

–¿Es un cabrito el que está paciando aquí, en este extremo, madre?

–Sí, Palma.

–¿Son las campanas de *Maria in valle* las que están sonando allí? –Señaló un convento que refulgía en el valle.

–Sí, Palma.

–Es tan cierto que ahora no estoy soñando, que el cabrito está paciando y que suenan las campanas de la pequeña iglesia como que no soñé que estabas de pie ante el padre de Wulfrin y que le dirigías la palabra. Fue así, es así. Siempre has dicho la verdad, madre.

–Te digo, Palma, que es un sueño. Y quiero que sea un sueño.

Palma replicó suavemente:

–¡No me mientas, madre! Hace un instante, cuando me apretaste contra ti, he sentido el filoso cristal que sacaste de tu pecho y le mostraste al conde.

La jueza se levantó rápido, dirigiendo una mirada hostil a su hija, pero lentamente volvió a deslizarse sobre el banco, y después de clavar la mirada en el piso durante un rato, dijo:

–Si así fuera y yo hubiera hecho eso, habría sido por ti.

–Ya lo sé –dijo Palma con tristeza.

–Si lo hice –repitió Stemma–, lo hice por amor a ti. Maté para que mi hija permaneciera pura.

Palma se estremeció.

–¿Por qué has penetrado en mi secreto, desdichada? –susurró Stemma con rabia–. Yo lo guardaba. Evitaba que te vieras expuesta a él. ¡Me lo robaste! ¡Ahora es también el tuyo y debes ayudarme a sobrellevarlo! ¡Aprende a fingir, hija, no cuesta tanto como crees! Pero ¿en qué estás pensando? ¡Estás ausente! ¿Qué es lo que estás soñando?

–¿Qué se hizo de Wulfrin? –preguntó ella por lo bajo, y un débil sonrojo se encendió y desapareció de sus hundidas mejillas.

–No lo sé –dijo la jueza.

–Ahora entiendo que me aborreciera –se lamentó Palma–. ¡Oh, miserable de mí! Me rechazó porque olía en mí el asesinato. ¡Me horrorizo de mi propio cuerpo! ¡Ojalá yaciera despedazada!

–¡No tengas miedo! Wulfrin no recela de nada. Es crédulo y confía.

—¡Confía! —gritó Palma, indignada—. ¡Pues entonces iré a su encuentro para decirle todas las cosas como son! ¡Correré hasta encontrarlo! —Intentó levantarse de un salto; no hizo falta que la madre la retuviera, agotada y sin fuerzas, se hundió en el seno de esta.

—¡Voy a traicionarte, madre!

—No lo harás —dijo tranquilamente Stemma—. Mi hija no atestiguará en contra de mí.

—No, madre.

La jueza acariciaba a Palma. Esta la dejaba hacer. A continuación habló nuevamente:

—Madre, ¿sabes qué? ¡Confesaremos la verdad!

La señora Stemma cavilaba con una mirada lóbrega. Luego dijo:

—¡No me tortures! Aunque quisiera, no me estaría permitido. ¡Por este! —e indicó su territorio—. ¡Si llegara a saberse que durante muchos años aquí el pecado ha juzgado al pecado, miles de conciencias se extraviarían y se desmoronaría la fe en la justicia! ¡Palma! ¡Debes callar!

—¡Entonces callaré!

—¡Eres mi valiente Palma! —y la jueza selló su boca con un beso—. Pero hija, hija, ¿qué te sucede? —Los ojos de Palma estaban mortalmente rígidos, y su corazón apenas latía, bajo la mano de la madre que lo palpaba. Esta recostó a la muchacha medio exánime y, desesperada, se apresuró a regresar al castillo.

Volvió con un cuenco de vino y un pedacito de pan. Se arrodilló, rompió y ensopó un bocado y se lo ofreció a la desfalleciente. Esta le dio la espalda.

La jueza le pidió e imploró entonces:

—¡Come, hija mía, hazlo por tu madre! —Palma quiso entonces obedecer y abrió la boca desvaída, pero esta se rehusó a servirle.

Stemma veía a una moribunda. Entonces ella también murió. Su corazón se detuvo. Un espasmo mortal le demudó el semblante. Se quedó por un rato arrodillada, rígida y petrificada. Luego el semblante de la jueza se transfiguró, y una lluvia de pureza la bañó de la cabeza a los pies.

—Palma —dijo tiernamente, y este cálido sonido hizo que se abrieran los párpados de su hija—, Palma, ¿qué te parece esto? Invito al emperador a Malmort. Comparecemos mano a mano ante él, confesamos y él juzga. —En ese momento, se regocijaron los ojos de Palma, que recuperó el pulso.

—Come un bocado —dijo la jueza y dio alimento y bebida a su hija.

Llevó a la muchacha reanimada de regreso al patio. En el medio de este, estaba Rudio, resoplando aún por la cabalgata.

—¡Salvación y gloria para ti, señora! —exclamó exultante—. ¡Anuncio al emperador! ¡El altísimo te busca! ¡Se aproxima! ¡Está muy cerca y toda Recia viene con él!

—¡Alabado sea por eso! —respondió la jueza—. ¡Ven, hija, vamos a ataviarnos!

Cuando el emperador Carlos hubo escalado el camino al castillo con todo el pueblo, ordenó que la servidumbre y el séquito permanecieran delante del portón y entró solo al patio de Malmort. Stemma y Palma estaban de pie allí, con ropajes blancos. La jueza dio unos pasos hacia el soberano e hizo una genuflexión. Detrás de ella, Palma hizo lo mismo. Carlos levantó a la jueza del suelo y dijo:

—Eres la señora de Malmort. He recibido tu mensaje y estoy aquí para poner orden, como exigiste. Aquí la libertad ha degenerado en crimen y la fuerza, en arbitrariedad. Quiero nombrar un conde para estas montañas. ¿Conoces al hombre que necesito?

—Lo conozco —contestó la jueza—. Es Wulfrin, hijo de Wulf, tu cortesano, un hombre leal y valiente, aunque sin duda aún crédulo e inexperto, pero los años lo harán madurar.

—Lo traigo conmigo —dijo el emperador—, pero como uno que se acusa a sí mismo y ansía tu juicio, se acusa de un crimen tan grande que no atino a creerlo. Mujer, hoy, bajo este radiante cielo de montaña, me fue dada una señal. Delante del castillo, mi corcel se espantó de una muerta, que yacía en medio del camino. Hice que la levantaran. Es una de tus esclavas. Está aguardando ante el umbral.

Bajó la voz:

—Mujer, ¿qué es lo que esconde Malmort? Si fueras alguien diferente de quien aparentas ser y estuvieras parada sobre un crimen soterrado, tu balanza sería falsa y tu juicio, una iniquidad. Durante muchos años has gobernado este lugar honrosamente. Entrégate a mis manos. Mía es la gracia. ¿O te atreves a juzgar a Wulfrin?

—Señor —respondió ella—, lo juzgaré a él y a mí misma bajo tus ojos, conforme a la justicia —Carlos la contempló asombrado. La verdad la hacía resplandecer.

—Pues entonces cumple con tu función —dijo él.

Luego se dirigió a la muchacha arrodillada.

—¡Palma novella! —dijo y la alzó hacia sí. Ella lo miró con ojos implorantes y confiados, y el corazón de este se conmovió.

–Rudio –ordenó la jueza–, ¡trae a Faustine! –El castellano obedeció y trajo la carga, que apoyó junto a la lápida–. ¡Ahora abre la puerta, ábrela de par en par! ¡Que entre todo el pueblo, que observe y escuche!

El aluvión entró arremolinadamente por los portones y llenó el espacio. Los cortesanos se congregaron en torno al emperador, entre ellos Alcuino y Gracioso, mientras la multitud, codo con codo, trepaba incluso al portal y la muralla, un círculo compacto y callado, en medio del cual descollaba la figura del emperador, en un largo manto azul, con ojos brillantes. A su lado, Stemma y su hija. Delante de los tres estaba Wulfrin y dijo, sin despegar la mirada de Stemma:

–¡Ahora júzgame!

–¡Ten paciencia! –dijo ella–. Primero voy a referirme a esta –y señaló a la exánime Faustine, que estaba sentada, con los ojos rígidos y los brazos colgando, junto al sepulcro.

–Recios –dijo, y se produjo el más profundo silencio–, ¡conocéis a esta que está aquí! Vivió entre vosotros como una mujer recta, por tal la teníais. Ahora su boca está sellada, pues si no fuera así exclamaría: “¡Os equivocáis con respecto a mí! Soy una pecadora. Yo, que llevaba en mi seno a la hija de otro, asesiné a mi marido...”.

–Mujer –gritó Wulfrin con impaciencia–, ¡qué importa la criada! ¡Déjame hablar, juzga mi crimen, para que esto acabe!

–¡Enseguida! Pero primero, Wulfrin..., ¿no es cierto que, si esta que está aquí –señaló a Palma–, no fuera la hija de tu padre; si no fuera tu hermana, sino otra, una extraña, tu crimen se desbarataría por sí mismo?

–¡Mujer, mujer! –balbuceó.

–Emperador y recios –exclamó Stemma con voz vehemente–, yo hice lo mismo que Faustine. ¡Yo también era la mujer de un muerto! ¡Yo también asesiné a mi esposo! El ama es igual que la esclava. ¡Escuchad! ¡Estos dos no tienen ni una gota de sangre en común! –Extendió el brazo, separando a Wulfrin de Palma–. ¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Ni una gota de la misma sangre corre por este hombre y por esta mujer! ¿Tenéis dudas? Os pongo un testigo. Palma novella, la hija de Stemma y del clérigo Peregrin, descubrió el secreto de mi crimen. Cree en él y está muriendo porque digo la verdad. ¡Testifica, Palma!

Todas las miradas se dirigieron a la muchacha, que estaba allí con la cabeza gacha. Palma movió los labios.

–¡Más fuerte! –ordenó la jueza.

Palma pronunció, ahora de manera audible, el verso de la misa:
 –*Concepit in iniquitatibus me mater mea...*⁴³
 Entonces el pueblo lo creyó y se horrorizó, y cayó de rodillas y murmuró:
 –¡*Miserere mei!*⁴⁴
 Wulfrin extendió los brazos y gritó hacia el cielo:
 –¡Te agradezco no haber pecado!
 Carlos, en cambio, se acercó a Palma y la cubrió con su manto.
 –¡Ahora sé *tú* quien juzgue, emperador! –dijo Stemma.
 –¡Júzgate *tú* misma! –contestó Carlos.
 –Yo no –dijo ella, se dio vuelta hacia el pueblo y exclamó–: ¡Juicio de Dios!⁴⁵ ¿Queréis juicio de Dios?
 Este dijo, gritó, bramó:
 –¡Juicio de Dios!
 Entonces la jueza dijo solemnemente:
 –¡A veneno muerto, crimen muerto! ¡A crimen vivo, veneno vivo!
 –y levantó el cristal del pecho y lo vació.
 Se mantuvo de pie durante un rato, luego dio un paso y otro más, vacilante, en dirección a Wulfrin.
 –¡Sé fuerte! –suspiró y se desplomó. Rudio se inclinó sobre la muerta, la alzó en brazos y la llevó hacia Faustine. Esta estaba sentada allí, junto a la tumba, pero la sierva se inclinó y hundió el rostro en el seno de su señora.
 En ese momento el emperador descubrió a la muchacha, que lanzó una mirada transida de dolor hacia la madre, unió las manos y ordenó:
 –*Oremus pro magna peccatrice!*⁴⁶
 Todo el pueblo rezó.
 Luego él dijo con voz clemente:
 –¿Qué será de esta niña? No me marcharé hasta no saberlo. ¿Qué aconsejas, Alcuino?
 –¡Que haga los votos! –exclamó el abad.
 –¿Antes de haber vivido? –gritó Wulfrin asustado.

○

⁴³ Cf. *supra*, nota 10.

⁴⁴ (Latín): "Ten piedad de mí".

⁴⁵ El juicio de Dios (en alemán, *Gottesurteil*) es una institución del derecho medieval europeo mediante la cual se pretendía establecer la culpabilidad o inocencia de una persona acusada de algún crimen sometiéndola a una dura prueba; si esta salía ilesa o poco lastimada, era señal de que contaba con el favor divino y no se le impartía ningún otro castigo.

⁴⁶ Cf. *supra*, nota 26.

–Se me ocurre entonces otra cosa. Gracioso –el abad lo tenía de la mano–, este joven piadoso que está aquí, le tiene afecto a la pobre...

–Señor abad –lo interrumpió Gnadenreich, excitado–, esto supera las fuerzas humanas. Me causa espanto la hija de la asesina. ¡Que todos los espíritus benignos alaben a Dios, nuestro Señor!

Wulfrin pegó un salto hasta quedar en el medio.

–Emperador y todos vosotros –exclamó–, ¡Palma novella es *mía*!

Entonces Carlos dijo:

–Hijo de Wulf, ¿pides la mano de la hija de la asesina? ¿Superarás a los demonios?

–¡Los sofocaré entre mis brazos! ¡Ayúdame a derrotarlos, emperador!

Carlos ordenó a la muchacha que se pusiera de rodillas y le impuso las manos sobre la cabeza.

–¡Huérfana! ¡Hago las veces de tu padre! ¡Entierra a la que fue tu madre! ¡Que este me siga al campo de batalla! ¡Dejemos que Dios decida! ¡Si regresa y hace sonar el cuerno, alégrate, Palma novella, llena la copa y pronuncia la fórmula! ¡Entonces, Rudio encenderá la antorcha nupcial y la lanzará sobre el andamiaje de Malmort!

**EL DISPARO DESDE EL PÚLPITO /
LA JUEZA**



05 ● INTRODUCCIÓN | POR MIGUEL VEDDA

37 ● BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

41 ● TABLA CRONOLÓGICA

47 ● EL DISPARO DESDE EL PÚLPITO

91 ● LA JUEZA